

# AVENTURA *en la* ISLA



Erid  
B

Lectulandia

Las tranquilas vacaciones en la destartalada casa de la isla de los tíos se convierten en un viaje repleto de aventuras cuando Jorge, Dolly, Lucy y Jack investigan los siniestros misterios de la isla. Allí encontraran túneles subterráneos secretos, luces nocturnas sobre el acantilado y se toparán con peligrosos malhechores.

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Aventura en la Isla**

**Aventura - 1**

ePub r1.3

Gand 15.09.14

Título original: *The island of adventure*  
Enid Blyton, 1944  
Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Gand  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# Capítulo I

## Así empezaron las cosas

La verdad es que, como extraordinario, no hubiera podido serlo más.

Porque Jorge Mannering, tendido cuan largo era al pie de un árbol e intentando resolver problemas algebraicos, no tenía a nadie, absolutamente a nadie, en su vecindad. Lo que no impedía que oyese claramente una voz que le decía, irritada:

—¿No sabes cerrar la puerta, idiota? ¿Y cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?

El muchacho se incorporó y por vez tercera echó a su alrededor una mirada. Ni niño, ni niña; ni mujer, ni hombre. La colina estaba desierta. No había un alma en la ladera, ni por debajo ni por encima de él.

—¿Habrás visto mayor estupidez? —murmuró—. Ni hay puerta aquí para cerrar, ni estera en que limpiarse los pies. No sé quién estará hablando; pero no debe andar muy bien de la cabeza quien sea. Maldita la gracia que me hace. Resulta demasiado extraño encontrarse con una voz que no sale de ninguna parte.

Por el cuello del jersey de Jorge asomó un hociquito pardo: era el de un ratón que figuraba entre los muchos protegidos del niño. Alzó una mano y le acarició la cabecita. El hocico del animal se estremeció de placer.

—¡Cierra la puerta, idiota! —rugió la voz—. Y no sorbas. ¿Dónde tienes el pañuelo?

Aquello sí que no lo pudo soportar.

Respondió, rugiendo a su vez:

—¿Querrás callarte? ¡No estoy sorbiendo! Y... ¿quién eres, vamos a ver?

Ni le contestaron. Jorge se quedó extrañado a más no poder. Resultaba extraño, singular, sobrenatural casi. ¿De dónde salía la extraordinaria voz que tan groseras órdenes daba en aquella ladera soleada, pero por completo desierta?

Gritó otra vez:

—Estoy trabajando. Si quieres hablar, sal de tu escondite y déjame verte.

—Bueno, tío —repuso la voz, hablando, inesperadamente, en tono muy distinto, como excusándose.

—¡Caramba! —exclamó Jorge—. ¡Esto no puedo soportarlo ya! He de dar con la solución del misterio. Si consigo averiguar de dónde sale la voz, quizás encuentre a su dueño.

Volvió a gritar:

—¿Dónde estás? Sal, que yo te vea.

—Si te lo he dicho una vez, te lo he dicho ciento: ¡hazme el favor de no silbar! —

contestó con ferocidad la voz.

Jorge se quedó mudo de asombro. Ya no le cupo duda alguna: el dueño de aquella voz estaba loco de remate. Porque él no había estado silbando. Le desaparecieron de pronto todas las ganas de conocer a tan extraña persona. Prefería marcharse a casa sin verla.

Miró con cuidado a su alrededor. Aunque ignoraba cuál era la procedencia de la voz, tenía la impresión de que emanaba de algún lugar a su izquierda. Bueno, se dijo, bajaré la colina por el lado derecho sin hacer ruido ni salir de entre los árboles si es posible: así no podrá verme.

Recogió los libros, se guardó el lápiz, y se alzó con cautela. Una estrepitosa risa le hizo dar un brinco de sobresalto. Se olvidó de ser cauteloso. Echó a correr colina abajo para refugiarse en un macizo de árboles. La risa cesó bruscamente.

Se detuvo al pie de un árbol corpulento y aguzó el oído. Le latió el corazón con violencia. Estaba deseando encontrarse de nuevo en casa.

Sonó la voz de súbito, y ahora por encima mismo de su cabeza.

—¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?



Siguió a estas palabras un espantoso chillido, que le hizo soltar los libros, aterrado. Alzó la mirada. En el árbol vecino, un loro magnífico, de plumaje escarlata y gris, agitaba la enorme cresta, contemplándole con ojos muy brillantes, ladeada la cabeza, y haciendo con el curvado pico un áspero sonido.

Jorge miró boquiabierto al pájaro, y éste le devolvió mirada por mirada. Luego, el loro alzó una pata y se rascó, pensativo, la cabeza, sin dejar de agitar la cresta.

—No sorbas —dijo luego con voz natural—. ¿No sabes cerrar la puerta, idiota? ¿Dónde tienes los modos?

—¡Troncho! —exclamó el muchacho, sin poder disimular su asombro—. Conque, ¡eras tú el que hablaba, gritaba y reía! ¡Vaya..., pues me has dado un susto

fenomenal!

El loro imitó con sorprendente habilidad un estornudo.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —quiso saber.

Se echó a reír el muchacho.

—Eres el pájaro más extraordinario..., el más listo que en mi vida he conocido. ¿De dónde te escapaste? No te había visto nunca.

—Limpiate los pies —contestó con severidad el loro.

Y Jorge se echó a reír.

Se oyó la voz de un niño que llamaba, a voz en grito, desde el pie de la colina.

—¡«Kiki», «Kiki», «Kiki»! ¿Dónde te has metido?

El pájaro desplegó las alas, soltó un chillido espeluznante y voló colina abajo, hacia la casa que había en la falda. Jorge le siguió con la mirada.

«El que llamaba era un niño —pensó—. Y lo hizo desde el jardín de Hillfoot House, donde yo me hospedo. ¿Habrá venido aquí a “empollar” también? ¡Ojalá! ¡Con lo bien que estaría tener un pájaro así entre nosotros! Bastante aburrido resulta tener que estudiar en vacaciones. Un loro nos animaría un poco».

La desgracia de Jorge era haber tenido la escarlatina el curso anterior y a renglón seguido el sarampión. Entre ambas cosas le había quedado muy poco tiempo para los estudios. Como consecuencia de ello, el director del colegio había hecho una proposición a sus tíos: que fuera a pasar unas semanas a casa de uno de sus maestros para adelantar algo de lo perdido. Con gran disgusto del muchacho, su tío había accedido sin vacilar. De ahí que tuviera Jorge que pasarse las vacaciones de verano estudiando álgebra, geografía e historia en lugar de pasarlo bien con su hermanita Dolly en su casa de Craggy-Tops, junto al mar.

Le era simpático el maestro señor Roy. Pero le aburrían sobremanera los otros dos niños que, por haber estado enfermos también, habían acudido, como él, a que les preparara el señor Roy. Uno de ellos le aventajaba en edad. El otro era un pusilánime a quien tenían aterrado los insectos y animales que Jorge andaba siempre coleccionando o salvando de la destrucción. Porque al muchacho le inspiraban un profundo amor todos los animales, al cual éstos correspondían demostrando una completa confianza en él.

Consumido de un vivo deseo de saber si, en efecto, había ido a engrosar el grupo un nuevo discípulo, bajó apresuradamente la ladera. Si el niño nuevo era amo del loro, tenía que ser una persona interesante; más interesante que el grandullón y zafio Sam, y más divertido que el lloricón de Oliver.

Abrió la puerta del jardín y se detuvo boquiabierto al ver allí a una muchacha, no muy mayor, por cierto; quizá de unos once años. Tenía el cabello rizado y rojo, los ojos verdes, el cutis blanco y cubierto de centenares de pecas. Miró a Jorge.

—¡Hola! —dijo éste, encontrando agradable el aspecto de la niña, que vestía



pantalón corto y jersey—. ¿Has venido tú aquí también?

—Así parece —respondió ella, sonriendo—. Pero no he venido a estudiar. Sólo vine a esta casa para acompañar a Jack.

—¿Quién es Jack? —inquirió Jorge.

—Mi hermano. Tiene que «empollar». ¡Si hubieras visto las notas que le dieron a final de curso! Era el último en todo. Es muy listo en realidad, pero es que no le da la gana de molestarse. Dice que va a ser ornitólogo; conque, ¿a qué perder el tiempo aprendiéndose fechas y cabos y poemas y cosas por el estilo?

—¿Qué es un... un... eso que dijiste? —preguntó el muchacho, admirándose de cómo era posible tener tantas pecas en la nariz como tenía aquella niña.

—¿Ornitólogo? Oh, uno de esos que son aficionados a los pájaros y los estudian. ¿No lo sabías? Jack está loco por los pájaros.

—Debiera ir a vivir donde yo vivo, entonces. Es una parte muy solitaria y salvaje de la costa, y hay pájaros marinos a montones. También me gustan a mí, pero no sé gran cosa de ellos. Escucha, ¿es de Jack ese loro?

—Sí. Hace cuatro años que lo tiene. Se llama «Kiki».

—¿Y ha sido él quien le ha enseñado a decir todas esas cosas? —quiso saber Jorge.

Jack podría ser el último de la clase, se dijo, pero en eso de enseñar a hablar a los loros, se hubiese llevado el primer premio.

—¡Oh, no! —respondió la niña, sonriendo—. Todas esas palabras las ha ido aprendiendo «Kiki» de oírse las decir a nuestro tío..., el viejo de más mal humor del mundo, yo creo. Nos hemos quedado huérfanos de padre y madre. Conque vamos a pasar las vacaciones a casa de tío Godofredo y... ¡qué poca gracia le hace! Su ama de llaves tampoco nos quiere, conque no lo pasamos nada bien. Pero mientras yo tengo a Jack y Jack tenga a sus queridos pájaros, somos felices.

—Supongo que a Jack le mandarían aquí para que aprendiese algo más, como yo —dijo Jorge—. Tú estás de suerte. Podrás jugar, irte de paseo, hacer lo que te dé la gana mientras nosotros sudamos estudiando.

—No lo creas. Yo me quedaré al lado de Jack. No puedo estar con él cuando va al colegio, conque no pienso renunciar a su compañía durante las vacaciones. A mí me parece un niño maravilloso.

—Cosa que a mi hermana no le sucede conmigo —dijo Jorge—. Siempre estamos riñendo. Hola..., ¿es éste Jack?

Un niño subía por el sendero hacia Jorge. Llevaba posado en el hombro izquierdo al loro «Kiki», que le frotaba la oreja con el pico mientras murmuraba algo. El muchacho le rascó la cabeza y miró a Jorge con unos ojos tan verdes como los de su hermana. Aún era más rojo su pelo. Y tenía tan llena de pecas la cara, que hubiese resultado imposible encontrar un espacio libre. Parecía tener las pecas unas sobre

otras.

—¡Hola, Pecas! —dijo Jorge, sonriendo.

—¡Hola, Copete! —le respondió Jack, sonriendo a su vez.

Jorge se llevó una mano a la cabeza y se tocó el mechón de pelo que tenía delante y que siempre estaba de punta. Por mucho que lo mojara y cepillase, nunca conseguía que permaneciera mucho rato aplastado.

—Límpiate los pies —ordenó con severidad «Kiki».

—Me alegro de que encontraras a «Kiki» —dijo la muchacha—. No le gustó venir a un sitio extraño y por eso se escaparía, seguramente.

—No andaba muy lejos, Lucy —le respondió su hermano—. Apuesto a que Copete se llevaría un susto si le oyó en la colina.

—¡Ya lo creo que me lo llevé!

Y Jorge les contó lo ocurrido. Rieron los dos de buena gana, y «Kiki» les hizo coro, riendo como un ser humano.

—Troncho, me alegro de que Lucy y tú hayáis venido aquí —anunció Jorge, sintiéndose feliz por primera vez en muchos días.

Los hermanos pelirrojos y ojiverdes le resultaron la mar de simpáticos. Serían amigos. Les enseñaría sus animalitos. Saldrían de paseo juntos. Jack tendría unos años más que Lucy; Jorge le calculó unos catorce, que era, por cierto, una miajita más de los que tenía él. Lástima que no estuviese Dolly con ellos para completar el cuarteto. Dolly, con sus doce añitos, encajaría divinamente en el grupo. Aunque quizá lo revolucionara un poco de vez en cuando con sus arranques de impaciencia y su inclinación a ser pendenciera.

«¡Cómo se diferencian Lucy y Jack de nosotros!», pensó Jorge.

Saltaba a la vista que Lucy adoraba a su hermano. ¡A cualquier hora iba a estar Dolly pendiente de sus labios, ávida de hacer cuanto él la mandase, de llevar y traer por cuenta suya, como hacía Lucy cuando de Jack se trataba!

«Pero, claro —pensó—. No todo el mundo es igual. Dolly es una buena chica aunque riñamos y nos peleemos. Debe de estarlo pasando bastante mal en Craggy-Tops sin mi compañía. Apuesto a que tía Polly la está haciendo trabajar de lo lindo».

Resultó agradable en grado sumo la hora del té aquella tarde. «Kiki», posado sobre el hombro de Jack, hacía, de vez en cuando, comentarios. Lucy, con un destello en los verdes ojos, se distraía haciendo rabiar al grandullón de Sam y reprendiendo al displicente Oliver. Decididamente, las cosas iban a animarse un poco ahora.

Y así fue, en efecto. Estando allí Jack y Lucy, resultaba «mucho» más divertido empollar durante las vacaciones.

## Capítulo II

### Los niños se hacen amigos

El preceptor cumplía concienzudamente con su deber, que era el de preparar a los niños. Aquella mañana les repitió las lecciones vez tras vez, explicándoselas con una paciencia infinita para asegurarse de que todos lo hubiesen comprendido. Exigió —y obtuvo— una atención religiosa. De todos. Menos de uno. Porque Jack era incapaz de prestar atención alguna a cosa que estuviese desprovista de plumas.

—Si estudiaras la geometría con tanta afición como ese libro de aves —se quejó el señor Roy—, serías siempre el primero de la clase. Me exasperas, Jack Trent, me exasperas. Y sólo Dios sabe hasta qué punto.

—Usa el pañuelo —intervino el loro con impertinencia.

El preceptor hizo un chasquido con la lengua.

—El día menos pensado —dijo— le retorceré el cuello a ese pájaro. Entre tú, que dices que no puedes estudiar si no tienes a «Kiki» sobre el hombro, y Jorge, que va cargado siempre de bichos desagradables, esta clase se va haciendo más insoportable cada día. Lucy es la única que adelanta. Y eso que ella no ha venido aquí para estudiar.



A Lucy le gustaba estudiar. Era su delicia verse sentada junto a su hermano. Y le encantaba intentar hacer las tareas que a éste le encomendaban. Mientras él soñaba en pájaros como bubias y corvejones, ella resolvía los problemas que veía anotados en su cuaderno.

También disfrutaba contemplando a Jorge, porque nunca sabía qué animalito iba a asomarle por la manga, el cuello o el bolsillo. El día anterior, y con gran disgusto del señor Roy, se le había escapado de la manga una oruga enorme y de singular colorido. Y aquella misma mañana la rata que le salió del bolsillo en viaje de exploración había tenido la peregrina ocurrencia de metérsele por la pernera del pantalón al maestro.

El suceso trastornó a toda la clase durante los diez minutos que se pasó el señor Roy intentando desalojarla. Nada de particular tenía, pues, que se hallase de un humor de mil diablos. Por regla general era un hombre amable y cargado de paciencia; pero dos muchachos como Jack y Jorge hubiesen sido capaces de hacer perder la paciencia a un santo.

Las mañanas se las pasaban siempre trabajando con ahínco. Las tardes las dedicaban a prepararse para el día siguiente y a hacer los deberes. Tenían completamente libre el atardecer. Como sólo eran cuatro los niños que habían ido a repasar sus estudios, el preceptor podía atenderles individualmente y concentrarse en aquellas cosas que aún no se sabían. El señor Roy disfrutaba de merecida fama por sus muchos éxitos, pero aquellas vacaciones no estaban dando tan buenos resultados como esperaba.

Sam, el grandullón, era estúpido y lento. Oliver se mostraba displicente, se compadecía a sí mismo y parecía muy poco dispuesto a trabajar siquiera. Jack era el colmo. Prestaba tan poca atención a veces que casi parecía una pérdida de tiempo intentar enseñarle. No pensaba en otra cosa que en los pájaros.

«Si yo tuviese plumas —pensó el señor Roy—, seguramente haría cuanto le dijese. Jamás he conocido a persona que esté más loca por las aves. Apuesto a que se conoce de memoria los huevos de todos los pájaros del mundo. Tiene inteligencia; pero no quiere aplicarla más que a las cosas que le interesan».

Jorge fue el único que dio muestras de hacer algún progreso, aun cuando también ponía la paciencia a prueba con sus extraños protegidos. ¡Aquella rata! El preceptor se estremeció al pensar en la sensación que experimentara al treparle el animal pierna arriba.

En verdad, la única persona que trabajaba debidamente era Lucy, que ninguna necesidad tenía de hacerlo. Sólo había acudido allá porque no podía separarse de su singular hermano.

Jack, Jorge y Lucy no tardaron en hacerse muy buenos amigos. El amor que todos los seres vivos les inspiraban, sirvió para unir a Jack y a Jorge. Era la primera vez que

Jack tenía un amigo, y las bromas y puyas de Jorge le hacían disfrutar. A Lucy también le era simpático Jorge, aun cuando, a veces, sentía celos al darse cuenta de la simpatía que le estaba cobrando Jack. «Kiki» estaba enamorado de Jorge y ronroneaba de una forma muy curiosa al rascarle el muchacho la cabeza.

—¡No sorbas! —exclamó, en tono de reproche.

Y, claro, los niños empezaron a reírse. Conque el señor Roy prohibió que metieran en clase al loro. Con lo cual no hizo más que empeorar las cosas. Porque «Kiki», furioso de que le dejaran en el jardín, privándole de que se posara en el hombro de su querido amigo, se instaló en unos arbustos junto a la entreabierta ventana, emitiendo punzantes comentarios que parecían dirigidos contra el pobre señor Roy.

—¡No digas tonterías! —ordenó cuando el preceptor explicaba unos hechos de la historia.

El señor Roy soltó un resoplido de exasperación.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —inquirió «Kiki».

El maestro se acercó a la ventana y gritó y agitó los brazos para ahuyentar al loro.

—¡Malo, malo! —dijo «Kiki», sin moverse de su sitio—. Te mandaré a la cama. Eres un niño muy malo.

Con un pájaro así no podía hacerse nada. Conque el señor Roy se dio por vencido y permitió que el loro se posara otra vez en el hombro de Jack. El muchacho estudiaba mejor teniendo el pájaro cerca, y «Kiki» molestaba menos en clase que fuera. Lo que no era óbice para que el señor Roy estuviese deseando que se terminaran las clases y de que los cuatro niños y la niña regresaran a sus respectivos hogares, junto con el loro y la pléyade de alimañas de Jorge.

Jorge, Jack y Lucy dejaban a Sam y a Oliver solos todas las tardes después del té, y se marchaban juntos. Los muchachos hablaban de todos los pájaros y de todos los animales que habían conocido, y Lucy se limitaba a escuchar, dando traspies en sus esfuerzos por no quedar atrás. Por muy lejos que anduvieran o por pendientes que fuesen las cuestas escaladas, la niña les seguía. No tenía la menor intención de perder de vista a su querido hermano.

A Jorge le impacientaba Lucy a veces.

—¡Caramba! ¡Cuánto me alegro de que Dolly no me siga a todas partes como sigue Lucy a Jack! —pensaba—. No sé cómo lo aguanta Jack.

Pero Jack lo aguantaba. Aun cuando rara vez parecía fijarse en Lucy y se pasaba ratos muy largos sin dirigirle la palabra, nunca se mostraba impaciente con ella, ni irritado, ni daba muestras de enfado. Después de los pájaros, pensó Jorge, lo que más quería era a Lucy. Bueno, menos mal que alguien la quería, después de todo. No parecía llevar una existencia muy agradable.

Los tres niños se habían contado sus historias.

—Nuestros padres han muerto —dijo Jack—. No los recordamos. Se mataron en un accidente de aviación. Nos mandaron a vivir con nuestro único pariente, tío Godofredo. Es viejo, tiene muy mal humor, y siempre nos está regañando. A su ama de llaves, la señora Miggles, le hace muy poca gracia que vayamos a su casa a pasar las vacaciones. Y puedes formarte una idea de qué clase de vida llevamos con sólo escucharle a «Kiki». ¡Límpiate los pies! ¡No sorbas! ¡Cámbiate de zapatos inmediatamente! ¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Cuántas veces te he dicho que no silbes? ¿No sabes cerrar la puerta, idiota?

Jorge se echó a reír.

—Si «Kiki» es fiel eco de lo que se dice en vuestra casa —dijo—, debéis pasarlo bastante mal. Tampoco lo pasamos nosotros demasiado bien; pero sí mejor que vosotros.

—¿También se han muerto vuestros papas? —inquirió Lucy, mirando a Jorge con ojos verdes tan sin parpadear como los de un gato.

—Nuestro papá murió... y no dejó dinero. Pero tenemos madre. Sólo que no vive con nosotros.

—¿Por qué no? —preguntó Lucy, con sorpresa.

—Porque trabaja. Gana suficiente dinero con su colocación para pagar el colegio y nuestra manutención durante las vacaciones. Dirige una agencia artística..., carteles, cuadros y todo eso, ¿sabes? Se los encarga a artistas y cobra una comisión en las ventas. Vale mucho como mujer de negocios..., pero la vemos muy poco.

—¿Es simpática? —preguntó Jack.

No habiendo tenido madre, que recordase, siempre le interesaban las de otros.

Jorge movió afirmativamente la cabeza.

—¿Es magnífica! —repuso, pensando en su mamá, tan linda y de ojos tan perspicaces.

Se sentía orgulloso de su habilidad y su talento; pero experimentaba cierta tristeza al recordar su aspecto de cansancio cuando les hacía alguna rápida visita. Un día, pensó Jorge, un día sería «él» quien fuera inteligente, quien ganara dinero y sostuviera la casa y le hiciese más llevadera la vida a su mamá, que tanto trabajaba.

—¿Vivís con un tío, como nosotros? —preguntó Lucy, acariciándole la cabeza a una minúscula ardilla que había asomado de pronto por uno de los bolsillos del muchacho.

—Sí. Dolly y yo pasamos las vacaciones siempre con tío Jocelyn y tía Polly. Tío Jocelyn es de todo punto imposible. Siempre anda comprando papeles viejos, y libros, y documentos, para estudiarlos y archivarlos luego. Está dedicando su vida a escribir la historia de la parte de la costa en que vivimos..., hubo batallas allí en otros tiempos... y matanzas e incendios... Es la mar de emocionantes. Está escribiendo la historia entera. Pero como necesita un año entero para averiguar con seguridad cada

detalle, tendrá que vivir cuatrocientos o quinientos años para escribirla.

Los otros se echaron a reír. ¡Qué manera de perder el tiempo!, pensó Lucy. Se preguntó cómo sería tía Polly.

—¿Cómo es tu tía? —inquirió.

Jorge hizo una mueca.

—Un poco agria —repuso—. No es mala persona, en realidad. Tiene demasiado trabajo, poco dinero y ninguna ayuda, salvo la del viejo Jo-Jo, una especie de criado que tenemos. Hace trabajar a la pobre Dolly como si fuese una esclava. Pero no ha podido conmigo. Yo me niego a hacerlo y ha acabado por dejarme por imposible. Pero Dolly le tiene miedo y le hace más caso que yo.

—¿Cómo es tu casa? —preguntó Lucy.

—Un edificio muy raro, que tiene siglos de existencia. Está medio en ruinas. Es la mar de grande y sopla el viento por todas partes. Se alza a media pendiente de un acantilado, y cuando hay tormenta, el agua pulverizada casi lo inunda. Pero a mí me encanta. Es agreste y solitario, y siempre se oyen a su alrededor los gritos de las aves marinas. Te entusiasmaría. Pecas.

Igual pensó Jack. Le sonaba emocionante. Su hogar era corriente..., una de tantas casas en una calle de una población pequeña. Pero el de Jack debía ser emocionante de verdad. El viento, las olas, las aves marinas...

—Despierta, despierta, dormilón —dijo «Kiki», picoteándole suavemente la oreja.

Abrió los ojos y se echó a reír. El loro tenía a veces la extraordinaria facultad de pronunciar la frase adecuada.

—Ojalá pudiese ver tu casa, Craggy-Tops —le dijo a Jorge—. Suena como si allí pudieran suceder cosas..., cosas verdaderas, vivas, excitantes..., aventuras emocionantes. En Lippinton, donde nosotros vivimos, nunca pasa nada.



—Tampoco ocurre gran cosa en Craggy-Tops —contestó Jorge, volviéndose a guardar la ardilla y sacando un erizo del otro bolsillo.



Era un erizo muy joven, cuyas púas no se habían endurecido del todo aún. Parecía contento de vivir en el bolsillo de Jorge en compañía de un caracol muy grande, que tenía la precaución de no salir de su cáscara.

—Ojalá volviéramos a casa todos juntos —dijo Jack—. Me gustaría conocer a tu hermana Dolly, aun cuando por lo que cuentas, debe tener algo de gato montes. Y me encantaría ver todos esos pájaros en la costa. Y me gustaría ver tu casa medio en ruinas también. ¡Qué romántico es eso de vivir en una casa así! No sabes la suerte que tienes.

—No tanto, cuando hay que transportar el agua caliente kilómetros y kilómetros hasta el único baño que hay en la casa —respondió Jorge, levantándose de la hierba donde había estado sentado con los otros—. Vamos..., ya es hora de volver. No es fácil que veas Craggy-Tops jamás. Conque, ¿por qué hablar de eso?

## Capítulo III

### Dos cartas... y un plan

Al día siguiente. Jorge recibió la carta de Dolly. Se la enseñó a sus amigos.

—Dolly lo está pasando mal —anunció—. Menos mal que pronto me iré de aquí. La vida es más llevadera para ella cuando me encuentro yo a su lado.

*«Querido Jorge —decía Dolly en la carta—. ¿Es que no piensas volver nunca? Y no es que sirvas para gran cosa, como no sea para regañar contigo. Pero me siento bastante sola aquí, sin nadie más que los tíos y Jo-Jo, que se ha vuelto más estúpido que nunca. Me dijo ayer que no bajara de noche por el acantilado, porque andan «cosas» errando por él. Está completamente loco, las únicas «cosas» que andan errando por ahí, somos los pájaros y yo. Los hoy a millares este año.*

*¡Por el amor de Dios, no traigas a casa más bichos estas vacaciones! Ya sabes cuánto los odio. Me moriré si vuelves a traer un murciélago, y como te atrevas a intentar domesticar ciempiés como hiciste el año pasado, ¡te tiraré una silla en la cabeza!*

*Tía Polly me está haciendo trabajar una barbaridad. Lavamos, fregamos y limpiamos todo el santo día. Dios sabe por qué, puesto que nunca viene nadie. Me alegraré infinito cuando llegue el día de volver al colegio otra vez. ¿Cuándo regresas? Ojalá pudiésemos ganar dinero de alguna manera. Tía Polly está preocupada a más no poder porque no puede pagar no sé qué cuenta, y tío jura que no tiene dinero y que no se lo daría aunque lo tuviese. Supongo que mamá mandaría más dinero si se lo pidiésemos, pero ya es bastante terrible que tenga que trabajar tanto. Dime más cosas de Pecas y de Lucy. Me gusta como suenan.*

*Tu querida hermana,  
Dolly.»*

Sonaba divertida Dolly, pensó Jack al leer la carta y devolvérsela a Jorge.

—Toma, Copete —dijo—. Dolly parece sentirse muy sola. ¡Hola! ¡Me llama el señor Roy! Vamos a ver qué quiere. Más trabajo, supongo.

Por el mismo correo había llegado una carta para el señor Roy, escrita por el ama de llaves que cuidaba al tío Godofredo de Jack. Era corta e iba derecha al grano.

El señor Roy la leyó consternado y llamó luego a Jack para enseñársela. También quedó consternado el muchacho al leerla.

*«Querido señor Roy —decía—. El señor Trent se ha roto una pierna y no*

*quiere que los niños vuelvan a casa estas vacaciones. Desea saber si está usted dispuesto a encargarse de ellos hasta que empiece el curso. Pueden volver dos días antes de regresar a la escuela para ayudarme a prepararles la ropa.*

*Atentamente suya,  
Elspeth Miggles.»*

—¡Oh, señor Roy! —gimió Jack, que, a pesar de lo poco que le gustaba su casa, aún le hacía menos gracia tenerse que quedar con el preceptor y el displicente Oliver, que iba a pasar todas las vacaciones allí—. No veo yo por qué no hemos de poder volver Lucy y yo. No nos acercaremos a mi tío para nada.

El señor Roy tampoco tenía el menor deseo de que el muchacho se quedara. El solo pensamiento de que tuviera que soportar al loro un día más de lo absolutamente necesario, le llenaba de horror. En su vida le había tomado a cosa alguna antipatía como la que le cobrara a «Kiki». A los niños mal educados sabía cómo meterlos en cintura. Los loros groseros, sin embargo, se salían por completo de sus posibilidades.

—La verdad —anunció el señor Roy, haciendo una mueca y mirando con repugnancia a «Kiki»—. La verdad..., por mí ya no te quedarías aquí un instante. Lo considero una pérdida de tiempo. No has aprendido nada en absoluto. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Es evidente que vuestro tío no quiere que volváis... Como ves, se ha mostrado generoso. Ha enviado dinero más que suficiente para pagar los gastos de vuestra permanencia aquí. Yo, en realidad, tenía otros planes. Como iba a quedarme solo con Oliver, pensaba dedicarme a hacer visitas. ¡Ojalá se me ocurriera dónde mandaros a ti y a Lucy!

Jack regresó al lado de su hermana y de Jorge, con tal cara de consternación, que Lucy le asió del brazo con cariño.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

—Tío no quiere que volvamos —respondió el muchacho, explicando el contenido de la carta—; y el señor Roy no siente el menor deseo de que nos quedemos aquí... Conque parece ser que no hay quien nos quiera de momento, Lucy.

Los tres niños se miraron. Y entonces Jorge tuvo una idea luminosa. Agarró tan precipitadamente a Jack, que por poco hizo perder a «Kiki» el equilibrio.

—¡Jack! ¡Venid a casa conmigo! ¡Lucy y tú podréis acompañarme a Craggy-Tops! ¡Lo encantada que quedará Dolly! Y lo pasaréis muy bien vosotros con las aves marinas. ¿Qué me decís a eso?

Jack y Lucy le miraron con excitación e ilusionados. ¿Ir a Craggy-Tops? ¿Vivir en una casa en ruinas, con un tío sabio, una tía impaciente, un criado medio loco, y con el rumor de las olas constantemente en los oídos? ¡Eso sí que resultaba emocionante!

Jack exhaló un suspiro y movió negativamente la cabeza. Los planes de los niños rara vez se realizan cuando hay que consultar a las personas mayores.

—Es inútil —dijo—. Tío Godofredo dirá que no, a buen seguro. Y en cualquier caso, el señor Roy se negará a consentirlo. Y a tus tíos les haría muy poca gracia tener que cargar con más niños.

—No lo creas —contestó Jorge—. Puedes entregarles el cheque que tu tío le mandó al señor Roy, y apuesto a que mi tía se llevará un alegrón. Podría pagar la cuenta de la que habla Dolly en su carta.

—¡Oh, Jorge!... ¡Oh, Jack!... ¡Vayamos a Craggy-Tops! —suplicó Lucy, brillantes los verdes ojos—. Es la cosa que más me gustaría en el mundo. Aquí estorbaremos si nos quedamos, Jack..., de sobra lo sabes. Y estoy segura de que el señor Roy acabará matando a «Kiki» si le dice más groserías.

«Kiki» lanzó un chillido terrible y hundió la cabeza con fuerza en el cuello de Jack.

—No te asustes, «Kiki» —le dijo éste—. No permitiré que te haga daño nadie. Lucy, de veras que resultará inútil pedirle al señor Roy que vea si podemos irnos a Craggy-Tops. Cree deber suyo tenernos aquí, e insistió en que nos quedemos.

—Y, ¿por qué no nos vamos sin decirle una palabra? —inquirió, con temeridad, Lucy.

Los muchachos se la quedaron mirando sin contestar. Era una idea. ¡Irse sin decir una palabra! Y..., ¿por qué no?

—Todo saldría a pedir de boca, de presentarnos juntos en Craggy-Tops —aseguró Jorge, aunque andaba muy lejos de estar seguro de que fuera así—. Una vez allí, mal podrían mis tíos echaros. Y le pediría a tía Polly que telefonease al señor Roy, le explicara las circunstancias, y le hiciera mandar el cheque de vuestro tío Godofredo.

—El señor Roy quedará encantado de que nos vayamos —dijo Lucy, pensando en lo divertido que resultaría conocer a Dolly—. En cualquier caso, a tío Godofredo le tendría completamente sin cuidado. Conque, vayamos, Jack..., ¡vayamos!

—Bueno —contestó éste, cediendo—. Nos marcharemos todos juntos. ¿A qué hora sale tu tren, Copete? Te acompañaremos a la estación so pretexto de despedirte y subiremos al vagón cuando esté a punto de arrancar.

—¡Ooooooh! —exclamó la niña, excitada.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —inquirió «Kiki», barruntando que sucedía algo anormal y meciéndose sobre el hombro de Jack.

Nadie le hizo caso.

—¡Pobre «Kiki»! —murmuró el loro, compungido—. ¡Pobre «Kiki»!

Jack alzó una mano para acariciarle, mientras pensaba en la mejor manera de escaparse.

—Podríamos bajar nuestro baúl a la estación la noche anterior, cuando lleváramos el tuyo —dijo—. Nadie lo echará de menos. Y, ¿por qué no hemos de comprar los billetes entonces también? ¿Tiene alguien dinero?

Reunieron los tres cuanto tenían. Apenas alcanzaría para pagar el viaje. Pero ¡era necesario que se fueran juntos! Habiendo tomado la decisión, hubiese resultado intolerable que lo impidiera cosa alguna.

Conque hicieron planes. El día antes de la marcha de Jorge sacaron su baúl del desván y Jack, aprovechando la ocasión, logró bajar también el suyo sin que nadie se fijase. Lo escondió en el armario grande del cuarto y Lucy se encargó de meter la ropa dentro cuando no había nadie que pudiera verla.

—Bajaré mi baúl a la estación en la carretilla, señor Roy —anunció Jorge.

Tal era la costumbre, conque el preceptor se limitó a hacer un gesto de asentimiento. Lo que sentía era que no se marchasen también el loro y su amo.

Los muchachos lograron cargar los dos baúles en la carretilla sin ser observados, y se dirigieron a la estación llenos de contento. La huida iba a resultar fácil después de todo. Sam y Oliver no parecían darse cuenta de nada. El primero, que preparaba su propia partida, estaba demasiado emocionado, y Oliver también alicaído al pensar que iba a quedarse, para que ninguno de los dos se preocupara de lo que sus compañeros hacían.

A la mañana siguiente Jorge se despidió con cortesía del señor Roy.

—Gracias por toda su ayuda y sus lecciones —dijo—. Creo que iré bien ahora cuando empiece el curso. Adiós, señor Roy.

—Adiós, Jorge. No has ido del todo mal en los estudios —le contestó el preceptor.

Estrechó la mano del muchacho, retrocediendo levemente al salirle a éste un ratón por la manga. Jorge se lo volvió a guardar.

—¿Cómo puedes soportar que corran por tu cuerpo esos animales? —exclamó el maestro, soltando un respingo.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —inquirió el loro.

Como de costumbre, se hallaba posado en el hombro de su amo. El señor Roy le dirigió una mirada torva.

—¿Puedo ir a la estación con Lucy a despedir a Jorge? —inquirió Jack.

«Kiki» soltó una carcajada y Jack le dio un golpecito.

—Cierra el pico —dijo— que no es cosa de risa.

—¡Malo, malo! —exclamó «Kiki», como si conociera lo que su amo meditaba.

—Sí, podéis bajar a despedir a Jorge —le respondió el señor Roy, encantado de perder de vista al loro aunque no fuera más que un rato.

Conque los tres niños se marcharon juntos, riéndose para sus adentros. «Kiki» aún le dirigió al preceptor la última palabra.

—¿No sabes cerrar la puerta?

El señor Roy soltó un gruñido de exasperación y cerró la puerta de golpe. Oyó la risa del loro cuando los muchachos bajaban por el camino.

—¡Si lograra no volver a ver a ese pajarraco en mi vida! —murmuró, sin sospechar cuan pronto estaba destinado a verse satisfecho su deseo.



Jack, Lucy y Jorge llegaron a la estación con tiempo de sobra. Encontraron su equipaje y se lo entregaron a un mozo para que se lo subiera al tren. Cuando entró la locomotora, hallaron un compartimiento vacío y lo ocuparon, Nadie les detuvo. A ninguno se le ocurrió pensar que pudieran estar escapándose los muchachos. Los tres se sentían emocionados y bastante nerviosos.

—Dios quiera que tus tíos no nos obliguen a volver —murmuró Jack, acariciando a «Kiki» para tranquilizarle.

Al loro no le gustaba el ruido de los trenes y ya le había dicho a una locomotora que dejara de silbar. Una anciana pareció a punto de subir al compartimiento, pero al largarle «Kiki» uno de sus terribles chillidos, lo pensó mejor y subió al más alejado del loro que pudo encontrar.

El tren se puso en marcha por fin, con tanto ruido, que el excitado loro le dijo que usara el pañuelo. Salió de la estación y, allá en la distancia, los niños vieron la casa en que habían vivido durante las pasadas semanas al pie de la colina.

—Bueno, pues ya estamos en camino —dijo Jorge, encantado—; y os ha resultado la mar de fácil escapar, ¿verdad? ¡Troncho! ¡Qué divertido va a ser teneros a Lucy y a ti en Craggy-Tops! Dolly se va a quedar muda de emoción cuando os vea.

—¡Camino de Craggy-Tops! —cantó Lucy—. ¡Camino del mar, del viento y de las olas! ¡Camino de Craggy-Tops!

Sí, camino de Craggy-Tops... y camino de la Aventura.

## Capítulo IV

### Craggy-Tops

Avanzó el tren, veloz, pasando por muchas estaciones y deteniéndose en muy pocas. Prosiguió viaje hacia la costa por entre elevadas montañas, cruzando plateados ríos y atravesando grandes poblaciones.

Llegaron, luego, a una región más agreste. Penetró por las ventanillas la brisa marina.

—Huelo el mar ya —dijo Jack, que sólo lo había visto una vez y apenas lo recordaba.

El tren se detuvo, por fin, en una estación pequeña y solitaria.

—Ya hemos llegado —dijo Jorge—. Saltad a tierra. ¡Eh, Jo-Jo! ¡Aquí estoy! ¿Tienes el coche a mano?

Lucy y Jack vieron a un negro que se les acercaba. Brillaban blanquísimos los dientes en el oscuro rostro, y los ojos giraban de una manera singular. Corriendo tras él iba una niña un poquito más vieja que Lucy, pero bastante alta para su edad. Tenía el mismo cabello castaño ondulado de Jorge, y el mismo mechón de pelos delante.

—Otro Copete —pensó Jack—, pero más feroz que el primero. Debe de ser Dolly.

«Era» Dolly. Había acudido con Jo-Jo en el desvencijado coche para recibir a Jorge. Paró en seco, dando muestras de gran sorpresa, al ver a los otros niños. Jack sonrió: pero Lucy, sintiendo una gran timidez ante aquella niña que tanto aplomo parecía tener, se escondió detrás de su hermano. Dolly contempló con mayor asombro aún a «Kiki», que le estaba diciendo a Jo-Jo que se limpiara inmediatamente los pies.

—Ten más modales —le respondió el negro con brusquedad, hablándole al loro como si fuera un ser humano capaz de entenderle.

«Kiki» irguió la cresta y gruñó furioso, como un perro. Jo-Jo le miró con sobresalto.

—¿Es ése un pájaro? —preguntó a Jorge.

—Sí. Carga ese baúl en el coche también. Es el de mis dos amigos.

—¿Vienen a Craggy-Tops? —inquirió Jo-Jo, con gran sorpresa—. La señora Polly no habló una palabra de que hubiese amigos..., te digo que no.

—¿Quiénes son, Jorge? —quiso saber Dolly, acercándose.

—Dos amigos de casa del señor Roy —le contestó Jorge—. Ya te lo contaré luego.

Le guiñó un ojo para darle a entender que le explicaría cuando no estuviese Jo-Jo delante.

—Éste es Pecas..., ya te hablé de él... y de Lucy también.

Los tres niños se estrecharon con solemnidad la mano. Luego subieron todos al destartalado coche, cargados los baúles atrás, y Jo-Jo puso el vetusto vehículo en marcha de una manera que le pareció altamente peligrosa a Lucy. Se agarró a los lados, medio asustada.

Atravesaron agrestes colinas, rocosas y desnudas. No tardaron en ver el mar a lo lejos. Daba la sensación de estar encajonado entre grandes farallones en los que sólo aquí y allá se veían aberturas. Era una costa desolada y solitaria en verdad. Pasaron por el camino muchos palacios y casas en ruinas.

—Los incendiaron cuando las batallas de que os hablé —explicó Jorge— y nadie se ha molestado en reconstruirlos. Craggy-Tops se salvó a medias.

—Ese es el farallón detrás del cual se alza Craggy-Tops —dijo Dolly, señalando.

Los niños vieron un alto acantilado rocoso y, sobresaliendo un poco, un torreón pequeño y redondo que supusieron sería Craggy-Tops.

—Se ha construido fuera del alcance de las olas —dijo Jorge—. Pero en noches de tormenta el agua pulverizada azota las ventanas casi con tanta fuerza como las olas la playa.

A Lucy y Jack todo aquello les sonó emocionante. Resultaría la mar de divertido vivir en una casa donde el agua pulverizada azotase las ventanas. Ojalá hubiese una tempestad terrible mientras se encontraran allí, en aquellas inesperadas vacaciones.

—¿Os está esperando a todos la señorita Polly? —inquirió Jo-Jo, de pronto. Era evidente que la presencia de los otros dos niños le extrañaba—. No dijo una palabra de ellos.

—¿Ah, no? Pues sí que es extraño —respondió Jorge.

«Kiki» rió a carcajadas y Jo-Jo hizo una mueca de desagrado al oírlo. Bien claro se veía que no iba a enamorarse de «Kiki». Las miradas que el negro dirigía al loro le hicieron a Jack muy poca gracia.

Dolly soltó de pronto un chillido, y apartó a Jorge de un empujón.

—¡Oh! ¡Llevas un ratón en el cuello! ¡Le he visto asomar el hocico! Échalo de aquí. Jorge. Demasiado sabes que no puedo soportar a los ratones.

—Cállate y no seas idiota —le respondió su hermano, irritado.

Dolly se puso hecha una fiera. Agarró a Jorge del cuello y se lo sacudió, intentando desalojar el ratón y ahuyentarlo. El muchacho le dio un empujón, y ella se dio con la cabeza contra el lado del vehículo. Reaccionó, dándole a su hermano un fuerte bofetón. Lucy y Jack contemplaron la escena con sorpresa.

—¡Bruto! —exclamó Dolly—. ¡Ojalá no hubieses vuelto! Coge a tus dos antipáticos amigos y vuelve a marcharte con el señor Roy.

—No son antipáticos —le respondió el otro, con voz tranquila—. Son todo lo contrario.



Acercó los labios a la oreja de su hermana después de asegurarse de que Jo-Jo no se fijaba en ellos, y susurró:

—Se han escapado de casa del señor Roy. Les pedí yo que lo hicieran. Su tío le pagará a tía Polly para que los deje estar con nosotros, y así ella podrá pagar, a su vez, la cuenta de que me hablaste. ¿Comprendes?



A Dolly se le pasó el mal humor tan aprisa como se le presentara. Contempló con interés a los hermanos, frotándose el lado de la cabeza en que se diera el golpe. ¿Qué diría tía Polly? ¿Dónde iban a dormir? Aquello iba a resultar emocionante.

Jo-Jo condujo a toda velocidad por el rocoso y desigual camino. Jack se preguntó cómo era posible que un cacharro cualquiera, y menos uno como aquél, aguantase semejante trato. Subieron acantilado arriba, luego bajaron por una pendiente que daba la vuelta hacia Craggy-Tops.

Apareció, de pronto, el rugiente mar, y Craggy-Tops, que se cernía, hosco, sobre él, a medio camino entre la playa y la cima del farallón. El coche se detuvo y los niños se apearon.

Jack se quedó contemplando al extraño edificio. Había tenido antaño dos

torreones; pero ya no quedaba más que uno de ellos en pie. La casa estaba construida con grandes piedras grises, y era maciza y fea, pero no exenta de cierta grandeza. De cara al mar, daba la sensación de orgullo e ira, como si desafiara al inquieto océano y al temporal.

El niño bajó la mirada hacia el agua. Flotando o cerniéndose sobre ella, había centenares de aves marinas de todas clases. Era un verdadero paraíso de pájaros. El corazón del muchacho entonó un canto de alegría. Aves a centenares, aves a millares. Podría estudiarlas a sus anchas, descubrir sus nidos, fotografiarlas sin prisas. ¡Qué ratos iba a pasar!

Una mujer acudió a la puerta y contempló a los cuatro niños con sorpresa. Era delgada, de cabello pajizo disperso. Parecía cansada y marchita.

—¡Hola, tía Polly! —exclamó Jorge, subiendo los escalones de piedra—. ¡Estoy de vuelta!

—Ya lo veo —respondió la tía, dándole en la mejilla un beso que más que tal parecía un picotazo—. Pero ¿quiénes son éstos?

—Son amigos míos, tía Polly. No podían volver a su casa porque su tío se ha roto una pierna. Conque los traje aquí. Su tío te pagará por tenerlos.

—¡Jorge! ¿A quién se le ocurre? ¿Cómo te atreves a traerme gente por sorpresa? —inquirió con aspereza la mujer—. ¿En dónde van a dormir? ¡Bien sabes que no tenemos habitación!

—Pueden dormir en el cuarto del torreón.

—¡El cuarto del torreón! ¡Qué delicia! —Lucy y Jack se emocionaron.

—No hay camas allí —respondió tía Polly, con voz desagradable—. Tendrán que regresar a casa del señor Roy. Pueden quedarse a pasar la noche y regresar mañana.

Lucy pareció a punto de llorar, herida por la aspereza del tono. Se sintió desdichada: rechazada en lugar de acogida. Jack la rodeó con un brazo y le dio un apretoncito consolador. Estaba decidido a no regresar. El ver aquellos pájaros planeando, volando en círculos, cerniéndose y flotando, le había inundado de dicha. ¡Ah, poder tumbarse en el acantilado y observarlos! ¡No regresaría!

Entraron todos, cargando con los baúles Jo-Jo. Tía Polly miró con muy poco agrado a «Kiki».

—¡Y un loro además! —dijo—. ¡Un pajarraco antipático y chillón! Jamás me gustaron los loros. Ya es mucho aguantar las alimañas que tú coleccionas. Jorge, sin necesidad de cargar con un loro también.

—¡Pobre Polly! ¡Pobre, pobre Polly! —exclamó «Kiki».

Y tía Polly miró al pájaro con sobresalto.

—¿Cómo conoce mi nombre? —preguntó, estupefacta.

«Kiki» no lo conocía. Era un nombre que con frecuencia le llamaban a él<sup>[1]</sup>. Y decía con frecuencia: «¡Pobre Polly!» o «¡Pobre «Kiki»!»

El loro se dio cuenta de que había causado impresión a aquella mujer de voz cortante y repitió las palabras muy quedo, como si estuviese a punto de romper a llorar:

—¡Pobre Polly! ¡Pobre querida Polly! ¡Pobre, pobrecita Polly!

—¡Santo Dios! —dijo tía Polly.

Y miró con más dulzura al pájaro. Se sentía enferma, cansada, atormentada; pero nadie le decía nunca que lo lamentaba, ni parecían fijarse en su estado siquiera. Y, ¡he aquí que un pájaro la compadecía y le hablaba con mayor dulzura que nadie en muchos años! A tía Polly le producía una sensación extraña, pero la encantaba.

—Puedes subir un colchón al cuarto del torreón y dormir allí esta noche con este niño..., ¿cómo se llama? —le dijo a Jorge—. La niña puede dormir esta noche con Dolly. La cama es pequeña, pero yo no tengo la culpa de eso. Si te empeñas en traerme aquí gente sin previo aviso, no puedo prepararles alojamiento.

Los niños se sentaron a comer. Tía Polly era una buena cocinera. Fue una mezcla de té y de cena, o sea, una merienda-cena y los niños comieron con apetito. No habían tomado más alimento en todo el día que los bocadillos que el señor Roy preparara para Jorge; y un paquete de emparedados no llega muy lejos cuando ha de repartirse entre tres muchachos.

Dolly estornudó, y el loro le habló con severidad.

—¿Dónde tienes el pañuelo?

Tía Polly miró al pájaro con admiración y sorpresa.

—Es lo que ando diciendo yo siempre a Dolly —anunció—. Ese loro parece tener la mar de sentido común.

«Kiki» pareció encantado de que la tía le admirara.

—Pobre Polly..., pobre querida Polly —dijo, ladeando la cabeza y clavando la mirada en tía Polly.

—A tía Polly le es más simpático tu loro que vosotros —le susurró Jorge a Jack, con una sonrisa.

Después de la comida, la tía condujo a Jorge al despacho de su tío. Llamó y entró. Su tío Jocelyn estaba inclinado sobre un manojo de papeles amarillentos, examinándolos con ayuda de una lupa. Le gruñó a Jorge:

—¡Con que estás de vuelta! Bueno, pues, pórtate bien y procura quitarte de mi paso. Estaré muy ocupado estas vacaciones.

—Jocelyn, Jorge se ha traído dos niños... y un loro —espetó tía Polly.

—¿Un loro? ¿Por qué un loro?

—Pertenece a uno de los niños que ha traído Jorge. Tu sobrino dice que quiere que se queden aquí esos muchachos.

—Imposible. El loro no importa. Quédate con el loro si quieres. Despáchalo en caso contrario. Estoy muy ocupado.

Volvió a inclinarse sobre los papeles. Tía Polly exhaló un suspiro y cerró la puerta.

—Le interesa tanto el pasado, que olvida por completo el presente —dijo medio para sí—. Bueno..., supongo que no tendré más remedio que telefonar al señor Roy. Estará alarmado por la ausencia de esos niños.

Fue al teléfono. Jorge la siguió, ardiendo en deseos de saber lo que diría el señor Roy. Dolly asomó la cabeza por la puerta de la sala, y Jorge señaló con un gesto el aparato. ¡Si al menos estuviese enfadado el señor Roy y se negara a admitir a Lucy y Jack de nuevo! ¡Si por lo menos, tía Polly considerase el cheque lo bastante crecido para que valiera la pena permitir que permanecieran allí!

## Capítulo V

### Los niños se instalan en Craggy-Tops

Parecieron transcurrir años antes de que tía Polly lograra establecer comunicación con el señor Roy. El preceptor estaba alarmado y lleno de preocupación. Lucy y Jack no habían vuelto, claro está, y, al principio, les había creído dando uno de sus acostumbrados paseos. Jack habría descubierto algún pájaro poco corriente, olvidando por completo el tiempo en su estudio.

Pero a medida que fueron transcurriendo las horas sin que regresaran los niños, empezó a inquietarse muy en serio. No se le ocurrió pensar que hubieran podido marcharse con Jorge. De haberlo pensado, hubiese telefoneado en seguida a los tíos del muchacho.

Experimentó un alivio enorme al oír hablar a la señora Sullivan, la tía de Jorge, y saber que los niños se encontraban sanos y salvos.

—Llegaron aquí con Jorge —anunció ésta, con tono bastante agudo—. No concibo cómo se les puede haber permitido que lo hicieran. Me es completamente imposible tenerles en casa.

Al señor Roy se le fue el alma a los pies. Había confiado, durante un fugaz instante, que el problema de Lucy, Jack y el loro quedaba ventilado. Ahora parecía ser que estaba en un error.

—Lo siento mucho, señora Sullivan —dijo cortésmente, aunque sentía muy pocas ganas de andar con frases corteses—. Los niños fueron a la estación a despedir a Jorge y supongo que su sobrino les induciría a que le acompañasen. Es una lástima que no pueda quedarse con ellos para lo que queda de vacaciones, puesto que, con toda seguridad, se sentirían mucho más felices en su compañía y la de Jorge. Sin duda le habrán dicho ya que su propio tío no puede encargarse de ellos. Me envió un cheque bastante crecido con la esperanza de que podría yo quedármelos. Pero se lo entregaría a usted con mucho gusto si pudiera hacerse cargo de los muchachos y obtuviésemos el consentimiento del señor Trent.

Hubo una pausa.

—¿Por cuánto es el cheque? —inquirió la señora Sullivan.

Hubo otra pausa al decir el señor Roy la cantidad enviada. Era, en efecto, una cantidad generosa. La señora Sullivan pensó aprisa. No costaría gran cosa mantener a los niños. Ella se encargaría de que no estorbasen a Jocelyn. Lucy podría ayudar a Dolly en los quehaceres de la casa. Y podría pagar unas cuantas cuentas pendientes, lo que le proporcionaría un gran alivio.

El señor Roy aguardó, esperanzado, a que le respondieran. No podía soportar la

idea de tener que cargar con el loro otra vez. Jack era soportable, Lucy agradable. Pero «Kiki» resultaba de todo punto imposible.

—Pues verá... —apuntó la señora Sullivan con voz que indicaba que estaba dispuesta a ceder—. Pues verá... Déjeme que piense... Va a ser un poco difícil..., porque tenemos poco sitio aquí. Quiero decir que, aunque la casa es enorme, la mitad se encuentra en ruinas y en la mayor parte hay demasiadas corrientes de aire para que se la pueda habitar. Pero quizá podamos arreglarlo. Si vuelvo a usar el cuarto del torreón...

Jorge y los otros, que oían todo lo que decía la señora Sullivan, se contemplaron con regocijo.

—¡Tía Polly está cediendo! —susurró Jorge—. Y, ¡oh, Jack! Apuesto a que nos tocará el cuarto del torreón a ti y a mí. Siempre he tenido deseos de dormir allí y de que fuera mi alcoba; pero tía Polly nunca me quiso dejar.

—Señora Sullivan, me haría usted un grandísimo favor si pudiera usted quitarme de las manos a esos niños —aseguró el señor Roy—, telefonaré inmediatamente al señor Trent. Déjelo todo de mi cuenta. Le mandaré el cheque sin perder momento. Y si necesitara usted más dinero, tenga la bondad de avisarme. No sabe hasta qué punto le estaría agradecido si pudiese hacer esto en mi obsequio. Lucy es muy buena. Pero ese loro tan terrible..., tan grosero... Quizá pueda encontrarle una jaula, no obstante.

—Oh, el loro no me molesta —contestó la señora Sullivan, cosa que sorprendió enormemente al preceptor.

«Kiki» soltó en aquel momento un chillido que se oyó por el aparato. ¡Vaya! ¡Tenía que ser una mujer sorprendente la señora Sullivan si le gustaba el pajarraco!

Poco más se dijo. La señora Sullivan anunció que escribiría al señor Trent en cuanto hubiese vuelto a tener noticias del señor Roy. Entretanto, se comprometía a tener a los niños allí durante lo que quedaba de las vacaciones.

El auricular dio un chasquido cuando colgó. Los niños exhalaban un suspiro de alivio. Jorge se acercó a su tía.

—Gracias, tía Polly —le dijo—. Será una delicia para Dolly y para mí el tener aquí amigos. Procuraremos quitarnos del paso del tío y ayudarte a ti en todo lo que podamos.

—¡Querida Polly! —murmuró afectuosamente «Kiki».

¡Y abandonó el hombro de Jack para posarse en el de la mujer! Los niños contemplaron el suceso con asombro. ¡Buen loro «Kiki»! Le estaba haciendo la rosca de verdad a tía Polly.

—¡Qué pájaro más bobo! —exclamó tía Polly, tratando de disimular lo encantada que estaba.

—¡Dios salve al Rey! —clamó inesperadamente «Kiki».

Y todos se echaron a reír.



—Jorge, tú y Jack os instalaréis en el torreón —dijo tía Polly—. Venid conmigo y veremos lo que puede hacerse. Dolly, ve a tu cuarto y decide si prefieres compartirlo con Lucy, o si prefiere ella usar el cuarto de Jorge. Se comunican los dos, conque quizás os gustará quedaros con ambos.

Dolly marchó muy satisfecha con Lucy a examinar el cuarto. A ésta le hubiese gustado dormir más cerca de su hermano. El torreón estaba bastante lejos del lugar en que dormían ellas. Jack tomó a «Kiki» y fue a sentarse al pie de un alto ventanal para observar a las aves que describían círculos en el aire y planeaban sin cesar.

Jorge se dirigió al cuarto del torreón con su tía. Se sentía muy feliz. Les había cobrado mucho afecto a Lucy y a Jack y casi le parecía imposible que hubiese tenido la suerte de que le hiciesen compañía durante unas semanas.

Bajaron por un frío corredor de piedra. Llegaron a una estrecha escalera de caracol, y empezaron a subir los pendientes escalones. La escalera, tras dar vueltas y más vueltas, desembocaba en el cuarto del torreón. Este cuarto era completamente redondo y de paredes muy gruesas. Tenía tres ventanas estrechas —una de ellas de cara al mar—. No tenían cristales, por lo que abundaban las corrientes y el rumor de las olas y los gritos de las aves poblaban la estancia.

—Me temo que esta habitación va a ser un poco fría para vosotros —dijo tía Polly.

Pero Jack se apresuró a negar con la cabeza.

—Eso no nos importará. Dejaríamos las ventanas abiertas de par en par si hubiera cristales. Estaremos divinamente. Nos va a gustar una barbaridad. Mira... hay un arcén de roble en que meter nuestras cosas... y un taburete de madera... y podemos subir una alfombra. Sólo necesitaremos un colchón.

—No podemos subir una cama por esta escalera tan estrecha, desde luego —dijo tía Polly—, conque tendréis que conformaros con un colchón, en efecto. Hay uno de matrimonio que os irá a maravilla. Mandaré a Dolly con una escoba y un paño para que limpie esto un poco.

—Gracias otra vez por haberlo arreglado todo, tía Polly —murmuró el muchacho con cierta timidez. Le inspiraba cierto temor su tía. Aun cuando pasaba todas las vacaciones con ella, no creía conocerla muy bien en realidad—. Espero que el cheque del señor Trent bastará para cubrir todos los gastos; pero estoy seguro de que Lucy y Jack no te costarán gran cosa.

—Mira, Jorge —dijo la lía, cerrando el arcén de roble y contemplando al muchacho con cara de preocupación—, no quiero que creas que estoy poniendo demasiados obstáculos. Lo que pasa es que tu madre no ha estado muy bien y no ha podido mandar tanto dinero como otras veces... ¿Y comprendes? Vuestros gastos de colegio son bastante elevados... y me preocupan hondamente las cosas. Ya eres lo bastante grande para darte cuenta de que tío Jocelyn no sirve mucho para cargar con las responsabilidades de una casa... y el poco dinero que tengo se va muy pronto.

Jorge le escuchó, alarmado. ¡Estaba enferma su madre! A tía Polly no le había mandado el dinero de costumbre... Aquello le llenó de inquietud.

—¿Qué le pasa a mamá? —quiso saber.

—Pues... está muy delgada y exhausta y tiene mucha tos, según dice —respondió la otra—. Los médicos aseguran que debe descansar una larga temporada... junto al mar, si es posible..., pero ¿cómo puede ella abandonar su trabajo?

—No regresaré al colegio —atajó inmediatamente el niño—. Me buscaré trabajo. No puedo permitir que mamá se mate trabajando para nosotros.

—No puedes hacer eso. Pero ¡si aún no has cumplido los catorce años siquiera! No... el dinero del señor Trent nos aliviará la situación bastante de momento.

—Esta casa es demasiado grande para ti —dijo Jorge, fijándose de pronto en el agotamiento que se reflejaba en el semblante de su tía—. ¿Por qué vivimos aquí, tía Polly? ¿Por qué no tomamos una casita en alguna otra parte, donde no tengas que trabajar tanto ni te encuentres tan sola?

—¡Qué más quisiera yo! —aseguró la mujer con un suspiro—; pero ¿quién iba a comprar un sitio como éste, medio en ruinas, y en lugar tan solitario y tan barrido por el viento? Aparte de que jamás conseguiría que saliese de aquí tu tío. Ama esta casa, ama toda esta costa, y sabe más de ella que ninguna otra persona del mundo. Bueno, es inútil desear esto o aquello. Hemos de continuar hasta que Dolly y tú tengáis edad para poderos ganar la vida.

«Y cuando ese momento llegue —pensaba Jorge—, crearé un hogar para mamá. Y ella, Dolly y yo, viviremos muy felices juntos».

Bajó su tía en busca del colchón. Llamó a Jack y entre los dos lograron subir el colchón por la estrecha escalera, jadeando. «Kiki» les animó con chillidos y gritos. Jo-Jo frunció el entrecejo al escuchar el ruido. Parecía creer que el loro le dirigía a él sus gritos, y «Kiki», en cuanto descubrió que sus berridos le molestaban, se dedicó a hacerle dar brincos de sobresalto, largándole inesperados graznidos a la oreja.

Jo-Jo subió una mesita y el baúl de Jack. Lo depositó todo en el cuarto del torreón y atisbo por la ventana. Parecía estar de un humor de mil diablos, pensó Jorge. Y aunque no podía decirse que tuviese buen genio en ningún momento, aquel día su hosquedad era mayor que de costumbre.

—¿Qué ocurre, Jo-Jo? —inquirió el muchacho, que no le tenía el menor miedo al



criado—. ¿Estás viendo visiones, acaso?

Porque la idea del negro de que hubiera «cosas» errando por la vecindad durante la noche había provocado la risa de los niños.

Jo-Jo frunció el entrecejo.

—La señorita Polly no debiera hacer uso de esta habitación —dijo—. No debiera, no, y ya se lo he dicho. Es un cuarto malo. Y se ve desde él la Isla Lóbrega cuando la niebla se alza... No es bueno ver la isla Lóbrega, por añadidura...

—No seas tonto, Jo-Jo —dijo Jorge, riendo.

—No seas tonto, Jo-Jo —replicó «Kiki», imitando con sorprendente exactitud la voz del niño.

Jo-Jo miró torvamente al muchacho y al pájaro.

—Usted hágame caso a mí, señorito Jorge —dijo—, y no mire a la Isla Lóbrega si puede evitarlo. Éste es el único cuarto desde el que puede verse y precisamente por eso es un cuarto maléfico. De la Isla Lóbrega nunca vino nada bueno. Allí vivieron hombres malos, y allí se cometieron actos malos, y sólo cosas malas han salido de esa isla desde que la gente recuerde.

Con tan extraña advertencia, el negro se retiró escaleras abajo, haciendo girar los ojos en las órbitas al volver la cabeza para dirigir una mirada torva a los niños.

—¡Qué tipo más agradable!, ¿eh? —murmuró Jorge, arreglando el colchón con ayuda de Jack—. Yo creo que está medio loco. Desde luego ya ha de ser un loco idiota para continuar aquí haciendo un trabajo por el que podría ganar mucho más dinero en cualquier otra parte.

—¿Cuál es la Isla Lóbrega de que habla? —preguntó Jack, acercándose a la ventana—. ¡Qué nombre más extraño! Y no veo ninguna isla, Copete.

—Apenas se la ve nunca. Está allá, al Oeste, y hay a su alrededor un arrecife de rocas contra el que rompen continuamente las olas, alzándose en nubes de agua pulverizada. Siempre parece hallarse suspendida sobre ella una bruma espesa. Nadie vive en ella, aunque estuvo habitada hace años y años.

—Me gustaría visitarla. Debe haber centenares de pájaros en esa isla..., completamente dóciles y amistosos. Sería maravilloso verlos.

—¿Dóciles y amistosos? ¿Qué quieres decir con eso, Pecas? —inquirió Jorge, con sorpresa—. ¡Fíjate en los pájaros aquí...!, ¡hasta a «Kiki» le tienen miedo!

—Ah, pero es que las aves de la Isla Lóbrega no habrán conocido al hombre. No habrán aprendido a prevenirse y andar con cautela. Podría obtener unas fotografías maravillosas. ¡Troncho! ¡Cuánto me gustaría ir allí!

—Pues no puedes. Nunca he estado yo en ella, ni ha estado nadie, que yo sepa —le contestó Jorge—. Escucha..., ¿tú crees que será éste el mejor sitio en que colocar el colchón? No nos interesa que esté demasiado cerca de la ventana, porque la lluvia lo mojaría... y llueve con frecuencia aquí.

—Ponlo donde quieras —respondió Jack, soñando en la brumosa isla y en sus desconocidas aves.

Quizá pudiera ver allí pájaros que jamás viese antes... Quizás encontrara nidos y huevos raros... Tal vez pudiese tomar las más maravillosas fotografías de aves del mundo. Estaba decidido a ir a la Isla Lóbrega si era humanamente posible, a pesar de todos los cuentos de miedo de Jo-Jo.

—Vamos a reunirnos con los demás —anunció Jorge por fin, metiendo las últimas prendas en el cofre—. No has sido una gran ayuda que digamos. Andando, «Kiki».

Bajaron la escalera de caracol, pensando, con agrado, en las semanas que les aguardaban sin trabajo, sin lecciones, nada más que bañándose, escalando, entregándose al deporte del remo, ¡vaya si pasarían unas vacaciones divertidas!



## Capítulo VI

### Los días transcurren

Las niñas habían decidido quedarse con las dos habitaciones. ¡Eran tan pequeñas! Y resultaría más fácil conservar en orden dos cuartos que hacerlo con uno, siendo dos las personas que lo ocuparan.

—Nunca habría sitio para nada si intentáramos poner todas nuestras cosas en una sola habitación —dijo Dolly.

Y la otra niña se mostró de acuerdo con ella.

A ésta le asustó mucho el cuarto del torreón cuando lo vio. También a ella le hubiese asustado una habitación sin vidrios en las ventanas. Casi valía tanto como dormir a la intemperie, pensó la niña, al asomarse a una de las ventanas y sentir la brisa marina.

Las alcobas de las dos muchachas daban al mar, pero en distinta dirección, a las de los niños. La Isla Lóbrega no podía verse desde allá. Jack le contó a Lucy lo que les había dicho Jo-Jo, y la niña se sintió alarmada.

—No tienes por qué ponerte así —le advirtió su hermano, riendo—. Jo-Jo está lleno de creencias y de cuentos raros. No tienen fundamento sus historias. Yo creo que lo que le pasa es que le gusta asustar a la gente.

Se experimentaba una sensación rara al dormir por primera vez en Craggy-Tops. Lucy permaneció despierta mucho rato, escuchando el amortiguado rumor de las olas que rompían contra las rocas al pie del acantilado. Oyó silbar al viento también y le gustó. ¡Cuan diferente era todo aquello de la apacible población en que vivía tío Godofredo! Allá, todo parecía medio muerto, pero aquí abundaban el ruido y el movimiento, el gusto salado en los labios, la caricia del aire a través de los cabellos. Era emocionante. Todo era posible en Craggy-Tops.

Allá arriba, Jack tampoco lograba conciliar el sueño; pero Jorge dormía como un bendito a su lado.

Se levantó y se acercó a la ventana, por la que penetraba en grandes ráfagas el viento. Asomó la cabeza. Miró abajo.

Por entre las nubes que cruzaban a gran velocidad el firmamento, la Luna atisbaba a ratos. Allá, al pie del acantilado, las aguas se arremolinaban al subir la marea, azotando las negras rocas. El viento transportaba en sus alas la pulverizada linfa y, a pesar de la altura del cuarto, Jack estaba seguro de que sentía parte de aquel rocío en la mejilla. Se pasó la lengua por los labios. Encontró delicioso el sabor a sal.

Un pájaro gritó en la noche. Sonaba triste y melancólico, pero al niño le gustó. ¿De qué ave se trataba? ¿Una desconocida para él? Las olas rompieron con furia

abajo, y el viento ascendió en ráfagas. Tiritó. Era verano; pero Craggy-Tops se alzaba en un lugar tan barrido por los vientos, que siempre soplaban corrientes frías alrededor.

Luego dio un brinco de sobresalto al rozarle algo en el hombro. Le latió con violencia el corazón, y luego se echó a reír. No era más que «Kiki».

El loro siempre dormía con Jack, dondequiera que estuviese. Por regla general se posaba en la barra de la cabecera de la cama, con la cabeza metida debajo de un ala; pero aquella vez no había barras, sólo un colchón tirado en el suelo.

Conque «Kiki» había escogido como percha el borde del arcón. Pero al oír moverse a su amo, le faltó tiempo para irsele a posar, como de costumbre, sobre el hombro, dándole el susto consiguiente. Se apretujó contra él.

—Vete a la cama, niño malo —le gruñó—. Vete a la cama.

Jack rió. Cuando «Kiki» acertaba, por casualidad, a emplear la frase apropiada, resultaba la mar de cómico. Le rascó la cabeza, habiéndole en voz baja, para no despertar a Jorge.

—Te prepararé una percha mañana, «Kiki» —susurró—. Ya sé que no puedes dormir como es debido en la orilla de un arcón. Ahora me voy a acostar. Noche tempestuosa, ¿verdad? Pero a mí me gusta.

Volvió al lecho, frío y tiritando. Pero no tardó en entrar en calor al pegarse a la espalda de su compañero y se quedó dormido, soñando en un millar de aves marinas que se acercaban, dócilmente para que los fotografiase.

Les resultó muy extraña la vida en Craggy-Tops al principio a Lucy y a Jack, después de los muchos años pasados en una casita corriente de una población vulgar.

No había luz eléctrica, ni agua caliente ni fría que saliera de los grifos, ni tiendas a la vuelta de la esquina, ni jardín.

Se empleaban quinqués que era preciso limpiar y cuya mecha había que recortar todos los días, y velas que meter en palmatorias. El agua se sacaba con una bomba de un pozo muy hondo. A Jack le interesaba mucho aquel pozo.

Detrás de la casa se encontraron un patio pequeño pegado a la cara del farallón. Allí estaba situado el pozo que surtía de agua a los ocupantes del edificio. A Lucy y a Jack les sorprendió que no fuera el agua salada.

—¿Salada? No. Es agua dulce y pura —dijo Dolly, descolgando el pesado cubo de la cadena—. El pozo se hunde en las profundidades de la roca, muy por debajo del nivel del fondo del mar. El agua que de él sale es pura, cristalina y fría como el hielo. Probadla.

Era buena de beber, en efecto, tan buena como la mejor agua helada que hubiesen bebido los niños en días calurosos de verano. Jack se asomó al brocal.

—Me gustaría descolgarme en ese cubo y averiguar a qué profundidad se encuentra el fondo; sería interesante —murmuró.

—Y la gracia que te haría si te quedaras atascado y no pudieses salir luego —rió Dolly—. Vamos, ayúdame, Jack. No estés ahí parado, soñando. Siempre estás en las nubes.

—Y tú siempre dispuesta a impacientarte y saltar —intervino Jorge, que se hallaba allí cerca.

Dolly le dirigió una mirada iracunda. Saltaba con rapidez, y era muy fácil provocarla.

—Si tuvierais vosotros que hacer tanto como lo que a nosotras se nos encarga —respondió con aspereza—, saltaríais aún más aprisa. Vamos, Lucy. Deja que los chicos atiendan a sus quehaceres. Después de todo, para bien poco sirven los niños.

—Sí, más vale que te marches antes de que te dé una bofetada —le gritó Jorge.

Y rompió a correr luego, antes de que la enfurecida Dolly pudiese alcanzarle.

A Lucy aquellas riñas entre hermanos la escandalizaban y llenaban de desconcierto. Pero no tardó en darse cuenta de que eran nubes de verano. El enfado se desvanecía con la misma facilidad y rapidez con que se produjera. Y acabó por acostumbrarse a ellas.

Las compras constituían un verdadero problema. Dos veces a la semana Jo-Jo sacaba el vetusto automóvil y emprendía el viaje al pueblo más cercano con una larga lista en el bolsillo. Cuando se olvidaban de algo, no les quedaba más remedio que pasarse sin ello hasta la excursión siguiente. La cuestión de las verduras, sin embargo, la tenían resuelta. Se surtían de un huerto situado a cierta distancia de la parte superior de la casa, y de cuyo cuidado se encargaba el propio Jo-Jo.

—Vayamos con Jo-Jo a darnos un paseo en el coche —sugirió Lucy una mañana.

Pero Jorge movió negativamente la cabeza.

—Es inútil —dijo—. Le hemos pedido la mar de veces que nos lleve y nunca ha querido hacerlo. Se limita a negarse, amenazando con echarnos a empujones del automóvil si intentamos acompañarle. Yo lo probé una vez, y cumplió su palabra: me echó fuera de un empujón.

—¡El muy bruto! —exclamó Jack—. Lo que no comprendo es cómo le aguantáis.

—¿Y qué otro iba a querer trabajar en un sitio tan apartado y solitario? —inquirió Dolly—. Nadie. De no estar medio loco, tampoco querría hacerlo Jo-Jo.

Ello, no obstante, Lucy le preguntó al negro si podría acompañarle cuando fuera de compras.

—No —respondió éste con torvo gesto.

—Por favor, Jo-Jo —suplicó la niña.

Estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya si tenía mucho empeño. Pero no le valió con el negro.

—He dicho que «no» —repitió éste, alejándose.

Lucy le vio desaparecer. ¡Qué horrible era! ¿Por qué no quería llevarse a ninguno

de ellos cuando iba de compras? Simple mal genio y mala intención, supuso la niña.

La vida era divertida en Craggy-Tops, a pesar de ser difíciles tantas cosas. Los baños calientes, por ejemplo, sólo podían tomarse una vez a la semana. Es decir, hubieran podido tomarse todos los días de haber estado alguien dispuesto a encender la caldera y a transportar los cubos de agua caliente desde ella hasta el único baño instalado en un cuarto pequeño, a través de kilómetros y kilómetros de pasillos.

Después de haberlo hecho una vez, Jack decidió que no le importaba mucho pasarse sin baños calientes mientras estuviera en Craggy-Tops. Se bañaría en el mar dos o tres veces diarias y se conformaría con ello.

A las niñas les daban tareas caseras que hacer, y ellas las llevaban a cabo lo mejor que podían. Tía Polly se encargaba de la cocina y le servía la comida a tío Jocelyn en su despacho, del que ni para comer salía, razón por la cual los niños apenas si recordaban que estaba en la casa.



A los niños les correspondía transportar el agua desde el pozo, ir en busca de la leña para la cocina y llenar el depósito de la estufa de petróleo. Se turnaban con sus hermanas en la labor de limpiar las lámparas y arreglar las mechas. A ninguno le

gustaba hacerlo, porque era un trabajo muy sucio.

Jo-Jo se cuidaba del automóvil y del huerto, fregaba lo más difícil, limpiaba las ventanas cuando el agua pulverizada las dejaba incrustadas de sal, y se encargaba de muchas otras faenas. Tenía una embarcación propia, buena y marinera, con una vela pequeña.

—¿Nos permitirá que la usemos? —inquirió Jack.

—¡Claro que no! —respondió Jorge, con desdén—. Y más vale que no lo intentes sin su permiso. Te daría una paliza como lo hicieras. Esa embarcación le es tan cara como las niñas de los ojos. No poner pie en ella.

Jack fue a echarle una mirada. Era un buen barco en verdad. Debía de haber costado la mar de dinero. Lo habían pintado recientemente y se encontraba en magnífico estado. Tenía remos, mástil y vela, y mucho aparejo de pesca. A Jack le hubiese gustado hacerse a la mar con él.

Pero cuando lo estaba mirando, preguntándose si se atrevía a poner pie a bordo para sentirse mecer dulcemente bajo sus plantas, apareció el negro, más torvo su gesto que de costumbre.

—¿Qué está usted haciendo? —exigió con feroz mirada—. Ese barco es «mío».

—Bueno, bueno —contestó con impaciencia el muchacho—. ¿Es que no puedo mirarlo siquiera?

—No —le repuso Jo-Jo.

—Malo, malo —dijo «Kiki», dándole un chillido al negro, que de buena gana le hubiese retorcido el cuello.

—¡Qué encanto de hombre! ¡Qué agradable resulta! —exclamó Jack, retirándose no obstante al experimentar, por primera vez, cierto temor—. Pero permítame que le diga una cosa: de una manera o de otra, saldré a dar una vuelta en una embarcación y «usted» no podrá impedirlo.

Jo-Jo le siguió con la mirada, entornados los párpados, contraída la boca de ira. ¡El muy entrometido! ¡Ya lo creo que le impediría que hiciese nada si le era posible!

## Capítulo VII

### Un descubrimiento extraño

De no haber sido por Jo-Jo, la vida en Craggy-Tops, luego de haberse aclimatado como quien dice los niños, hubiese resultado muy agradable. Parecía haber tantas cosas divertidas que hacer...; el andar en la resguardada caleta, donde el agua era tranquila, resultaba delicioso. El explorar las húmedas y oscuras cavernas del acantilado no podía ser más divertido. El pescar desde las rocas también resultaba emocionante, porque se podían coger peces muy grandes.

Pero Jo-Jo parecía echarlo todo a perder con sus miradas torvas y sus continuas intervenciones. Aparecía siempre donde se encontraban los niños. Si se bañaban, el negro rostro asomaba por entre las rocas. Si pescaban, surgía de pronto a decirles que estaban perdiendo el tiempo.

—Oh, déjanos en paz, Jo-Jo —dijo Jorge con impaciencia—. ¡Obras como si fueses nuestro guardián! ¡Anda y vete a cuidarte de tu trabajo y déjanos a nosotros hacer lo que nos dé la gana! No estamos haciendo ningún daño.

—La señorita Polly me ha dicho que les vigile —respondió con hosquedad el negro—. Me ha ordenado que no les deje meterse en peligro, ¿comprende?

—No, no comprendo —contestó el niño—. Lo único que comprendo es que no haces más que aparecer dondequiera que nos encontramos, estropeándonoslo todo. Hazme el favor de no volvernos a espiar. No me gusta eso ni pizca.

Lucy rió. Le pareció un acto de valor por parte de Jorge hablarle de aquella manera a aquel hombrazo. Desde luego, el negro era una verdadera lata. ¡Cuánto hubieran podido divertirse de haber sido Jo-Jo alegre y bien humorado! Hubiesen podido irse de pesca y de excursión en su barco, pescar como era debido en su compañía, haber salido en el coche de merienda...

—Pero como es tan estúpido y tiene tan mal genio, no podemos hacer ninguna de esas cosas —quejóse Lucy—. ¡Si hasta hubiésemos podido salir de excursión a la Isla Lóbrega, como quiere Jack, para ver si hay muchos pájaros allí! De haber sido Jo-Jo más tratable, quiero decir.

—Como no lo es, no hay más que hablar. Jamás iremos a la isla. Y, si llegamos a ir algún día, apuesto a que no encontraremos pájaros en un sitio tan desolado —intervino Jorge—. Andad, vamos a explorar esa caverna tan grande que descubrimos ayer.

Resultaba divertido en verdad explorar las cuevas de la costa. Algunas de ellas se prolongaban muy lejos acantilado adentro. Otras tenían en el techo agujeros que las ponían en comunicación con grutas situadas encima. Jorge dijo que, en tiempos



antiguos, las habían usado los hombres para esconderse o para almacenar contrabando. Ahora, sin embargo, no se veía en ellas nada más que algas y conchas marinas.

—Lástima que no tengamos una buena lámpara de bolsillo —observó Jack, al apagársele la vela por sexta vez aquella mañana—. Pronto me quedaré sin velas. ¡Si hubiese habido una tienda a la vuelta de la esquina donde comprar una lámpara! Le pedí ayer a Jo-Jo que me consiguiera una cuando saliera de compras, pero no quiso.

—¡Oooh!... ¡Qué estrella de mar más grande! —exclamó Jorge, acercando la vela al piso de la húmeda caverna—. Fijaos..., es una estrella gigante.

Dolly soltó un chillido. Las cosas pegajosas y reptantes le producían tanto horror como placer a Jorge.

—No la toques. Y no me la acerques.

A Jorge, sin embargo, le gustaba hacer rabiar a la gente. Conque cogió la estrella de mar y dio un paso hacia Dolly con ella en la mano. La niña se enfureció, alejándose asustada.

—¡Bruto! ¡Te dije que no me la acercaras! La mataré si la traes.

—A una estrella de mar no se la puede matar —le respondió el otro—. Si se la corta por la mitad, le crecen puntas nuevas; conque se convierte en dos estrellas completas. ¡Anda! ¡Échale una mirada, Dolly!... ¡Huélela!... ¡Tócala!

Se la acercó a su hermana a la cara. Alarmada, Dolly alzó la mano y dio tal empujón a Jorge, que éste se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó al suelo de la caverna. Se le apagó la vela, dio un grito, se percibió un ruido extraño, como de algo que resbalase, y luego..., silencio.

—¡Eh, Copete! ¿Te has hecho daño? —inquirió Jack, alzando la vela.

Con gran estupefacción suya, descubrió que Jorge había desaparecido. La estrella de mar yacía sobre las algas del suelo. Pero el muchacho no se encontraba a su lado.

Los tres niños contemplaron con asombro las matas de algas que colgaban de las paredes de la gruta y se extendían por el piso. ¿Adónde había ido a parar Jorge?

Dolly estaba asustada. Su intención había sido darle un buen golpe a Jorge, desde luego, pero no hacerle desaparecer de la faz de la Tierra. Dio un grito.

—¡Jorge! ¿Te has escondido? ¡Haz el favor de salir, idiota!

Una voz ahogada llegó a sus oídos.

—¡Eh!... ¿Dónde estoy?

—La voz es la de Copete —observó Jack—. Pero ¿dónde está? No se le ve en la caverna.

Los niños juntaron las tres velas y examinaron la pequeña gruta de techumbre baja. Olía a mustia. La voz de Jorge volvió a surgir de alguna parte, con algo de susto esta vez.

—¡Oíd! ¿Dónde estoy?

Jack avanzó con cautela por las resbaladizas algas hasta el sitio en que cayera Jorge al empujarle Dolly. Y, de pronto, pareció perder el equilibrio y, con gran sorpresa de las niñas, desapareció a su vez, hundiéndose, al parecer, en el suelo.

A la luz vacilante de sus dos velas, las muchachas intentaron ver qué le había sucedido a Jack. Entonces descubrieron la explicación del misterio. Las frondas de las algas ocultaban una abertura en el suelo de la caverna y éstas se habían apartado bajo el peso de los niños, precipitándoles en otra cueva más baja. ¡Qué cosa más extraña!

—Por ahí cayeron —apuntó Dolly, señalando un hueco oscuro en las algas que cubrían el suelo—. Dios quiera que no se haya roto las piernas. ¿Cómo vamos a sacarlos?

Jack había caído encima de Jorge, casi aplastándole. «Kiki», al verse solo en la caverna superior, lanzó un chillido capaz de hacerle saltar los tímpanos a cualquiera. Le hacían muy poca gracia aquellas cuevas tan oscuras; pero siempre acompañaba a su amo. Ahora éste había desaparecido sin dejar rastro, y el loro estaba alarmado.

—¡Cállate, «Kiki»! —exclamó Dolly, dando un brinco de susto al sonar el grito—. Mira, Lucy, hay un agujero en el suelo..., allí, entre las algas. Anda con cuidado, o desaparecerás tú también. Alza mi vela además de la tuya y veré si puedo descubrir exactamente lo que ha ocurrido.

Lo sucedido era en realidad, muy sencillo. Primero, Jorge había caído por el agujero a la caverna de abajo. Luego, Jack le había caído encima. Jorge estaba asustado y lleno de magulladuras. Asió fuertemente a Jack y no quería soltarle.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.



—Hay un agujero en el suelo de la caverna —respondió el interpelado, extendiendo los brazos y buscando a tientas para averiguar el tamaño de la gruta en que se encontraban. Topó por paredes rocosas a ambos lados inmediatamente—. Oye, ¡sí que es pequeña esta gruta! ¡Eh, muchachas! ¡Asomad las velas al agujero para que podamos ver!

Apareció por encima de los niños una vela, disipando levemente las tinieblas.

—No estamos en una cueva —exclamó Jack, asombrado—. Esto es un pasadizo. O, por lo menos, nos encontramos en la entrada de él. ¿Adónde irá a parar? Supongo que acantilado adentro.

—Dadnos una vela —gritó Jorge, que se sentía mejor ya—. ¡Santo Dios! ¡Aquí está «Kiki»!

—¿No sabes cerrar la puerta? —inquirió el loro con aspereza, posándose en el hombro de Jack, la mar de feliz de ver a su amo otra vez.

Se puso a silbar. Y luego se ordenó a sí mismo que no lo hiciese.

—Cállate, «Kiki» —le dijo Jack—. Mira, Jorge..., sí que hay un pasadizo que sube..., es la mar de oscuro y estrecho. ¡Y qué olor! Dolly, ¡danos pronto esa vela!

La niña se tendió sobre las algas y logró entregarle la vela por el agujero. La alzó Jack. El oscuro pasadizo parecía extraño y misterioso.

—¿Y si lo exploráramos? —inquirió Jorge, excitado—. Da la sensación de que debe pasar por debajo de Craggy-Tops. Es un pasadizo secreto.

—Lo más probable es que se trate de una simple grieta de las rocas y que no conduzca a ninguna parte —contestó Jack—. «Kiki», no me picotees tan fuerte la

oreja. Saldremos pronto al aire libre. ¡Eh, niñas! Nos parece que subiremos por este pasadizo tan raro. ¿Queréis acompañarnos?

—No, gracias —contestó Lucy, sin vacilar. No le gustaba la idea de un pasadizo lleno de algas que penetrara, oscuro y estrecho, en el acantilado—. Nos quedaremos aquí hasta que volváis. No tardéis. Sólo tenemos una vela ahora. ¿Lleváis cerillas por si se os apaga la vuestra?

—Sí —respondió Jack, tocándose el bolsillo—. Bueno, pues adiós de momento. No os caigáis dentro del agujero.

Abandonaron el húmedo hueco en que se encontraban y se internaron por el pasadizo. Las niñas no podían oír ya sus pisadas ni sus voces. Aguardaban con paciencia allá arriba iluminadas por la vacilante llama de su solitaria vela. Hacía frío y tiritaron, felicitándose por haberse puesto los jerseys.

Los muchachos tardaban mucho tiempo. Las dos niñas perdieron la paciencia y luego acabaron alarmándose. ¿Qué les podía haber sucedido? Atisbaron por el agujero, aguzando el oído. No se percibía sonido alguno.

—¡Oh, Dolly!..., ¿crees tú que deberíamos bajar a buscarlos? —inquirió Lucy, desesperada.

Estaba segura de que sentiría un miedo cerval si se metía por el pasadizo secreto. Sin embargo, si Jack necesitaba ayuda, no vacilaría en bajar y seguirle sin desmayos a donde fuera.



—Más vale que vayamos a decírselo a Jo-Jo y a pedirle que nos ayude —dijo Dolly—. Creo que será mejor que traiga una cuerda. Los niños no conseguirán subir por el agujero a esta caverna sin auxilio.

—No; no se lo digamos a Jo-Jo —repuso Lucy, que le tenía una antipatía y un miedo enormes al negro—. Aguardaremos un poco más. Quizá fuera muy largo el pasadizo.

Lo era mucho más de lo que habían supuesto los muchachos. Torcía y zigzagueaba al internarse en el acantilado, siguiendo siempre una dirección ascendente. La oscuridad era profunda, y la vela poco parecía disiparla. Pegaban con la cabeza contra el techo de vez en cuando porque, a veces, la galería era baja, llegándoles tan sólo a la altura de los hombros.

Se fue haciendo más seca a medida que ascendía. Por fin dejó de notarse el olor a algas; pero la atmósfera se tornó rancia y mustia, haciéndose difícil respirar.

—Yo creo que el aire está viciado aquí —jadeó Jorge—. Apenas puedo respirar. Ha habido un par de veces en que he creído que iba a apagársenos la vela, Pecas. Eso hubiera significado que el aire estaba corrompido. Supongo que no tardaremos mucho en llegar al fin de este túnel ya.

No había hecho más que decir estas palabras cuando la pendiente del pasillo se hizo más pronunciada, y encontraron escalones tallados en la roca viva. La corta escalera murió de pronto ante una pared de roca. Los niños se miraron, desconcertados.

—Así, pues, no es un pasadizo en realidad —dijo Jorge, desilusionado—. No es más que una grieta en el acantilado como tú dijiste. Pero éstos parecen escalones, ¿eh?

La luz de la vela cayó sobre las gradas. Si..., alguien había tallado, deliberadamente, aquellos escalones... Pero..., ¿para qué?

Jack alzó la vela por encima de su cabeza... y lanzó un grito.

—¡Mira! ¿No es ésa una compuerta por encima de nosotros? ¡A eso conducía el pasadizo... a la compuerta! Escucha..., vamos a abrirla si podemos.

En efecto, había una compuerta de madera en el techo. ¡Si les fuera posible alzarla! ¿Dónde se encontrarían?

## Capítulo VIII

### En los sótanos

—Empujémosla los dos al mismo tiempo —sugirió Jorge, excitado—. Colocaré la vela en esta repisa.

Metió la vela en una grieta. Luego empujaron los dos con fuerza contra la compuerta. Una lluvia de polvo les cayó encima y Jorge parpadeó, medio cegado. Jack, más previsor, había cerrado los ojos.

—¡Maldita sea! —exclamó Jorge, frotándose los párpados—. Anda, vamos a probar otra vez. Me pareció notar que se movía.

Intentaron otra vez, y ésta, la compuerta cedió de pronto. Se alzó unas pulgadas y volvió a caer luego, desalojando otra nube de polvo.

—Busquemos una roca o una piedra grande para subirnos encima —dijo Jack, encendido de excitación el rostro—. Un empujoncito más y quedará abierta.

Encontraron tres o cuatro piedras planas, las amontonaron y se subieron encima. Apretaron la compuesta y, con gran encanto suyo, ésta se alzó del todo, y venció hacia el otro lado, cayendo, con estrépito, sobre el suelo de arriba, dejando una abertura cuadrada por encima de la cabeza de los muchachos.

—Ayúdame a subir, Jack —dijo Jorge—. Ayúdame.

El otro le dio tal empujón, que subió disparado por el hueco, aterrizando sobre un piso rocoso, arriba. Reinaba la oscuridad allí y no pudo ver nada.

—Dame la vela, Pecas, y te ayudaré a subir luego —propuso.

Le entregó la vela, que se apagó de pronto.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Dios Santo! ¿Qué es eso?

—Supongo que «Kiki» —contestó Jack—. Ha subido volando.

«Kiki» no había dicho una palabra ni hecho el menor ruido durante toda la marcha por el pasadizo secreto. Alarmado por lo extraño del lugar y las tinieblas, se había limitado a asir con fuerza a su amo.

Jorge ayudó a subir a Jack, tirándole de las manos y luego se buscó en los bolsillos cerillas para encender de nuevo la vela.

—¿Dónde crees tú que nos encontramos? —inquirió—. Yo no tengo ni la menor idea.

—Parece como si fuera el otro extremo del mundo —dijo Jack—. ¡Ah, eso ya es otra cosa! Ahora podemos ver. —Alzó la vela ya encendida y los dos miraron a su alrededor.

—Yo sé dónde estamos —anunció Jorge, bruscamente—. Éste es uno de los sótanos de Craggy-Tops. Mira..., allí hay cajas de provisiones. Latas de conservas y

todo eso.

—Es verdad. ¡Caramba! ¡Cuántas provisiones tiene tu tío almacenadas aquí! ¡Qué aventura! ¿Tú crees que tus tíos conocen la existencia del pasadizo secreto?

—No. De haberlo sabido, seguramente nos hubiese hablado de él tía Polly. No me parece conocer muy bien este lado de los sótanos. Vamos a ver, ¿dónde está la puerta?

Los muchachos erraron por el sótano, intentando hallar una salida. Llegaron a una fuerte puerta de madera, pero con gran sorpresa suya, estaba cerrada con llave.

—¡Qué mala pata! —exclamó Jorge, molesto—. Nos vamos a ver obligados a bajar otra vez por ese túnel. Y no tengo el menor deseo de hacerlo. Sea como fuere, ésta no es la puerta que da a la cocina. Hay que subir escalones en ésta. Debe de ser una puerta que aísla una parte de los sótanos de la otra. No recuerdo en absoluto haberla visto antes.

—Escucha; me parece que viene alguien —atajó Jack de pronto, captando el rumor de pasos que creyeron se iban aproximando.

—Sí; Jo-Jo —afirmó Jorge, oyendo una tos harto conocida—. Escondámonos. No pienso decirle a Jo-Jo una palabra del pasadizo. Guardaremos el secreto. Cierra la compuerta aprisa, Jack. Nos esconderemos detrás de este arco. Podremos escaparnos sin hacer ruido en cuanto Jo-Jo abra la puerta. Apaga la vela.

Cerraron la compuerta, y luego, en las tinieblas, se escondieron tras el arco de piedra vecino a la puerta. Oyeron al negro meter una llave en la cerradura. La puerta se abrió, y entró el hombre. Parecía de un tamaño gigantesco a la vacilante luz de su linterna. Dejó la puerta abierta y se dirigió al sótano, donde se hallaban las provisiones.

Los niños llevaban suela de goma y hubieran podido salir sin que Jo-Jo se enterara de su presencia, pero «Kiki» escogió aquel momento para imitar la tos hueca del negro. Pobló el sótano de melancólicos ecos y Jo-Jo dejó caer la linterna con estrépito. El vidrio se rompió, apagándose la luz. Jo-Jo lanzó un grito de terror y huyó sin detenerse a echar la llave siquiera. Rozó con los muchachos al pasar, y exhaló un nuevo chillido de susto al sentir el calor de su cuerpo.





«Kiki», emocionado por el éxito de su imitación de la tos, lanzó un alarido terrorífico que hizo cruzar el resto de los sótanos a toda velocidad a Jo-Jo, subir los escalones, y salir por la otra puerta. Casi se cayó de bruces al entrar en la cocina y tía Polly dio un brinco de asombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—¡Hay cosas ahí abajo! —jadeó el negro, tan pálido el rostro como le era posible ponerse.

—¿Cosas? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, con severidad, tía Polly.

—Cosas, que chillan, aúllan y me agarran —contestó Jo-Jo, dejándose caer en una silla y haciendo girar los ojos hasta sólo dejar ver el blanco de los mismos.

—¡No digas tonterías! —gruñó tía Polly, removiendo el contenido de una cacerola—. De todas formas, no sé para qué querías bajar allá. No necesitamos nada de los sótanos esta mañana. Tengo patatas de sobra aquí... Serénate, Jo-Jo. Asustarás a los niños si te portas así.

Los dos niños se habían puesto a reír como locos al ver huir al pobre Jo-Jo dando gritos de alarma. Se abrazaron para no caerse y rieron hasta quedar exhaustos.

—Le está bien empleado —exclamó Jack—. Anda siempre intentando asustarnos con cuentos de «cosas» extrañas que rondan de noche por los alrededores. Ahora se ha encontrado con uno de sus propios cuentos y casi ha perdido el juicio del susto.

—Oye, oye. ¡Se ha dejado la llave en la cerradura! —dijo Jorge, encendiendo la

vela de nuevo—. Vamos a llevárnosla. Así, si queremos volver a usar ese pasadizo alguna vez, siempre podremos salir por aquí si nos parece.

Se guardó la llave en el bolsillo, riendo. Quizá creyera el negro que era una de las «cosas» de las que siempre estaba hablando la que se la habría llevado.

Se metieron en la parte de los sótanos que ya conocían. Jorge contempló con interés la puerta por la que acababan de pasar.

—Hasta ahora no sabía que hubiese un sótano más allá del primero —dijo, mirando a su alrededor por la enorme habitación subterránea—. ¿Cómo es que no me he fijado en esa puerta antes?

—Deben de haber estado amontonadas esas cajas delante para esconderla —dijo Jack.

Había unas cuantas cajas vacías junto a la puerta y, ahora que hacía memoria. Jorge recordó haberlas visto siempre amontonadas al entrar en el sótano. Una treta de Jo-Jo, sin duda, para impedir que los niños entraran en el segundo sótano, donde se guardaban las provisiones.

—Podemos entrar por el pasadizo secreto o por la puerta, puesto que tengo la llave ahora —pensó Jorge, encantado de poder burlar al negro cuando quisiera.

—Supongo que esos escalones conducían a la cocina, ¿eh? —dijo Jack, señalándolos—. ¿Crees tú que podemos subirlos sin peligro? No nos interesa que nos vea nadie, porque nos harían preguntas un poco embarazosas.

—Subiré yo, abriré la puerta una rendija, y miraré a ver si hay alguien en la vecindad —dijo Jorge.

Subió. Jo-Jo había salido, y ya no estaba allí su tía tampoco; conque la enorme cocina se encontraba solitaria y silenciosa. Los muchachos pudieron cruzarla, dirigirse a la puerta de la casa, y bajar, corriendo, el sendero del acantilado sin que les viese nadie.

—Las muchachas estarán preguntándose qué ha sido de nosotros —dijo Jack, acordándose de pronto de que Lucy y Dolly les aguardaban junto al agujero de la cueva—. Vamos; les daremos un susto, ¿quieres? Estarán esperando que salgamos por el pasadizo secreto. Jamás se les ocurrirá que podamos aparecer por este otro camino.

Bajaron a la rocosa playa. Se dirigieron a las cavernas que exploraron aquella mañana y encontraron la que tenía el agujero. Las dos niñas se hallaban sentadas junto al hueco, discutiendo, llenas de ansiedad, lo que debían hacer.

—No tendremos más remedio que ir en busca de ayuda —decía Lucy—. Estoy segura de que les ha sucedido algo.

Jorge vio, de pronto, la gigantesca estrella de mar, la causante de todo el jaleo. La recogió sin hacer ruido. Andando con cautela, se aproximó a la pobre Dolly. Depositó la estrella sobre su brazo desnudo, por el que resbaló, pegajosa.

Dolly se puso en pie de un brinco, dando un grito mucho peor que el más agudo de los de «Kiki».

—¡Oh!..., ¡oh! ¡Jorge está de vuelta, el muy bruto! ¡Aguarda a que yo te eche la mano encima! ¡Te arrancaré todos los pelos uno por uno! ¡Oh, qué odioso eres!

Llena de rabia, dio un salto hacia su hermano, que salió corriendo de la caverna a la playa, lleno de regocijo. Lucy le echó los brazos al cuello a Jack. Había estado consumida de ansiedad pensando en él.

—¡Jack! ¡Oh, Jack! ¿Qué os ha pasado? ¡He aguardado tanto!... ¿Cómo volvéis por este camino? ¿Adónde conduce el pasadizo?

Los gritos y los alaridos de Dolly y de Jorge no le dejaron contestar a Jack, sobre todo al hacer coro «Kiki» a toda aquella algarabía, silbando como una locomotora.

Se estaba librando una verdadera batalla entre Dolly y Jorge. La enfurecida niña había alcanzado a su hermano, y le estaba pegando con toda su alma.

—¡Ya te enseñaré yo a tirarme estrellas de mar! ¡Sinvergüenza! ¡De sobra sabes lo poco que me gustan esos bichos! ¡Te arrancaré los pelos!

Jorge logró desasirse y salir de estampía, dejando unos cuantos pelos entre los dedos de la niña. Dolly se volvió hacia los otros, con enfurecido semblante.

—¡Es un animal! ¡No le dirigiré en mucho tiempo la palabra! ¡Ojalá no fuese hermano mío!

—Sólo fue una broma —empezó Jack.

Pero no hizo más que empeorar las cosas. Dolly se enfureció con él y puso una cara tan feroz, que Lucy se alarmó y pensó en defender a Jack si Dolly corría a darle un bofetón.

—No quiero saber nada de ninguno de vosotros —anunció Dolly.

Y se marchó hecha una furia.

—Así se quedará sin saber lo que hemos descubierto esta mañana —dijo Jack—. ¡Qué genio tiene! Bueno, pues tendremos que decírtelo a ti, Lucy. Hemos corrido una aventura de verdad.

Cuando se alejaba iracunda, Dolly se acordó de pronto de que no había oído la historia del pasadizo secreto y, olvidando su enfado, dio media vuelta al instante.

Vio a Lucy y a los dos niños juntos. Jorge le dio la espalda en cuanto se acercó. Pero Dolly sabía ser tan brusca en recobrar el buen humor como en perderlo. Le posó una mano en el brazo a su hermano.

—Lo siento. Jorge; perdona —rogó—. ¿Qué os ocurrió a Jack y a ti en el pasadizo? Ardo en deseos de saberlo.

Conque se restableció la paz y las muchachas escucharon con emoción lo que los niños tenían que contar.

—Fue una verdadera aventura, os lo aseguro —cerró Jack.

Y lo fue, en efecto. Aunque, en realidad, aquello no era más que el principio; aún

les quedaban muchísimas cosas raras que pasar.

## Capítulo IX

### Una embarcación extraña

Las niñas se negaron a subir por el pasadizo secreto a pesar de lo mucho que se lo suplicaron los muchachos. Les estremecía el mero pensamiento de aquel túnel oscuro, tortuoso y estrecho. Y, aunque estaban de acuerdo en que debía resultar muy emocionante recorrerlo, ésta era una emoción que ellas, personalmente, no tenían el menor deseo de experimentar.

—Lo que Dolly teme —dijo Jorge con disgusto— es que alguna estrella gigante de mar se le eche encima. Y Lucy no es más que una criatura.

En vano las hicieron rabiar. Las niñas no se cansaban nunca de oír hablar del pasadizo, pero no hubo manera de inducirlas a que se internaran por él. Jack y Jorge se asomaron a los sótanos al día siguiente, y descubrieron que Jo-Jo había vuelto a amontonar las cajas delante de la segunda puerta, ocultándola por completo. Les desconcertó un poco aquello. Habían visto, no obstante, hacer muchas cosas tontas al negro, nada más que por ganas de molestar, a veces. Y, en cualquier caso, tenían en su poder una llave.

El tiempo se hizo caluroso. Brilló el Sol en un cielo sin nubes. Los niños empezaron a correr por la playa y por el acantilado en traje de baño. Dolly, Lucy y Jorge se pasaban más tiempo que Jack metidos en el agua. Porque este último, entusiasmado con las aves silvestres que poblaban la costa en tan grandes cantidades, se pasaba la vida identificando golondrinas de mar, corvejones, gaviotas y otras especies. Y, con gran desilusión de su hermana, se negó a permitirle que le acompañase.

—Los pájaros empiezan a acostumbrarse a mí —le explicó—. Pero a ti no te conocen, Lucy. Sé buena chica y vete con los otros. De todas formas, sería una falta de educación dejar solos a Copete y a Dolly.

Conque, por una vez en su vida, Lucy, no fue la sombra de Jack, y se pasó la mayor parte del tiempo con los otros niños. Pero solía saber dónde se encontraba su hermano y, cuando llegaba la hora de regresar a casa, andaba alerta para avisarle.

A Dolly le parecía aquello una solemne tontería. A ella no se le hubiera ocurrido andar siempre pendiente de su hermano Jorge.

—¡Con la alegría que me da cuando le pierdo de vista! —exclamó, comentando el caso con su amiga—. Se hace insoportable. Disfruta haciéndome rabiar. El año pasado por poco me volvió loca. Me metió debajo de la almohada unos ciempiés que se dispersaron por toda la cama a medianoche.

Hasta a Lucy le sonó aquello a horrible. Pero se había acostumbrado ya a Jorge y

a sus singulares costumbres. Era una verdadera lata. Hasta yendo en taparrabos se las arreglaba para llevar algún animalito escondido. Como el día anterior en que recogió una pareja de cangrejos y acabó sentándose por descuido encima de uno de ellos. El pellizco que éste le dio entonces le hizo llegar a la conclusión de que para los cangrejos no hay nada mejor que dejarlos en el líquido elemento; fuera de él, a uno no le dejan vivir tranquilo.

—De todas formas —anunció Dolly—, no sabes cuánto me alegro de que Pecas se lleve a «Kiki». Ese loro me es muy simpático; pero, desde que le ha dado por imitar a todos los pájaros de las cercanías, me está volviendo tarumba. Lo que me sorprende es que tía Polly le aguante.

Tía Polly le había cobrado afecto al loro, que, dándose cuenta de que con sólo decir: «¡Pobre querida Polly!» podía sacarle a la señora todo lo que se le antojara, abusaba de ella de una manera indecorosa. Tía Polly se había puesto hecha una furia con Jo-Jo cuando éste, al ir de compras, volvió sin las semillas de girasol para el loro. Y los niños habían disfrutado de lo lindo al oír cómo le regañaban al hosco y antipático negro.

El primer encuentro de tío Jocelyn con «Kiki», no puede decirse que fuera muy afortunado. Cierta tarde calurosa el pájaro se había introducido silenciosamente por la ventana del despacho. Tío Jocelyn estaba enfrascado, como de costumbre, en papelotes y libros. «Kiki» voló hasta la estantería y se posó en ella, mirando a su alrededor con interés.

—¿Cuántas veces he de decirte que no silbes? —preguntó, con voz severa.

Tío Jocelyn salió de su enfrascamiento con sobresalto. No había visto nunca al loro, y hasta había olvidado que hubiese llegado uno a su casa. Aguzó el oído y trató de adivinar de dónde había partido tan insospechada frase.

«Kiki» guardó silencio un buen rato y el hombre llegó a la conclusión de que se habría equivocado, volviendo a bajar la cabeza para estudiar los documentos de nuevo.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —inquirió el loro, severo.

Tío Jocelyn quedó convencido de que su esposa se hallaba en alguna parte de su cuarto, porque «Kiki» imitaba su voz a maravilla. Se rebuscó el pañuelo en el bolsillo.

—Buen chico —dijo el loro—. Y ahora no te olvides de limpiarte los pies.

—No los tengo sucios, Polly —contestó el anciano, sorprendido, creyendo que hablaba con su mujer.

Estaba desconcertado y molesto. No solía turbarle tía Polly entrando a darle órdenes innecesarias. Se volvió para decirle que se marchase, pero no pudo verla.

«Kiki» emitió una tos hueca, como la de Jo-Jo. Tío Jocelyn, seguro ahora de que el negro se hallaba también en el despacho, se irritó. ¿Por qué diablos se le ocurría a

todo el mundo entrar aquel día a molestarle? Aquello resultaba ya insoportable.

—¡Lárgate de aquí! —ordenó, creyendo que hablaba con Jo-Jo—. Estoy ocupado.

—¡Oh, qué chico más travieso! —exclamó el loro, en reprimenda.

Luego tosió otra vez y soltó un estornudo muy bien imitado. Después de eso, reinó silencio un buen rato.

Tío Jocelyn se enfrascó en sus papeles otra vez, olvidándose inmediatamente de la interrupción.

A «Kiki» no le gustaba que no le hiciesen caso. Voló del estante y fue a posarse sobre la canosa cabeza de tío Jocelyn, imitando el silbido de una locomotora al hacerlo.

El pobre hombre se puso en pie de un brinco, se llevó las manos a la cabeza, desalojó a «Kiki», y soltó un alarido que hizo acudir a toda prisa a tía Polly. «Kiki» salió volando por la ventana, y exhalando un ruido muy parecido a la risa.

—¿Qué te ocurre, Jocelyn? —dijo la señora, alarmada.

El anciano estaba enfurecido.

—Ha estado entrando y saliendo gente en este cuarto toda la mañana, y hasta me decía que me limpiara los pies y que no silbara. Y alguien me tiró algo a la cabeza —rugió.

—¡Oh..., no es más que «Kiki»! —anunció tía Polly, empezando a sonreír.

—¡Nada más que «Kiki»! Y..., ¿quién demonios es «Kiki»? —gritó tío Jocelyn, furioso al ver a su esposa reírse de él en lugar de compadecerle.

—El loro —contestó ella—. El loro del niño, ¿sabes?

Tío Jocelyn se había olvidado por completo de la existencia de Jack y de Lucy. Miró a la otra como si la creyera loca.

—¿Qué niño... y qué loro? —exigió—. ¿Has perdido el juicio, Polly?

—¡Dios mío! —suspiró tía Polly—. ¡Qué memoria más desgraciada!

Le recordó la llegada de los dos niños a pasar las vacaciones, y le explicó quién era «Kiki».

—Es el loro más listo que he conocido —terminó diciendo.

«Kiki» se había adueñado de su corazón.

—Bueno, pues lo único que yo te digo —anunció tío Jocelyn, sombrío—, es que, si ese loro es tan listo como tú lo pintas, procurará no volverse a cruzar en mi camino. Como entre aquí otra vez, le tiraré a la cabeza todos los pisapapeles.

La señora, acordándose de la mala puntería que tenía su marido cuando tiraba algo, echó una mirada a la ventana. Más valdría que la conservara cerrada, de lo contrario, el día menos pensado iba a encontrarse el despacho destrozado a golpes de pisapapeles. ¡Caramba, caramba! ¡Qué cosas más molestas sucedían! Cuando no eran los niños los que clamaban pidiendo más de comer, era Jo-Jo el que la disgustaba. Y, cuando no era Jo-Jo, era el loro. Y cuando no era el loro, tío Jocelyn con sus

amenazas de tirar pisapapeles. Tía Polly cerró la ventana con firmeza, y salió del cuarto, cerrando tras sí de golpe.

—¡No des portazos! —sonó la voz de «Kiki» en el pasillo—. Y, ¿cuántas veces he de decirte?

Pero, por una vez, tía Polly no tuvo una palabra amable para «Kiki».

—Eres un pájaro malo —le dijo, con severidad, al loro—, un pájaro muy malo.

«Kiki» voló pasillo abajo con un chillido de indignación. Buscaría a Jack. Jack siempre era bueno y amable con él. ¿Dónde estaba Jack?



El niño no se encontraba con los demás. Había marchado con los gemelos de campaña a la cima del acantilado y yacía boca arriba, contemplando con deleite las aves que evolucionaban por encima de él. «Kiki» le aterrizó en el vientre, sobresaltándole.

—¡Ah! ¡Eres tú, «Kiki»! Ten cuidado con las garras, por el amor de Dios. No llevo más que el traje de baño. Y, ahora, cállate o asustarás a los pájaros. Ya he visto cinco variedades distintas de gaviotas hoy.

Acabó por cansarse de estar echado boca arriba. Se incorporó, se quitó de encima



al loro, y miró a su alrededor. Se llevó los gemelos a los ojos de nuevo, y dirigió la vista por encima del mar, hacia la Isla Lóbrega. Aún no había llegado a verla bien.

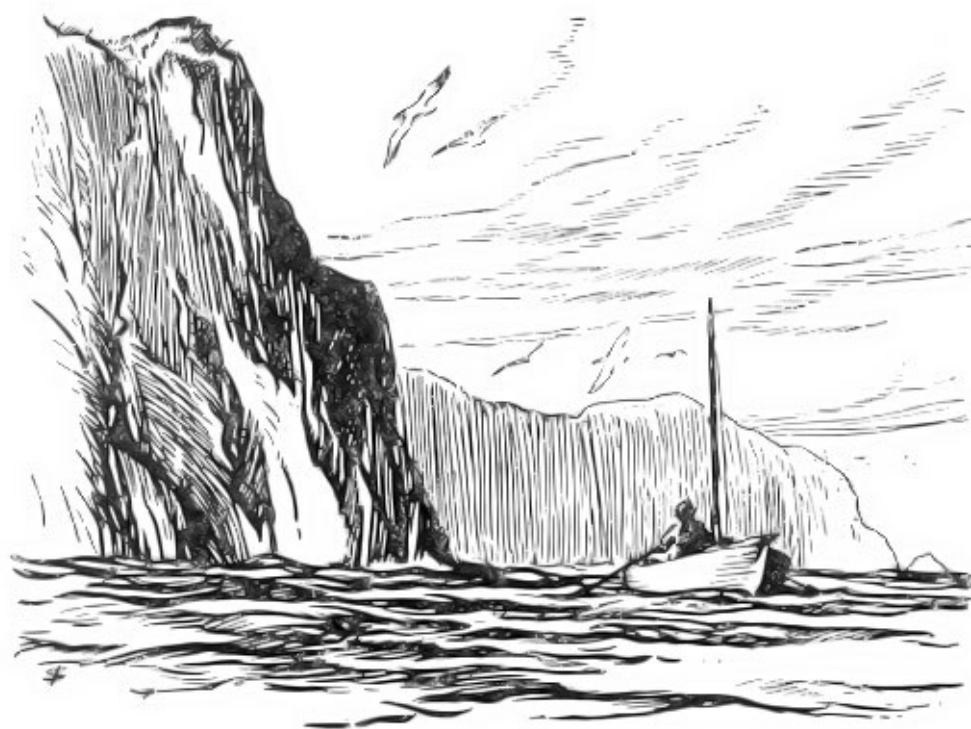
Pero aquel día, aun cuando la mayor parte de las colinas a sus espaldas se perdían tras el vaho del calor, la isla, por Dios sabe qué motivo, se veía claramente en dirección Oeste.

—¡Troncho! —exclamó Jack, con sorpresa—. ¡Ahí está la isla misteriosa que Jo-Jo dice que es mala! ¡Con cuánta claridad se la ve hoy! ¡Se notan sus colinas... y hasta veo romper las olas contra las rocas que la rodean!

No pudo ver pájaro alguno en la isla, porque los gemelos sólo eran lo bastante potentes para permitirle ver la isla y sus cimas. Pero él estaba seguro de que los habría a montones.

—¡Pájaros exóticos! —se dijo—. Pájaros que ya no se ven. Pájaros que a lo mejor hacen sus nidos allí año tras año sin que nadie les moleste y que, por lo tanto, serán tan dóciles como gatos. ¡Troncho! ¡Ojalá pudiese ir allá! ¡Qué antipático es Jo-Jo con no querer prestarnos su barquichuela! Podríamos cruzar sin dificultad en ella estando la mar tan serena como hoy.

El niño barrió la costa con los gemelos y los inmovilizó de pronto, quedándose contemplando algo con sorpresa. No era posible que fuese alguien que remara a lo largo de la costa a cosa de una milla de distancia. No. No era posible. Jo-Jo había dicho que él era la única persona que tenía embarcación en muchas millas a la redonda. Y tía Polly había asegurado que nadie vivía en la vecindad de Craggy-Tops, que el vecino más cercano se hallaba a seis o siete millas.



—Y, sin embargo, hay alguien en un bote allá al oeste de este farallón —

murmuró, obstinado—. ¿Quién será? Jo-Jo, seguramente. Supongo que no «puede» ser ningún otro.

El hombre del bote estaba demasiado lejos para que se le pudiera distinguir bien. Quizá fuese Jo-Jo; pero podría no serlo. Echó una mirada al Sol. Estaba bastante alto, conque debía ser la hora de comer. Regresaría y, de paso, miraría a ver si la embarcación de Jo-Jo se encontraba en su lugar de costumbre.

Pero la embarcación no había desaparecido. Se hallaba en el lugar de costumbre, sujeta fuertemente a un poste, en la pequeña bahía próxima a la casa. Y allí estaba el propio Jo-Jo también, recogiendo madera arrojada a la playa por las olas, para usarla como leña. Así, pues, «tenía» que haber otra persona no muy lejos que contaba con embarcación propia.

Corrió a decírselo a los otros. Quedaron todos sorprendidos y encantados.

—Iremos a averiguar quién es, y nos haremos amigos suyos, y quizá nos lleve a pescar en su barco —dijo Jorge, en seguida—. Te felicito. Pecas. Tus gemelos han sabido descubrir algo más que simples aves.

—Iremos a verle mañana —anunció Jack—. Lo que yo quiero, en realidad, es una ocasión de cruzar la Isla Lóbrega y ver si hay pájaros raros en ella. Tengo el presentimiento de que «debo» ir a esa isla. Es una especie de corazonada.

—No le diremos a Jo-Jo que hemos visto a otra persona con barco —dijo Dolly—. No haría más que intentar impedir que nos pusiéramos al habla con ella. Parece molestarle que hagamos cosa alguna que nos guste.

Conque nada se les dijo ni a Jo-Jo ni a tía Polly de la presencia del desconocido y de su embarcación. Al día siguiente saldrían en su busca y hablarían con él.

Pero algo estaba destinado a ocurrir antes de que un nuevo día llegase.

# Capítulo X

## Aventura nocturna

Aquella noche, Jack no pudo dormir. La Luna era llena y entraba su luz por la ventana, dándole en la cara. Estaba contemplándola, pensando en las gaviotas que había visto evolucionar en el aire, y en los enormes corvejones negros posados en las rocas, abiertos de par en par los picos mientras digerían los peces pescados.

Recordó la Isla Lóbrega, tal como la viese aquella mañana. Tenía un aspecto misterioso y emocionante —tan lejana, y solitaria, y desolada—. Y, sin embargo, había vivido allí gente en otros tiempos. ¿Por qué no vivía nadie ahora? ¿Cómo era la isla?

«¿Si me será posible verla esta noche a la luz de la Luna llena?», se preguntó Jack.

Se levantó del colchón sin despertar a Jorge y se acercó a la ventana. Miró hacia el exterior.

A la luz de la Luna, el mar brillaba con plateados destellos, salpicado de manchones de un negro profundo allá donde las rocas proyectaban su sombra. Las aguas estaban más serenas que de costumbre y se había apaciguado el viento. Sólo llegaba hasta Jack un murmullo.

La más viva sorpresa se reflejó de pronto en su rostro. Un barco de vela surcaba las olas. Estaba aún lejos, pero se dirigía a la costa. ¿De quién era? Esforzó la vista, mas no pudo distinguir a quien lo tripulaba. ¡Un velero que navegaba hacia Craggy-Tops a medianoche! Era extraño.

—Despertaré a Copete —pensó.

Se acercó al colchón.

—¡Copete! ¡Jorge! ¡Despierta y ven a la ventana!

Medio minuto después, Jorge, completamente despabilado, atisbaba por la estrecha ventana con Jack. También él vio el velero y emitió un silbido que despertó a «Kiki» y le hizo posarse, con sorpresa, en el hombro de su amo.

—¿Es Jo-Jo el que ocupa el barco? —murmuró Jorge—. Desde aquí no distingo si se trata de su embarcación o qué. Vamos a bajar a la playa y verle entrar. Pecas. Vamos... Me sorprende que Jo-Jo ande por ahí de noche cuando siempre nos está hablando de las «cosas» que vagan por el acantilado en la oscuridad. Pero, probablemente, no será Jo-Jo.

Se pusieron pantalón corto y jersey y los zapatos de suela de goma y bajaron por la escalera de caracol. Pocos momentos después descendían por el pendiente sendero del farallón. A la luz de la Luna, el barco continuaba avanzando, empujado por la

brisa nocturna.

—«Sí» que es el bote de Jo-Jo —anunció Jorge por fin—. Se le ve claramente ahora. Y es Jo-Jo el que lo tripula. Va solo, pero lleva carga.

—Quizá haya estado pescando. Vamos a darle un susto, Jorge.

Los niños se arrastraron hacia el punto al que se dirigía la embarcación. Jo-Jo estaba aferrando la vela. Luego se puso a remar en dirección a la pequeña bahía en que siempre atracaba la embarcación. Los muchachos se agazaparon detrás de una roca. Jo-Jo entró en la bahía y amarró. Se volvió para sacar lo que llevaba a bordo. Y en aquel mismo instante los niños se abalanzaron sobre él, con alaridos salvajes, haciendo oscilar violentamente la embarcación.

Jo-Jo, pillado por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó al agua. Sacó la cabeza en seguida, brillándole el rostro bajo la Luna. A los niños les hizo muy poca gracia su expresión. El negro salió del agua, se sacudió como un perro, y tomó un grueso cabo.

—¡Troncho! ¡Nos va a dar una paliza! —exclamó Jack—. ¡Vamos! ¡Tendremos que salir de estampía!

Pero el hombrazo les cerraba el paso a la casa, agitando la cuerda.

—¡Ahora vais a saber lo que les ocurre a los niños que salen a espiar de noche! —anunció, entre dientes.

Jack intentó esquivarle; pero le asió Jo-Jo. El negro alzó la cuerda y el niño soltó un alarido. En el mismo instante, Jorge cargó contra Jo-Jo, alcanzándole en la boca del estómago. El criado se quedó sin aliento y soltó a Jack. Los muchachos cruzaron la playa a todo correr, en dirección contraria al pendiente sendero que conducía a la casa. Jo-Jo se lanzó en persecución suya.



—Está subiendo la marea —jadeó Jack al sentir que el agua le humedecía los tobillos—. Tendremos que volver atrás si no queremos vernos estrellados contra las rocas.

—No podemos volver atrás. Jo-Jo nos daría una soberana paliza —contestó Jorge—. Corre hacia la caverna. Quizá nos sea posible meternos en el pasadizo. Es la única solución. Dios sabe de lo que será capaz Jo-Jo estando tan enfurecido. Hasta puede que nos mate.

Aterrados ya, los niños entraron en la cueva por la que penetraban ya las olas. Jo-Jo chapoteó tras ellos. ¡Ah! ¡Ya no podían escaparse! ¡Ya verían cuando hubiese acabado con ellos! ¡Jamás se les ocurriría abandonar la cama durante la noche otra vez!

Los niños encontraron el agujero del suelo que andaban buscando, y desaparecieron por las tinieblas del pasadizo secreto. Oyeron la respiración fatigosa del negro en la cueva superior. Pidieron al cielo que no cayera por aquel agujero también.

No cayó. Permaneció junto a la entrada, aguardando a que salieran los muchachos. No tenía ni la más remota idea de que existiese un pasadizo secreto allí.

Aguardó, jadeando, con el trozo de cuerda en la mano. Una ola le llegó a las rodillas. Jo-Jo masculló algo entre dientes. La marea subía aprisa. Si no salían pronto los niños, tendrían que permanecer allá dentro toda la noche.

La ola siguiente le pegó con tal fuerza en la cintura, que abandonó inmediatamente la entrada de la caverna, e intentó retroceder por la playa. No podía correr el riesgo de que la marea entrante le deshiciera contra las rocas.

—Esos chicos pueden pasarse la noche en las cuevas, y ya me encargaré yo de ellos a primera hora de la mañana —pensó el negro, sombrío—. En cuanto baje la marea, estaré yo allí aguardándoles... y van a tener motivos para arrepentirse antes de que yo me dé por satisfecho.

Pero los niños no estaban tiritando dentro de la cueva. Ascendían de nuevo la galería secreta, en completa oscuridad esta vez. En las tinieblas, el pasadizo resultaba aterrador, pero no tanto como la posibilidad de que les atrapara Jo-Jo.

Llegaron por fin a la compuerta y la abrieron de un empujón. Subieron al sótano, y cerraron tras ellos.

—Cógeme de la mano —pidió Jack, tiritando tanto de frío como del susto—. Nos dirigiremos a la puerta como mejor podamos. Vamos..., sabes por dónde está, ¿eh? Yo no tengo la menor idea.

Jorge creyó saberlo, pero resultó estar equivocado. Les costó algún tiempo dar con ella. Examinaron a tientas las paredes rocosas y, al cabo de un buen rato y después de tropezar con cajas y cajones de todas clases, acabaron encontrándola.

La pila de cajas que había al otro lado se desmoronó con estrépito, poblando los sótanos de sonido. Los niños se inmovilizaron, escuchando, para averiguar si alguien lo había oído y acudía a investigar. Pero nadie se acercó.

Apilaron las cajas de nuevo lo mejor que pudieron, subieron los escalones y salieron a la cocina.

Se preguntaron qué habría sido de Jo-Jo. ¿Les estaría aguardando aún a la entrada de las cuevas?

Jo-Jo no estaba haciendo tal cosa. Había amarrado bien el bote, descargó varias cosas, y ascendió luego el sendero hacia la casa. Se encontraba en su alcoba, que daba a la cocina, regocijado ante la idea de que los niños estarían tiritando en la caverna, cuando un ruido enorme llegó a sus oídos.

Era el producido por el montón de cajas al desmoronarse; pero, claro, él no podía saber eso. Se quedó como convertido en piedra. ¿Qué había sido aquello? No se atrevió a salir para averiguarlo. De haberlo hecho, hubiese visto a un par de figuras que cruzaban con sigilo la cocina iluminada por la Luna y se dirigían al corredor. Los hubiese visto subir la escalera de caracol, tan silenciosos como ratones.

Al poco rato, los muchachos se hallaban tendidos en su colchón, llenos de alivio por haber podido llegar a él sanos y salvos. Rieron al pensar en la inútil espera del

negro. Y, allá en su alcoba, el negro se estaba riendo al mismo tiempo, pensando en cómo aguardaría a la entrada de la caverna, cuerda en mano, a la mañana siguiente, para darles una buena paliza.

Todos se quedaron dormidos por fin.

Jo-Jo fue el primero en levantarse. Encendió el fuego, hizo luego las tareas que tenía por costumbre, y se ató luego la cuerda a la cintura. Ya iba siendo hora de ir a la playa a pillar a los muchachos. Pronto bajaría la marea lo suficiente para que pudieran salir.

De pronto se detuvo, estupefacto. ¿Estaba viendo visiones? Acababan de entrar en la cocina, charlando animadamente, los cuatro niños.

—¿Qué tenemos hoy para desayunar? ¡Troncho! ¡Qué hambre!

—¿Qué tal pasasteis la noche, niños? Nosotras la mar de bien.

—Y nosotros también —respondió Jorge—. La hemos pasado de un tirón.

—Sí —intervino Jack, regocijado de ver el asombro que se reflejaba en el rostro del negro—. Hemos dormido como troncos. Aunque «Kiki» hubiese imitado, tan ruidosamente como suele, a un tren expreso, no creo que nos hubiéramos despertado.

—¿Qué hay para desayunar, Jo-Jo? —inquirió Dolly.

Las dos niñas estaban enteradas de la aventura corrida por sus hermanos la noche anterior, y gozaban también desconcertando al negro. Era evidente que aún creía a los niños en la caverna.

Jo-Jo miró a Jorge y a Jack sin poder dar crédito a lo que veía ni a lo que oía.

—¿Habéis dormido toda la noche en vuestra alcoba? —quiso saber.

—Y, ¿en dónde querías que durmiéramos si no? —inquirió Jack—. ¿En la Isla Lóbrega?

Jo-Jo se quedó más desconcertado que nunca. No podían haber sido aquéllos los dos niños a quienes persiguiera anoche. Era cierto que no les había podido ver la cara con claridad; pero había estado convencido de que se trataba de Jorge y de Jack. Ahora se veía, sin embargo, que eso era totalmente imposible. Nadie hubiera sido capaz de salir de aquellas cuevas en plena marea alta, y los niños se encontraban allí. El suceso no podía ser más turbador. Al negro le hacía muy poca gracia.

—Iré a las cuevas ahora a ver quién sale —pensó, por fin—. Así sabré quiénes eran los que me espiaban.

Conque bajó a la playa. Pero, aunque las estuvo vigilando durante dos horas, nadie salió de ellas, cosa que nada tenía de sorprendente, puesto que no había nadie dentro de las grutas.

—Jo-Jo no logra comprenderlo —rió Jack, observando al negro desde la senda del acantilado—. ¡Qué suerte que no le dijéramos una palabra a nadie del pasadizo secreto! Nos resultó la mar de útil anoche.

—Creerá que tú y Jorge erais dos de las «cosas» con las que siempre anda

intentando asustarnos —dijo Dolly.

—¿Qué vamos a hacer hoy cuando terminemos nuestras tareas? —preguntó Lucy, sacando brillo al quinqué que había estado limpiando—. ¡Hace un día tan hermoso!... ¿No podemos irnos de merienda..., dar un paseo por el acantilado y a lo largo de la costa?

—Sí... y veremos si podemos encontrar al hombre que vi en una embarcación ayer —contestó Jack, recordando—. Sería magnífico. Quizá nos deje salir en su barco. Dolly, pregúntale a tu tía Polly si podemos llevarnos la comida.

Tía Polly dijo que sí, y cosa de media hora más tarde, emprendieron la marcha, cruzándose con Jo-Jo por el camino. Estaba trabajando en el huerto, al borde del acantilado, por la parte posterior de la casa.



—¿Pasaste una buena noche, Jo-Jo? —le gritó. Jorge—. ¿Dormiste toda la noche como un buen chico?

Jo-Jo frunció el entrecejo y emitió un rugido amenazador. «Kiki» le imitó, y el negro se agachó a coger una piedra para tirársela.

—¡Malo, malo! —chilló el loro, volando muy alto—. ¡Malo, malo, malo! ¡Vete a la cama ahora mismo, so travieso!



# Capítulo XI

## Bill Smugs

—¿Por dónde viste esa embarcación, Pecas? —preguntó Jorge, cuando escalaba el farallón.

—Por allí... más allá de esas rocas que sobresalen —contestó Jack, señalando—. Era una embarcación bastante grande. ¿Dónde la guardarán cuando no la usan? Alguien debe de vivir cerca..., pero no vi ninguna casa en los alrededores.

—No hay nada que pueda llamarse casa en la vecindad —dijo Jorge—. Vivía gente por aquí antiguamente; pero hubo batallas e incendios, y ahora ya no quedan más que ruinas. Pero quizá haya alguna choza o cosa por el estilo que pueda ocupar un hombre que quiera pasar solo unas vacaciones.

Continuaron cruzando el farallón. «Kiki» se elevaba de vez en cuando para reunirse con alguna gaviota sorprendida, emitiendo los mismos gritos que las aves marinas, aunque de una forma más penetrante.

Jorge, con gran repugnancia de Dolly, recogió una oruga poco corriente de unos arbustos y se metió una lagartija en el bolsillo. Después de aquello, la niña procuró caminar lo más alejada posible de él, y hasta Lucy se mostró un poco cautelosa. A Lucy no le asustaban los animalitos aquellos como a Dolly; pero no tenía el menor deseo de que le pidieran que cargase con orugas o lagartijas, como pudiera muy bien suceder si Jorge decidía llevarse a casa algún otro bicho que, de metérselo en el bolsillo, pudiera comerse a la oruga o a la lagartija que ya estaban dentro.

Caminaron todos muy felices, disfrutando de la brisa, del olor salado del mar, y del rumor de las olas al romper contra las rocas. Sentían mullida la hierba bajo los pies, y el aire estaba poblado de pájaros. Estaban pasando unas vacaciones deliciosas de verdad.

Llegaron a un punto en que el acantilado sobresalía como un espolón, y caminaron casi hasta el borde.

—No veo ni rastro de embarcación alguna en el agua —apuntó Jack.

—¿Estás seguro de no habértela imaginado? —gritó Jorge—. Es raro que no se vea nada hoy. Un barco no es cosa fácil de esconder.

—Hay una especie de caleta ahí abajo —dijo Lucy, señalando hacia donde el acantilado se curvaba un poco hacia adentro—. Bajemos a comer ahí, ¿queréis? Podemos bañarnos primero. Hace la mar de viento aquí arriba. Apenas pudo reunir aliento para hablar.

Empezaron a descender por el pendiente acantilado. Los niños fueron delante, y las niñas los siguieron, resbalando un poco de vez en cuando. Pero todos ellos eran

buenos escaladores y llegaron al farallón sanos y salvos.

Allí se estaba resguardado del viento, hacía calor, y reinaba el silencio. Los niños se quitaron los jerseys y pantalones y se metieron en el mar. Jorge, que era buen nadador, nadó hasta unas rocas negras que sobresalían del agua. Llegó a ellas y salió a descansar un poco.

Y entonces, de pronto, ¡vio una embarcación al otro lado de los riscos! Había un trecho llano allí y, sobre él, vado fuera del alcance de las olas, estaba el barco que viera el niño el día anterior. No era posible que lo viese nadie a menos que se hallara, como Jorge, sobre aquellas peñas, porque desde la costa, las altas rocas ocultaban el trecho llano donde se hallaba el barco, y que se encontraba de cara al mar.

—¡Troncho! —exclamó el niño, emitiendo un silbido de sorpresa.

Se puso en pie y examinó la embarcación. Era hermosa, tenía vela y casi igualaba en tamaño a la de Jo-Jo. Se llamaba «The Albatross». Había dos pares de remos a bordo.

—¡Qué sitio más extraño en que dejar un barco! —exclamó el niño—. Aquí..., entre las rocas. Su propietario tendrá que venir a él a nado cada vez que quiera usarlo. ¡Si que es raro!

Les gritó a los otros:

—El barco está aquí, en estas rocas. Venid a verlo.

No tardaron en reunirse con él los demás niños.

—Éste es el que yo vi —aseguró Jack—; pero ¿dónde está su propietario? No se le ve por ninguna parte.

—Comeremos y luego echaremos una buena mirada —dijo Jorge—. Vamos, niñas... ¡a la playa otra vez! Luego nos separaremos y nos pondremos a buscar como es debido al amo de la embarcación.

Volvieron a la playa a nado, se quitaron las ropas mojadas, las tendieron a secar al sol, y se pusieron ropa seca. Luego se sentaron a comer los bocadillos, el chocolate y la fruta que les había preparado tía Polly. Se sentaron al sol, cansados, hambrientos y sedientos, disfrutando enormemente de la comida.

—La comida es exquisita cuando una tiene apetito de verdad —dijo Lucy, dándole un prodigioso mordisco a un bocadillo.

—Yo siempre tengo apetito —anunció Jack—. Cállate, «Kiki»..., ya te has comido la mayor parte de mi manzana. Llevo unas semillas de girasol en el bolsillo para ti. ¿No puedes esperar?

—¡Qué lástima, qué lástima! —exclamó el loro, imitando la entonación de tía Polly cuando algo le salía mal—. ¡Qué lástima, qué lástima, qué las...!

—¡Oh, hacedle callar! —clamó Dolly, que sabía al loro capaz de repetir una frase cien veces sin parar—. Toma, «Kiki», dale un picotazo a mi manzana también.

Aquello le hizo callar al loro, que picoteó, encantado, la manzana, arrancando un

pedazo que le mantuvo ocupado un buen rato.

Por poco se armó una riña entre Dolly y Jorge por culpa de una enorme oruga que se le escapó al niño del bolsillo y reptó por la arena hacia la muchacha. Lanzó ésta un alarido y estaba a punto de tirarle una concha grande a Jorge cuando Jack recogió la oruga y volvió a metérsela en el bolsillo a su amigo.

—No ha pasado nada, Dolly. No te sulfures. No empecemos a reñir ahora. Tengamos la fiesta en paz.

Se comieron hasta la última miga de lo que llevaban.

—No se llevarán gran cosa las gaviotas —dijo Jorge, perezoso, sacudiendo los papeles, doblándolos y metiéndoselos en el bolsillo—. Fijaos en esa gaviota..., es más mansa que nada.

—¡Lástima que no tenga aquí mi máquina fotográfica! —murmuró Jack, con nostalgia, observando cómo se acercaba la gaviota—. Podría sacar una instantánea maravillosa. Aún no he fotografiado a ningún pájaro. Tengo que hacerlo. Buscaré mi máquina mañana.

—Vamos —dijo Dolly, poniéndose en pie de un salto—. Si vamos a dedicarnos a la caza del hombre, más vale que empecemos ya. Apuesto a que descubro yo al misterioso barquero antes que ninguno.

Se separaron; Jack y Jorge tiraron en una dirección, y las niñas en la otra. Caminaron por la arenosa playa, manteniéndose cerca del acantilado. Las niñas descubrieron que no podían ir muy lejos, porque unas rocas muy pendientes les cerraban el paso; conque retrocedieron de nuevo.

Pero los niños lograron pasar más allá del trozo de acantilado que sobresalía y resguardaba la pequeña caleta en que habían comido. Al otro lado del espolón había otra caleta, sin playa de ninguna clase; nada más que rocas planas que iban formando repisa sobre repisa hasta el farallón. Los muchachos pasaron por encima de estas rocas, examinando los habitantes de cuantos charcos pasaban. Jorge agregó un caracol de mar a la colección que llevaba ya en el bolsillo.

—Hay una hendidura en el acantilado allá —dijo Jack—. Vamos a explorarla.

A ella se dirigieron.

Era mucho más ancha de lo que se habían supuesto. Un arroyuelo se deslizaba por las rocas hacia el mar, partiendo de algún punto a mitad del camino entre la cima del acantilado y el sitio en que se encontraban los niños.

—Debe ser un manantial —dijo Jack. Y probó el agua—. Sí que lo es. ¡Hola! ¡Mira, Copete!

Jorge miró hacia donde Jack señalaba y vio flotando en un charco una colilla casi deshecha.

—Alguien ha estado aquí, y no hace mucho, por añadidura —dijo Jack—, porque la marea se hubiese llevado esa punta de cigarrillo. Esto es emocionante.



Habiendo obtenido la prueba, gracias a la colilla, de que alguien andaba cerca, los dos niños siguieron adelante, más excitados aún. Llegaron a la ancha hendidura del farallón y allí, un poco más arriba, construida contra la rocosa ladera, había una especie de choza. El fondo lo constituía el propio farallón. Se había reparado un poco la techumbre. Las paredes se estaban desmoronando a trechos y, en invierno, hubiera resultado completamente imposible vivir en ella. Pero alguien vivía allí en aquellos momentos, desde luego, porque fuera, tendida sobre unos arbustos achaparrados, había puesto a secar una camisa.

—Mira —susurró Jack—. Ahí es donde vive nuestro barquero. ¡Qué magnífico escondite ha encontrado!

Los muchachos se acercaron en silencio a la semiderruida choza. Era muy, muy antigua, y habría pertenecido en otros tiempos a un pescador solitario, seguramente. Se oía silbar dentro.

—¿Hemos de llamar a la puerta? —inquirió Jorge, con una risita nerviosa.

Pero en aquel instante alguien salió de la casita, les vio y se quedó mirándoles boquiabierto.

Los niños le contemplaron, a su vez, en silencio. Les gustó el aspecto del

forastero. Llevaba pantalón corto y una camisa tosca abierta por el cuello. Tenía un rostro colorado y alegre, ojos en los que titilaba la risa, cabeza calva por la coronilla, pero bien provista de cabello por los lados. Era alto y parecía fuerte. Tenía saliente la mandíbula y afeitada la cara.

—¡Hola! —gritó—. ¿Venís de visita? ¡Qué bien!

—Le vi a usted en su embarcación ayer —anunció Jorge—. Conque vinimos a ver si le encontrábamos.

—Es muy amistoso eso. ¿Quiénes sois?

—Somos de Craggy-Tops, la casa que se encuentra a cosa de milla y media de aquí —respondió Jorge—. Aunque supongo que no la conocerá usted.

—Sí que la conozco —dijo inesperadamente el hombre—. Pero creía que allí no vivían más que personas mayores un hombre y una mujer y un criado negro.

—Pues verá: usualmente, sólo personas mayores viven allí... Pero, durante las vacaciones, mi hermana y yo venimos a pasarlas con tía Polly y tío Jocelyn. Y estas vacaciones, dos amigos nuestros han venido también. Éste es uno de ellos... Jack Trent. Su hermana Lucy anda por ahí. Yo soy Jorge Mannering y mi hermana es Dolly..., está con Lucy.

—Yo soy Bill Smugs —anunció el hombre, sonriendo ante toda aquella inesperada información—. Y vivo aquí solo.

—¿Ha venido usted aquí de pronto? —inquirió Jack, con curiosidad.

—Muy de pronto —asintió el hombre—. Ideas que se le ocurren a uno, ¿sabéis?

—No hay gran cosa a que venir aquí —dijo Jorge—. ¿A qué vino usted?

El hombre vaciló unos instantes.

—Pues veréis —respondió por fin—; he venido a observar a los pájaros. Me interesan las aves, ¿comprendéis? Y hay muchas muy poco corrientes aquí.

—¡Oh! —exclamó Jack, encantado—. ¿También le gustan a usted los pájaros? Yo estoy loco por ellos. Siempre lo he estado. He visto aquí montones que sólo había visto en libros hasta ahora.

A renglón seguido, el niño se puso a recitar una lista de pájaros poco corrientes que había observado, haciéndole bostezar a Jorge. Bill Smugs le escuchó, pero no dijo gran cosa. Parecía divertirle el entusiasmo de Jack.

—¿Qué pájaro en particular esperaba usted ver aquí, Smugs? —inquirió Jack, interrumpiendo su lista por fin. Bill Smugs pareció reflexionar.

—La verdad —anunció—; tenía la esperanza de poder ver un Alca Mayor.

Jack le contempló en silencio con un asombro que se tornó en respeto.

—¡El Alca Mayor! —exclamó con voz mezcla de sorpresa y de maravilla—. Pero..., pero ¿no se extinguió esa especie? ¿Es posible que quede alguna? ¡Troncho! ... ¿Esperaba usted de veras encontrar algún ejemplar?

—Cualquiera sabe —contestó Bill Smugs—. A lo mejor queda un ejemplar o dos

en alguna parte e... ¡imagínate qué exitazo resultaría descubrirlos!

Jack se puso colorado de excitación. Miró hacia el punto del mar en que se hallaba la Isla Lóbrega oculta tras la neblina.

—Apuesto a que pensó usted en que habría alguna posibilidad de descubrirlos en una isla como ésta —dijo señalando hacia el Oeste—. En la Isla Lóbrega, quiero decir. Habrá oído usted hablar de ella, supongo.

—En efecto —asintió Bill Smugs—, he oído hablar de ella. Me gustaría ir allá. Pero es imposible, según tengo entendido.

—¿Nos llevaría en su barca alguna vez? —preguntó Jorge—. Jo-Jo, nuestro criado negro, tiene una embarcación muy hermosa, pero no nos la quiere dejar usar, y nos encantaría ir de pesca alguna vez, y navegar a la vela también. ¿Le parece a usted una frescura muy grande que se lo pida? Pero supongo que encuentra usted esto muy solitario, ¿eh?

—A veces —asintió Bill Smugs—. Sí; saldremos de pesca y a navegar a la vela juntos..., vosotros y vuestras hermanas también. Será muy divertido. Veremos a ver cuándo podremos acercarnos a la Isla Lóbrega también, ¿no os parece?

Los dos muchachos estaban emocionadísimos. Por fin podrían salir en barco. ¡Qué chasco para Jo-Jo! Corrieron a llamar a las niñas.

—¡Eh, Dolly! ¡Eh, Lucy! —chilló Jack—. ¡Venid a que os presentemos a nuestro nuevo amigo... Bill Smugs!

## Capítulo XII

### Un convite... y una sorpresa para Jo-Jo

Bill resultó un amigo magnífico. Era un hombre alegre, siempre dispuesto a la broma, paciente con «Kiki», y armado de una paciencia aún mayor para soportar la siempre variante colección de protegidos de Jorge. Ni siquiera dijo una palabra cuando la última adquisición de Jorge —una araña más grande de lo corriente— se le subió por la pernera del pantalón. Se limitó a introducir la mano, asir a la araña y depositarla sobre la rodilla del niño.

Dolly, naturalmente, casi sufrió un ataque de nervios; pero, afortunadamente, la araña debió decidir que era muy aburrido el cautiverio, y desapareció por una grieta de la roca.

Los niños visitaban a Bill Smugs casi todos los días. Salían de pesca en su bote y volvían a casa con una cantidad de pescados que dejaba boquiabierto de asombro al negro. Bill les enseñó a navegar a la vela también y no tardaron los niños en saberlo hacer perfectamente sin ayuda. Era la mar de divertido navegar con una brisa fuerte.

—Es casi tan rápido como una lancha automóvil —observó Jorge, con fruición—. Bill, sí que me alegro de que le encontrásemos.

Con gran desilusión de Jack, Bill Smugs no parecía tener el menor deseo de estar hablando incesantemente de pájaros. Tampoco quería acompañarle a observar aves desde el acantilado o desde el mar. No tenía inconveniente en escucharle hablar a él, sin embargo, y le enseñó varios magníficos libros nuevos de aves, diciéndole que se los podía quedar.

—Pero ¡si están nuevos! —protestó Jack—. Mire..., ni siquiera se han cortado las páginas de éste... No los ha leído usted aún. Léalos primero.

—No, te los puedes quedar tú. Son para ti —le contestó Bill Smugs, encendiendo un cigarrillo—. Hay unos párrafos sobre el Alca Mayor en uno de ellos. Me temo que jamás lograremos encontrar un ejemplar de ese pájaro después de todo. Hace cien años que nadie ha visto ninguno.

—«Podría» haber alguno en la Isla Lóbrega... o en alguna otra isla igualmente desierta y desolada —murmuró esperanzado Jack—. ¡Ojalá pudiésemos ir allí a averiguarlo! Apuesto a que habrá millares de aves la mar de mansas.

Esta eterna conversación sobre aves siempre le aburría soberanamente a Dolly. Cambió de tema.

—Debiera usted de haber visto la cara de Jo-Jo ayer cuando aparecimos con todos esos peces —dijo, riendo—. Dijo: «Esos peces es imposible que los hayáis cogido desde las rocas. Habéis salido en barco».

—¿No le habréis dicho que sí? —exclamó Bill Smugs al punto.

Dolly negó con la cabeza.

—No. Intentaría aguarnos la fiesta si supiera que usábamos su barco.

—¿Saben vuestros tíos que me conocéis? —inquirió Bill Smugs.

Dolly volvió a decir que no con un gesto.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Es que quiere usted que lo sepan? ¿Qué importa que lo sepan o no?

—La verdad —dijo Bill Smugs, rascándose la calva—, yo vine aquí a estar solo... y a observar los pájaros... y no quiero que venga por aquí la gente y me eche a perder la combinación. No me importa que vengáis vosotros, claro está. Vosotros sois divertidos.

Bill Smugs vivía completamente solo en la medio desmoronada choza. Tenía un cómodo automóvil que conservaba oculto bajo un toldo en la cima del acantilado, y en el lugar más abrigado posible. Iba de compras a la población más cercana cuando se le antojaba. Había transportado un colchón y algunas otras cosas a la choza para instalarse lo más cómodamente posible.

Los niños se emocionaron al saber que tenía automóvil además de embarcación. Le suplicaron que les llevara consigo la próxima vez que marchara a la población.

—Quiero comprar una lámpara de bolsillo —anunció Jack—. ¿Recuerda ese pasadizo secreto extraño del que le hablamos, Bill? Bueno, pues es difícil subir por él con una vela. Una lámpara de bolsillo resultaría mucho más práctica. Podría comprar una si me llevara usted en su coche.

—También me gustaría a mí comprar una —intervino Jorge—. Oye, Jack... dijiste que querías comprar película fotográfica, porque te habías dejado la que tenías en casa del señor Roy. No puedes sacar fotografías de pájaros mientras no la tengas. Podrías comprar eso también.

Las niñas también querían cosas, conque Bill Smugs accedió a llevarlos al día siguiente. Por la mañana, subieron todos al automóvil reventando de excitación.

—Jo-Jo también va al pueblo hoy —anunció Dolly, con una risa nerviosa—. Tendría gracia que nos lo encontrásemos, ¿verdad? ¡«Menuda» sorpresa se llevaría! ¡Pero que se fastidie!





El coche de Bill Smugs era hermoso de verdad. Los niños, que sabían algo de automóviles, lo examinaron con delicia.

—Es nuevo —anunció Jack—. Modelo de este año. Y la mar de rápido. Bill, ¿es usted muy rico? Este coche debe de haber costado la mar de dinero. Debe de tener mucho.

—No gran cosa —respondió Bill, con una sonrisa—. Bueno..., en marcha.

Y en marcha se pusieron, viajando a gran velocidad una vez dejaron atrás el mal camino costero. El coche tenía unas ballestas magníficas y avanzaban sin sacudidas.

—¡Troncho! ¡Qué diferencia del cascajo que conduce Jo-Jo! —exclamó Dolly, con delicia—. Llegaremos a la población en menos de nada.

Y no tardaron mucho, en efecto. Bill Smugs aparcó el coche y luego se marchó solo, después de quedar con los niños que se reunirían a comer con él en un hotel muy grande.

—¿Dónde habrá ido? —murmuró Jack—. Mejor hubiese resultado que permaneciéramos juntos todos. Yo quería ir con él a esa tienda de animales disecados, para ver los pájaros.

—Se veía bien a las claras que no quería que le acompañásemos —contestó Dolly, desilusionada también. Le había cobrado mucho aprecio a Bill Smugs, y había ahorrado dinero para comprarle un mantecado—. Supongo que tiene asuntos suyos que atender.

—¿A qué se dedica? —inquirió Lucy—. Algo debe de hacer, fuera de observar pájaros, creo yo. Y no es que pierda mucho tiempo contemplando aves tampoco, ahora que nos conoce.

—Nunca dijo a qué se dedicaba —observó Jack—; y, después de todo, ¿por qué había de decirlo? No es como nosotros, que siempre andamos deseando desembucharlo todo. La gente mayor es distinta. Vamos a buscar una tienda que venda lámparas de bolsillo.

Encontraron una que las tenía muy bonitas, pequeñas y compactas. El chorro de luz que proyectaba era fuerte y se imaginaron lo bien que quedaría iluminando el pasadizo secreto cuando las usaran en él. Cada uno de ellos, hasta las niñas, compró una lámpara.

—Así no tendremos que encender las velas de la alcoba por la noche —dijo Dolly—. Podemos emplear nuestras lámparas.

Fueron a comprar unos rollos de película para la máquina de Jack. Adquirieron caramelos y galletas, y un frasquito de perfume muy fuerte para tía Polly.

—Ahora, más vale que le compremos unas semillas de girasol a «Kiki» —dijo Jack.

«Kiki» soltó un graznido. Estaba posado sobre el hombro de su amo, como de costumbre, y portándose la mar de bien, como excepción. Todos los transeúntes le contemplaban con sorpresa, y el loro disfrutaba con ello. Pero fuera de ordenarle con severidad a un niño sorprendido que dejara inmediatamente de silbar, apenas dijo una palabra. Se alegró con las semillas de girasol, que adoraba, y se comió unas cuantas ya en la tienda.

Los niños estuvieron viendo escaparates un rato, aguardando a la una para reunirse con Bill Smugs en el hotel. Y de pronto vieron aparecer a Jo-Jo.

Bajaba por la calle en el desvencijado automóvil, atronando a bocinazos a una mujer que cruzaba. Los niños se asieron unos a otros, preguntándose si les vería y deseando que así fuera.

Y les vio. Primero a Jorge. Luego a Jack, con el loro en el hombro. Y a las dos niñas detrás. Fue tan grande su asombro, que se les desvió el coche, y por poco derribó a un policía.



—¡Eh, amigo! ¿Qué se ha creído que está haciendo? —le gritó el policía, iracundo.

Jo-Jo masculló una excusa y luego miró a su alrededor buscando a los niños otra vez.

—No huyáis —les dijo Jack a los otros—. No puede perseguirnos en automóvil. Seguid andando sin hacerle el menor caso.

Conque continuaron calle abajo, hablando, fingiendo no ver a Jo-Jo y no haciendo el menor caso de sus diferentes gritos.

Al negro le costaba trabajo dar crédito a lo que estaba viendo. ¿Cómo habían llegado allí los niños? No había autobús, ni tren, ni coche que pudiera transportarles. Carecían de bicicletas. Estaba demasiado lejos el pueblo para que pudiesen haber llegado a él a pie en tan poco tiempo. ¿Cómo era, pues, que se encontraban allá?

Jo-Jo se apresuró a aparcar el automóvil, con la intención de seguir a los niños e interrogarles. Lo detuvo y saltó a tierra. Corrió tras los cuatro niños; pero en aquel momento éstos llegaron al lujoso hotel donde quedaron citados con Bill, y subieron la escalinata de la entrada.

El negro no se atrevió a entrar tras ellos. Se quedó parado al pie de la escalinata,

contemplándoles con sorpresa y enojo. Ya era asombroso encontrarles en la población, pero aún lo resultaba más el verles desaparecer dentro del hotel más lujoso del lugar.

Se sentó al pie de los escalones. Tenía la intención de aguardar hasta que salieran. Entonces los metería en su coche y les conduciría a casa, diciéndole a la señorita Dolly dónde los había encontrado. No le haría mucha gracia a la anciana saber que estaban derrochando el dinero duramente ganado, en hoteles de lujo, cuando ningún trabajo les costaba llevarse unos bocadillos de casa para comérselos.

Los niños rieron al subir los escalones. Bill Smugs les estaba esperando en el salón. Enseñó a las niñas dónde lavarse y arreglarse el pelo. Volvieron a reunirse todos a los pocos minutos, y entraron en el restaurante a comer.

Fue una comida magnífica. Los niños comieron cuanto les pusieron delante, y remataron con los helados más grandes que en su vida habían visto.

—¡Oh, Bill! ¡Ha estado magnífico! —suspiró Dolly, arrellanándose en su asiento—. Una verdadera maravilla. Un convite de verdad. Muchas gracias.

—Yo creo que debe usted de ser millonario —anunció Lucy, mirando cómo contaba Bill billetes para pagar la cuenta—. ¡Caramba! ¡He comido tanto, que me parece que no voy a poder levantarme y andar!

Jack se acordó de Jo-Jo y se preguntó si estaría vigilando. Se levantó para irlo a ver.

Atisbó por una ventana que daba a la entrada principal del hotel. Vio a Jo-Jo sentado al pie de la escalera. Regresó al lado de los otros, riendo.

—¿Tiene este hotel alguna puerta excusada? —le preguntó a Bill Smugs.

Éste le miró con sorpresa.

—Sí —repuso—, ¿por qué?

—Porque Jo-Jo está sentado junto a la puerta principal, aguardando a que salgamos.

Bill movió la cabeza, en gesto de asentimiento y comprensión.

—Bueno, pues nos iremos tranquilamente por la puerta de atrás —dijo—. Vamos. Ya va siendo hora de que nos vayamos, de todas formas. ¿Habéis comprado todo lo que queríais?

—Sí —respondieron los niños.

Y salieron tras él.

Les condujo a la parte posterior del hotel y salieron por la puerta de atrás a una calle tranquila. Se dirigieron al lugar en que dejara el coche, y subieron todos a bordo, encantados de haber pasado un día tan agradable.

Regresaron a toda velocidad y se apearon del automóvil en el punto más cercano a Craggy-Tops. Cruzaron apresuradamente el acantilado, para llegar a casa antes que el negro.

Jo-Jo no llegó hasta cosa de una hora más tarde, con rostro agrio y sombrío. Guardó el automóvil y se acercó a la casa.

Lo primero que vio fue el grupo formado por los cuatro niños que jugaban por entre las rocas. Se quedó inmóvil contemplándolos con asombro y furia.

Allí se ocultaba un misterio. Y tenía el propósito de descubrirlo. No iba a permitir que unos niños le derrotasen y llenaran de desconcierto.

## Capítulo XIII

### Jo-Jo se lleva otro chasco

Jo-Jo reflexionó sobre el misterio de que los niños se hollaran en la población sin contar con medios, que él supiera, de trasladarse allí, a no ser que fueran a pie, cosa que no habían tenido tiempo de hacer. Llegó a la conclusión de que debían conocer a alguien que les había transportado.

Conque se puso a vigilar estrechamente a los muchachos. Se las arregló para encontrarse tareas que le mantuvieran siempre cerca de ellos. Si bajaban a la playa, allí estaba el negro, recogiendo leña. Si se quedaban en casa, Jo-Jo tampoco salía. Si subían a la cima del acantilado, iba tras ellos Jo-Jo. Los niños estaban la mar de molestos.

—Nos seguirá y descubrirá la existencia de Bill Smugs, de su embarcación y de su coche —dijo Lucy—. No hemos podido ir a verle hoy. Y como continúe así, tampoco podremos verle mañana.

Resultaba imposible escaparse de la vigilancia del negro. Sabía hacer las cosas con mucha habilidad y acabó por enfurecer a los muchachos. Las dos niñas subieron a la alcoba del torreón con sus hermanos aquella noche para discutir el asunto.

—¡Ya sé! —exclamó Jack, de pronto—. Ya sé cómo despistarle y dejarle desconcertado por añadidura.

—¿Cómo? —le preguntaron los otros.

—Entraremos todos en las cuevas. Nos meteremos por el agujero y subiremos por el pasadizo secreto hasta Craggy-Tops. Saldremos y cruzaremos por el acantilado hacia donde se encuentra Bill, mientras Jo-Jo nos aguarda en la playa.

—Ah, ésa sí que es una buena idea —exclamó Jorge.

Las muchachas no estaban tan seguras. A ninguna de las dos le hacía mucha gracia meterse por el pasadizo. No obstante, ahora que tenían todas lámparas de bolsillo, sería una buena ocasión para emplearlas.

Conque al día siguiente, los cuatro niños y «Kiki» bajaron a la playa seguidos de cerca por el negro.

—Jo-Jo, por amor de Dios, déjanos en paz —suplicó Jorge—. Vamos a entrar en las cavernas, allí no puede sucedemos nada malo. ¡Márchate!



—La señorita Polly me dijo que no les perdiera a ustedes de vista —replicó Jo-Jo. Había dicho lo mismo muchísimas veces; pero ellos sabían que no era aquello el verdadero motivo. Jo-Jo disfrutaba aguándoles la fiesta. Quería meter la nariz en todo lo que hacían.

Entraron en las cuevas. Jo-Jo erró por el exterior, recogiendo los trozos de madera arrojados a la playa por las olas en un saco. Los niños se metieron todos por el agujero que conducía al pasadizo secreto y luego, con las lámparas de bolsillo encendidas, avanzaron por él.

A las niñas no les gustó ni pizca. Les repugnaba el olor y, cuando descubrieron que en uno de los tramos costaba respirar, se asustaron.

—Es inútil volverse atrás ya —dijo Jorge, dándole a Dolly un empujón para obligarla a seguir adelante—. Hemos recorrido ya más de la mitad del camino. Anda, Dolly, que nos tienes parados a todos.

—¡No empujes! —exclamó la muchacha—. Yo me pararé si me da la gana.

—Oh, dejaos de discutir los dos —murmuró Jack—. Capaces seríais de ponerlos a reñir a bordo de un barco que estuviera a punto de hundirse, o en un aeroplano a punto de estrellarse. Sigue adelante, Dolly, y no seas estúpida.

Se disponía Dolly a iniciar una discusión con Jack también, cuando «Kiki» tosió melancólicamente, imitando tan a la perfección a Jo-Jo, que los niños creyeron al principio que el negro había descubierto el pasadizo. Todos ellos sin exceptuar a Dolly, se pusieron en marcha precipitadamente otra vez.

—No os preocupéis, no era más que ese bribón de «Kiki» —dijo Jack, con alivio, al toser el loro de nuevo.

Siguieron adelante y llegaron, por fin, al fondo de la galería. Todos alzaron la mirada hacia la compuerta brillante iluminada por las cuatro lámparas.

Se alzó con estrépito. Los muchachos subieron al sótano, y ayudaron luego a las niñas. Cerraron la compuerta, se dirigieron a la entrada y la empujaron. Las cajas del otro lado volvieron a caerse con el ruido de costumbre.

Pasaron, volvieron a amontonarlas y subieron los escalones que conducían a la cocina. Afortunadamente estaba desierta.

Salieron de la casa y ascendieron al acantilado. Sin apartarse del sendero, invisible desde abajo, apretaron el paso para ir en busca de su amigo Bill Smugs. Sonrieron al pensar que Jo-Jo estaría en la playa aguardando a que salieran de las cuevas.

Bill Smugs estaba manipulando en la embarcación. Les saludó agitando la mano alegremente al tiempo que sonreía al verles.

—¡Hola! —gritó—. ¿Por qué no vinisteis ayer? Os eché de menos.

—La culpa la tuvo Jo-Jo —contestó Jack—. No hace más que seguirnos como una sombra. Yo creo que debe sospechar que tenemos un amigo propietario de un automóvil y que está decidido a averiguar quién es.

—Bueno, pues no le digáis nada —se apresuró a advertirles Bill—. Guardad el secreto. No quiero que Jo-Jo venga a husmear por aquí. No me parece una persona muy agradable.

—¿Qué le está usted haciendo al barco? —preguntó Jack—. ¿Va a salir con él?

—Eso había pensado. Es un día hermoso. La mar está serena y, sin embargo, hay una brisa agradable... Se me había ocurrido hacer una excursión por la vecindad de la Isla Lóbrega.

La excitación les hizo enmudecer unos instantes. ¡La Isla Lóbrega! Todos los niños tenían ganas de verla de cerca. Y Jack ardía en deseos de desembarcar en ella. ¡Si Bill quisiera llevarles consigo!

Jack miró hacia el Oeste. No le era posible ver la Isla, porque el vaho la ocultaba de nuevo. Pero sabía exactamente dónde se encontraba. Le latió el corazón con violencia. Pudiera haber allí algún ejemplar del Alca-Mayor. Y, en cualquier caso, abundarían allí las aves marinas de otras especies que, con toda seguridad, serían mansas a más no poder. Podría llevar la máquina fotográfica. Podría...

—Bill... por favor... ¡llévenos a nosotros también! —suplicó Lucy—. ¡Por favor! Seremos muy buenos y, ¿sabe?, ahora que usted nos ha enseñado a navegar, podremos ayudarle.

—Mi intención era llevaros —contestó Bill, encendiendo un cigarrillo y contemplando sonriente a los niños— Quería ir ayer; pero como no vinisteis, aplacé la excursión para hoy. Iremos esta tarde y nos llevaremos el té. Tendréis que darle esquinazo a Jo-Jo otra vez. No debe veros salir en mi barco, de lo contrario intentaría impedirlo.

—¡Oh, Bill! ¡Vendremos a primera hora de la tarde! —exclamó Jack, brillándole los ojos.

—Un millón de gracias —dijo Jorge.

—¿De veras veremos la Isla Lóbrega de cerca? —inquirió Lucy, excitada.



—¿No podremos desembarcar en ella? —preguntó Dolly.

—No lo creo —contestó Bill—. Hay un círculo de peñas peligrosas a su alrededor y, aunque en otros tiempos puede haber habido un paso entre ellas y hasta quizá siga habiéndolo hoy en día, yo no lo conozco. No pienso correr el riesgo de ahogarnos a todos.

—¡Oh! —exclaman los niños, desilusionados.

No hubieran tenido inconveniente alguno en correr el riesgo de ahogarse por intentar pisar tierra en la maléfica isla.

—Más vale que regreséis a comer temprano, si vuestra tía os quiere dar ya la comida —aconsejó Bill—. No quiero salir demasiado tarde. Nos ayudará la marea si zarpamos temprano.

—Bueno —contestaron los cuatro, levantándose de las rocas al instante—. Hasta esta tarde, Bill. Nos traeremos el té... el más completo que podamos en pago de habernos usted esperado.

Emprendieron el regreso charlando con avidez de ese próximo viaje. Jo-Jo había dicho tantas cosas aterradoras de la isla, que les emocionaba el pensar que iban a verla.

—¡Si estará Jo-Jo en la playa todavía vigilando las cavernas! —exclamó Jack.

Se acercaron al borde del acantilado y asomaron la cabeza. Sí; Jo-Jo seguía allí. ¡Qué chasco iba a llevarse! Al llegar a Craggy-Tops, buscaron a tía Polly. Jorge le preguntó:

—Tía, ¿hay inconveniente en que comamos temprano y nos marchemos luego de excursión llevándonos la merienda? ¿Representará eso mucho trastorno para ti? Te ayudaremos a preparar lo que sea. No nos importa lo que nos des.

La anciana reflexionó.

—Hay pastel de carne en la despensa —dijo por fin—, y unos tomates. Tenemos también ciruelas guisadas. Dolly, pon tú la mesa mientras sacan las cosas los demás. Os prepararé unos bocadillos para el té. Y hay un pastel de jengibre que os podéis llevar también. Lucy, ¿quieres poner el agua a hervir? Podéis llevaros el té en un termo si queréis.

—¡Oh, muchas gracias! —dijeron los niños.

Y se pusieron a trabajar sin perder instante. Pusieron cubierto para tía Polly, pero ésta movió negativamente la cabeza.

—No me siento muy bien hoy —dijo—. Tengo un dolor de cabeza muy fuerte. No tomaré nada. Descansaré esta tarde mientras os vais de paseo.

Los niños lo sintieron mucho. La señora parecía muy cansada, en efecto. Jorge se preguntó si su madre habría mandado más dinero para ayudarla, o si tía Polly estaba encontrando difícil tirar con el que tuviese. No le gustaba preguntárselo delante de los otros.

No tardaron en ponerse a comer y, a continuación, habiendo empaquetado la merienda, emprendieron la marcha por el acantilado.

No habían visto a Jo-Jo. El negro seguía en la playa, la mar de fastidiado ya y furioso con los niños. Estaba convencido de que se encontraban en las cuevas. Entró y les llamó.

Naturalmente, no recibió respuesta. Repitió la llamada y volvió a insistir.

—Bueno, pues si se han perdido por las cuevas, tanto mejor —se dijo—. Así no tendré estorbos y no habré de fastidiarme más tiempo.

Decidió volver a Craggy-Tops e informar a la señorita Polly de lo sucedido.

Conque regresó. Los niños se habían marchado ya, y tía Polly estaba fregando. Miró vivamente al negro.

—¿Dónde has estado toda la mañana? —quiso saber—. Te necesité y no pude encontrarte por parte alguna.

—He estado buscando a esos niños. Yo creo que se han metido por las cuevas de la playa y se han extraviado. Les he llamado la mar de veces sin conseguir nada.

—No seas tan estúpido, Jo-Jo —le repuso tía Polly—. No haces más que usar a los niños como excusa de tu pereza. De sobra sabes que no se encuentran en las cuevas.

—Señorita Polly, yo les vi entrar y no les he vuelto a ver salir —empezó Jo-Jo, con indignación—. Estuve todo el rato en la playa, ¿eh? Bueno, pues le digo a usted, señorita Polly, que los niños entraron en las cuevas y aún están ahí dentro.

—¡Qué han de estar! —exclamó la señora—. Acaban de marcharse de merienda. Vinieron, comieron temprano y volvieron a marcharse. Conque no vuelvas a venir a mí con cuentos tontos, diciéndome que se han perdido en las cuevas.

Jo-Jo la miró boquiabierto. No podía dar crédito a lo que escuchaba. ¿Acaso no había pasado toda la mañana en la playa junto a las cuevas? Hubiera visto a los niños en cuanto salieron.

—No finjas estar tan sorprendido —le dijo con aspereza tía Polly—. Muévete y haz algo. Tendrás que efectuar esta tarde todo el trabajo que no hiciste esta mañana. Supongo que los niños se meterían por las cuevas, en efecto. Pero volverían a salir cuando tú no estabas mirando. No estés ahí como pasmado. Me estás poniendo muy enfadada.

Jo-Jo se sacudió como un perro, cerró la boca, y marchó a hacer las tareas que le estaban encomendadas. Rebosaba de asombro. Recordó la noche en que persiguiera a dos niños hasta las cuevas, creyéndoles Jorge y Jack. La marea había subido, aprisionándoles en las cavernas. Pero no los encontró allí ya a la mañana siguiente.

Y, ahora, los cuatro niños habían hecho exactamente lo mismo. A Jo-Jo le pareció verdaderamente sobrenatural. Le hacía muy poca gracia. Habían vuelto a escapársele. ¿Adónde habían ido? Hubiera sido inútil quererlo averiguar aquella tarde... estando

la señorita Polly de tan mal humor, por lo menos.

## Capítulo XIV

### Fugaz visión de la Isla Lóbrega

Los niños cruzaron apresuradamente por el acantilado hasta llegar donde se hallaba Bill Smugs. Éste les aguardaba, preparado ya. Metió en el barco el paquete de bocadillos y el pastel, el termo, y otro con galletas y chocolate que aportó él. Embarcaron todos a continuación.

Había acercado el bote a la costa en lugar de esconderlo entre las rocas, lo empujó, con los pies metidos en el agua, hasta que empezó a flotar. Luego subió a su vez y empuñó los remos hasta que se alejaron de las rocas.

—Bueno —dijo, cuando se hallaron en mar abierto—, arriba con la vela, muchachos, y ¡a ver qué tal lo hacéis!

Los niños lo hicieron sin dificultad. Luego se turnaron en el timón, y Bill se mostró satisfecho.

—Sois discípulos aprovechados —elogió—. Yo creo que seríais capaces de salir solos con esta embarcación ya.

—¡Oh, Bill! ¿Nos lo permitiría? —inquirió Jack, con avidez—. Podría fiarse de nosotros, ya lo creo que sí.

—Quizás os lo permita algún día —respondió Bill—. Tendríais que prometerme no navegar demasiado lejos, he ahí todo.

—¡Oh, sí!; le prometeríamos lo que usted quisiera —aseguraron los niños.

¡Cuan emocionante resultaría marchar solos en la embarcación de Bill!

Había una buena brisa, y el barco surcó con suavidad las aguas meciéndose un poco de vez en cuando al topar con una ola. El mar estaba, en verdad, muy sereno.

—Es delicioso —anunció Jack—. Me gusta el ruido que hace la vela al agitarse, y el del agua al lamer la quilla... y el silbido del aire...

Dolly y Lucy dejaron arrastrar las manos por las frescas aguas. «Kiki» lo observaba todo con interés desde la vela, sobre la que se había posado. Apenas lograba conservar allí el equilibrio, viéndose obligado a desplegar a medias las alas para sostenerse. Parecía estar disfrutando tanto como los muchachos.

—Límpiate los pies y cierra la puerta —le chilló a Smugs, al encontrarse su mirada con la de él—. ¿Cuántas veces he de decirte?...

—¡Cállate, «Kiki»! —exclamaron todos a un tiempo—. No seas grosero con Bill, o te tirará por la borda.

«Kiki» rió a carcajadas, se elevó en el aire, y se reunió con un par de gaviotas sobresaltadas, a las que aconsejó que usaran el pañuelo. Luego lanzó un grito ensordecedor que hizo huir alarmados a los pájaros. Volvió luego a su percha, la mar

de satisfecho consigo mismo. Disfrutaba causando sensación, ya fuera entre seres humanos, aves o cuadrúpedos.

—Sigo sin ver la Isla Lóbrega —dijo Jack, que no dejaba de otear el horizonte—. ¿Por dónde está, Bill? Parezco haber perdido el sentido de orientación ahora que me encuentro en el mar.

—Por allá —le respondió Bill, señalando.

Los niños siguieron la dirección de su dedo; pero nada vieron. No obstante, les emocionaba pensar que la isla maléfica, como la llamaba Jo-Jo, se iba acercando cada vez más.

El velero siguió adelante, y el aire refrescó un poco a medida que se fueron alejando de la costa. A las niñas, les ondeaba el pelo detrás, o se lo aplastaba el viento contra la cara y Bill exhaló una exclamación al arrancarle el cigarrillo de los dedos una ráfaga y llevárselo.

—Si «Kiki» sirviera de algo —dijo, mirando al loro—, volaría a buscármelo otra vez.

—¡Pobre «Kiki»! —respondió el loro, moviendo con melancolía la cabeza—. ¡Pobre «Kiki»! ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Qué...!

Jack le tiró una concha y el pájaro se interrumpió, soltando una carcajada. Bill intentó encender otro cigarrillo, cosa que el viento hizo difícil.

Al cabo de unos momentos, Jack soltó una exclamación:

—¡Mirad! ¡Tierra a la vista! ¿No es ésa la Isla Lóbrega? Por fuerza ha de serlo.

Esforzaron todos la mirada. Por entre el vaho del calor asomaba tierra, de eso no cabía la menor duda.



—Sí..., ésa es la isla, en efecto —respondió Bill, con gran interés—. Y es bastante grande, por añadidura.

La embarcación se acercó más. La isla se vio más claramente y se dieron cuenta entonces de lo rocosa y montañosa que era. A su alrededor estaba muy revuelto el mar. El agua saltaba, pulverizada, a gran altura y aquí y allí se veían asomar dentadas peñas por entre las olas.

Se acercaron aún más, encontrándose en aguas muy picadas. Lucy empezó a palidecer. Era la menos marinera de todos. Pero nada dijo, y acabó pasándosele un poco el mareo.

—Ahora podéis ver el círculo de rocas que da la vuelta a la isla —anunció Bill Smugs—. ¡Qué mala cara tienen! Apuesto a que más de un barco ha naufragado contra ellas. Navegaremos por la vecindad un poco a ver si descubrimos un sitio por donde entrar. Pero... no nos acercaremos más; conqué es inútil que me lo supliquéis.

«The Albatross» navegaba ya por un mar muy revuelto y Lucy empezó a cambiar de color otra vez.

—Toma una galleta seca, Lucy —le dijo el hombre, comprendiendo—. Róela. Quizá mantenga a roya el mareo.

Lo conseguí, en efecto. Lucy no tardó en poder interesarse de nuevo por lo que sucedía a su alrededor.

La Isla Lóbrega hacía honor a su nombre, desde luego. Era un lugar desolado y desierto a más no poder. Parecía compuesta de dentados riscos que se alzaban hasta convertirse en elevadas colinas por el centro de la isla. Aquí y allá crecían algunos árboles achaparrados, y se veía algo de hierba verde en algunos puntos. Las rocas tenían un color rojizo singular por el lado de la isla que daba al mar abierto, pero eran negras por todos los demás sitios.

—Hay montones y montones de pájaros allí, tal como yo había supuesto — anunció Jack, observando el islote con sus gemelos de campaña, excitado—. ¡Troncho! ¡Fíjese usted en ellos, Bill!

Pero Bill se negó a abandonar el timón. Era peligroso navegar cerca del anillo de rocas en un mar tan picado.

—Te creo bajo palabra —le contestó a Jack—. Dime si reconoces a alguno de los pájaros.

—¡Bill! ¡Los hay a miles y miles! —exclamó—. Oh, desembarquemos en la isla, por favor. Descubro un camino por entre los escollos. Por favor...

—¡No! —contestó con firmeza Bill—. Ya os dije que no. Resultaría peligroso acercarse a la isla aunque conociésemos el camino, y no lo conocemos. No pienso arriesgar vuestras vidas y la mía nada más que para ver de cerca unos cuantos pájaros... pájaros que podéis ver en Craggy-Tops a todas horas.

La embarcación dio la vuelta a la isla, manteniéndose bien apartada de los escollos contra los que rompían las olas sin cesar. Los niños las contemplaron viendo cómo resbalaban por las traidoras rocas emitiendo una especie de rugido que no dejaba un momento de sonar. Era la mar de emocionante y los muchachos se sentían alborozados y con ganas de gritar.

Jack era el que con más claridad veía la isla, gracias a sus gemelos. No se los apartaba un instante de los ojos, observando a los centenares de pájaros, en vuelo y posados, que entraban dentro de su campo visual. Jorge le dio un golpecito en el brazo.

—Ya podías dejar que los demás vieran un poco también —dijo—. Dame los gemelos.

Jack no quería hacerlo. Temía que se le escapara alguna Alca Mayor. Pero acabó entregándoselos, no obstante. A Jorge no le interesaban tanto los pájaros. Barrió la costa de la isla con los gemelos y luego exhaló una exclamación.

—¡Hola! ¡Aún hay cosas o algo! ¿Es posible que viva gente aquí aún?

—Claro que no —respondió Bill Smugs—. Hace años que está desierta. Lo que no logro comprender es cómo ha podido vivir en ella nadie jamás. A la agricultura no podían dedicarse. A la pesca, tampoco. Es un lugar desolado... imposible...

—Supongo que las que veo no serán más que ruinas. Parecen estar en las colinas. No las distingo bien en realidad.

—¿Anda alguien por ahí? ¿Alguna de las «cosas» de Jo-Jo? —preguntó Dolly riendo.

—No; ni un alma —contestó Jorge—. Echa una mirada con los gemelos, Dolly... y luego tú, Lucy. No me extraña que la llamen la Isla Lóbrega. Tiene lóbrego el aspecto en verdad. No hay en ella nada vivo... salvo las aves marinas.

Las niñas miraron por los gemelos también. No les gustó ni pizca el aspecto de la isla. Era fea y desnuda, con un extraño aire de desamparo.

El velero dio la vuelta completa a la isla, manteniéndose alejado de las rocas que la aguardaban. El único lugar por el que pudiera haber una entrada entre las rocas era un punto al oeste. Allí el mar estaba menos picado y, aunque el agua pulverizada se alzaba muy alta, no se veían rocas en la superficie. El agua procedía de las olas que rompían contra rocas vecinas.

—Apuesto a que ésa es la única entrada a la isla —dijo Jack.

—Bueno, pues no vamos a probarla —anunció Bill sin vacilar—. Voy a dejar la isla ahora y poner proa a mar más tranquila. Luego quitaremos la vela y tomaremos el té, mecidos suavemente y no zarandeados como aquí. La pobre Lucy no hace más que cambiar de color.

Jack dirigió una última mirada con los gemelos y dio tal grito que Dolly por poco perdió el equilibrio y «Kiki» se cayó de su percha.

—¿Qué pasa? —inquirió Bill con sobresalto.

—¡Un Alca Mayor! —chilló Jack, pegados los gemelos a los ojos—. ¡Lo es, lo es... un pájaro enorme... con alas pequeñas pegadas a los costados... y un pico grande afilado! ¡Es un Alca Mayor!

Bill le entregó a Jack el timón unos segundos y tomó los gemelos. Pero no pudo ver ningún Alca Mayor y se los volvió a dar al excitado niño, cuyos ojos verdes resplandecían de alegría.

—Supongo que se trata de una de las alcas —dijo—. El Alca Mayor se parece mucho a un alca grande. Te has dejado obsesionar por tus propios deseos. Ése no era un Alca Mayor, estoy seguro.

Jack, no obstante, estaba completamente convencido de que no se había equivocado. No lo veía ya; pero, al dejar la isla atrás, se lo quedó mirando con nostalgia. La Gran Alca estaba allí. Tenía la seguridad completa. ¿Cómo era capaz Bill de sugerir que se trataba de un alca corriente?

—Bill... Bill haga el favor de volver —le suplicó, casi sin poderse contener—. Sé que era un alca... el Alca Mayor. Lo vi de pronto. ¡Imagínese! ¿Qué dirá el mundo si se entera de que he encontrado un Alca Mayor, un pájaro que se extinguió hace años?

—Al mundo no le conmovería gran cosa —respondió Bill secamente—. Sólo



unas cuantas personas aficionadas a los pájaros se excitarían. Tranquilízate un poco... Me temo que ése no era el pájaro que creíste.

Jack no podía serenarse. Le brillaban los ojos, tenía encendido el rostro, el viento le agitaba el cabello. «Kiki» se dio cuenta de ello y bajó a posársele en el hombro, picoteándole en la oreja para que le prestase atención.

—Era un Alca Mayor, vaya si lo era —aseguró Jack.

Lucy le asió el brazo y le dio un apretoncito. También ella estaba segura de que se trataba de un Alca Mayor... y, en cualquier caso, no pensaba darle a su hermano una ducha de agua fría diciendo que no lo era. Ni Jorge ni Dolly creían por un momento que lo fuese.

Tomaron el té en agua más tranquila, arriada la vela y con la embarcación a la deriva. Lucy, con apetito ahora después del mareo, se comió la ración de Jack con verdadero deleite. Los otros disfrutaron también. Había sido una tarde emocionante.

—¿Podremos salir solos con su embarcación alguna vez, como nos ha prometido? —preguntó Jack de pronto.

Bill Smugs le miró vivamente.

—Sólo si me prometéis no alejaros mucho —repuso—. Nada de correr en busca del Alca Mayor a la Isla Lóbrega, ¿comprendes?

Como era eso precisamente lo que había estado pensando Jack, se puso muy colorado.

—Bueno —dijo por fin—. Prometo no ir a la Isla Lóbrega con su barco, Bill. Pero ¿de veras podemos salir solos otros días?

—Sí. Creo que sabéis manejar divinamente la embarcación... y no puede sucederás gran cosa si escogéis un día tranquilo.

Jack puso cara de satisfacción. Una mirada soñadora apareció en sus ojos. Sabía lo que pensaba hacer. Cumpliendo la palabra empeñada, se abstendría de ir a la Isla Lóbrega en el barco de Bill Smugs. Con éste se limitaría a entrenarse en el uso del remo y de la vela. Una vez completamente seguro de que contaba con la necesaria experiencia, se trasladaría en la embarcación de Jo-Jo a la Isla.

Era un plan atrevido y temerario; pero estaba tan emocionado ante la idea de encontrar un Alca Mayor cuando nadie creía que existiese ejemplar vivo alguno, que correría sin vacilar cualquier riesgo con tal de llegar al islote. En su fuero interno tenía la seguridad de poder dar con la entrada del peñón. Al acercarse a los escollos aferraría la vela para evitar accidentes, recorriendo el resto del camino a remo. Aun cuando el barco de Jo-Jo era grande y pesado, contaba con habilidad suficiente para manejarlo.

Nada les dijo a los otros en presencia de Bill, porque no quería que éste se enterara de sus propósitos. Bill era jovial y bondadoso. Se portaba como un buen amigo. Pero era persona mayor. Y las personas mayores siempre tienden a impedir

que hagan cosas arriesgadas los niños. Conque Jack guardó silencio, madurando su plan, tan absorto en sus pensamientos que no oyó los comentarios de sus compañeros, ni se dio cuenta siquiera de que estaban intentando hacerle rabiar.

—Se ha ido a la isla a ver a su Alca Mayor —dijo Dolly, riendo.

—¡Pobre Jack! —murmuró Jorge—. ¡Ese pájaro le ha hecho perder por completo el apetito!

—¡Despierta! —exclamó Bill, dándole un golpecito—. Sé un poco más sociable.

Después del té decidieron regresar a la costa a remo, bogando por turnos, porque Bill Smugs creyó conveniente que los niños hicieran un poco de ejercicio. Éstos, por su parte, disfrutaban manejando los remos. Jack, pensando en su futura escapatoria, bogó con vigor para dar principio a su entrenamiento.

—Henos aquí de nuevo, sanos y salvos —anunció Bill cuando la proa tocó tierra.

Los niños desembarcaron, ayudándole a arrastrar la nave fuera del agua. Las niñas le siguieron con el termo.

—Bueno, pues hasta la vista —dijo Bill—. Hemos pasado una tarde muy agradable. Venid mañana si queréis, y os dejaré probar a salir solos en el barco.

—¡Oh, gracias! —exclamaron los niños.

—¡Oh, gracias! —exclamó «Kiki», haciéndose eco de sus palabras—. ¡Oh, gracias! ¡Oh, gracias!

—Cállate —le ordenó Jack, riendo.

Pero «Kiki» no dejó de repetir las palabras hasta llegar a Craggy-Tops.

—¡Oh, gracias!, ¡oh, gracias!, ¡oh, gracias!, ¡oh, gracias!

—¿Habéis pasado bien la tarde? —les preguntó tía Polly cuando llegaron a casa.

—¡Oh, ha sido una tarde deliciosa! —contestó Dolly—. ¿Está mejor del dolor de cabeza, tía Polly?

—No gran cosa —respondió la señora, que estaba pálida y parecía agotada—. Me parece que me acostaré temprano esta noche si te encargas tú de llevarle la cena a tu tío, Dolly.

—Claro que sí —respondió la niña.

Aunque no le hacía mucha gracia, porque le tenía algo de miedo a su erudito pero singular pariente.

Jo-Jo entró en aquel instante y se quedó mirando a los muchachos.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó con aspereza—. ¿Y dónde fuisteis esta mañana después de meteros en las cuevas?

—Volvimos a casa —le respondió Jorge, simulando una sorpresa que enfureció al negro—. ¿No nos viste? Y acabamos de volver de una merienda, querido Jo-Jo. ¿Por qué te interesas tanto por nuestro paradero? ¿Querías habernos acompañado?

Jo-Jo hizo un ruido grosero que copió inmediatamente «Kiki», rompiendo a reír luego con sus enloquecedoras carcajadas. Jo-Jo le dirigió al loro una mirada de odio,

y luego abandonó la habitación.

—No le hagáis rabiarse a Jo-Jo —dijo con cansancio tía Polly—. La verdad es que se está haciendo insoportable... grosero... y perezoso. No se ha acercado para nada a casa en toda la mañana. Bueno... me voy a la cama.

—Jack, ayúdame tú con la bandeja de tío Jocelyn —dijo Dolly cuando quedó preparada la cena—. Pesa mucho. Jorge se ha ido por ahí, como de costumbre. Siempre desaparece cuando hay algo que hacer.

Jack tomó la pesada bandeja y siguió a Dolly, que echó a andar hacia el despacho de su tío. Llamó a la puerta. Gruñó una voz, y la niña supuso que quería decir «¡Adelante!»

Entraron. «Kiki» iba posado en el hombro de Jack, como de costumbre.

—Tu cena, tío —anunció la niña—. Tía Polly se ha acostado. Está muy cansada.

—Pobre Polly, pobre querida Polly —dijo «Kiki» con tono compasivo.

Tío Jocelyn alzó la cabeza con sobresalto. Vio al loro y cogió el pisapapeles.

«Kiki» salió volando por la puerta al instante, y el anciano dejó el pisapapeles.

—¡Que no entre ese loro aquí! —gruñó—. Es un pájaro entrometido. Pon la bandeja ahí. ¿Quién eres tú, jovencito?

—Soy Jack Trent —respondió el niño, sorprendido de que pudiera ser nadie tan olvidadizo—. Nos vio usted a mí y a mi hermano el día que llegamos. ¿No lo recuerda?

—Hay demasiados niños en esta casa —contestó tío Jocelyn, gruñón—. No hay manera de trabajar con ellos.

—Oh, tío —exclamó Dolly, indignada—, bien sabes que nunca te molestamos.

El anciano se había inclinado sobre un mapa grande, muy antiguo. Jack le echó una mirada.

—Oh —murmuró—, ése es un mapa de parte de esta costa... y ésta es la Isla Lóbrega, ¿verdad?

Señaló el contorno de la isla. El anciano movió afirmativamente la cabeza.

—¿Ha estado usted alguna vez en ella? —inquirió Jack con avidez—. Nosotros la vimos esta tarde.

—En mi vida estuve en ella y no tengo el menor deseo de visitarla tampoco —contestó hoscamente tío Jocelyn.

—Vi un Alca Mayor allí esta tarde —anunció Jack, muy orgulloso.

Al anciano no le hizo la menor impresión.

—No digas tonterías, niño —respondió—. Ese pájaro se extinguió hace la mar de tiempo. Lo que tú viste fue un alca corriente. No seas tonto.

Jack se molestó. La única persona que hacía algún caso de su descubrimiento era Lucy. Y no ignoraba que ella le hubiese creído a pie juntillas aunque hubiera dicho haber descubierto a Papá Noel en la isla. Contempló con algo de morro al descuidado

anciano, que le miró a su vez frunciendo el entrecejo.

—¿Me permite ver el mapa, por favor? —preguntó Jack de pronto, pensando que quizás estuviese marcada en él la entrada a la isla.

—¿Por qué? ¿Te interesan esas cosas? —inquirió tío Jocelyn con sorpresa.

—Me interesa mucho la Isla Lóbrega —respondió el niño—. Por favor... ¿me permite que vea el mapa?

—Tengo en alguna parte uno más grande... uno muy detallado, que no tiene más que la isla —dijo tío Jocelyn, encantado ahora de que diese alguien muestras de interés por sus mapas—. Vamos a ver..., ¿dónde lo tengo?

Mientras fue a buscarlo, Jack y Dolly echaron una mirada al mapa de la costa. Allí, cerca de ella y rodeada de un círculo de rocas, se veía la Isla Lóbrega. Tenía una forma extraña, parecida a la de un huevo, con una protuberancia por uno de los lados; y era muy irregular su costa. Yacía casi al oeste de Craggy-Tops.

Jack estudió el mapa la mar de excitado. ¡Si se lo quisiera dejar tío Jocelyn!

—Mira —le dijo a Dolly en voz baja—. Mira. El anillo de rocas está quebrado ahí... ¿Te das cuenta? Apuesto a que es donde yo imaginé que estaba la entrada esta tarde. ¿Ves esa colina marcada en el mapa? La entrada por entre las rocas se encuentra enfrente, sobre poco más o menos. Si quisiéramos ir alguna vez allí... y bien sabe Dios que yo «sí» quiero... no tendremos más que buscar esa colina... yo creo que debe ser la más alta de la isla... y luego buscar la entrada enfrente. ¡Es facilísimo!

—Parece fácil en el mapa, pero apuesto a que resulta mucho más difícil cuando está uno en el mar —respondió la niña—. Suena como si tuvieras la intención de ir allá, Jack..., pero ya sabes lo que prometimos a Bill Smugs. No podemos dejar de cumplir nuestra palabra.



—De sobra lo sé, boba —dijo Jack, que jamás había dejado de cumplir una promesa—. Tengo otro plan. Ya te lo contaré después.

Con gran desencanto de los niños, tío Jocelyn no logró encontrar el mapa de la isla. No quiso prestarle el otro a Jack.

—Claro que no —respondió escandalizado al escuchar la petición—. Es un mapa muy, muy antiguo... tiene centenares de años. Ni soñarlo siquiera con prestártelo. Lo estropearías, o lo perderías, o algo por el estilo. Ya sé lo que son los niños.

—No es verdad, tío —saltó Dolly—. No tienes ni idea de cómo somos. Pero ¡si casi nunca te vemos! Anda, déjanos el mapa.

Pero no hubo manera de conseguir que el anciano se separara de su mapa. Conque, echando una última mirada al dibujo de la isla con su curioso anillo protector de rocas y la solitaria abertura entre ellas, Jack y Dolly abandonaron el descuidado despacho, cuyas paredes estaban cubiertas de libros.

—No olvides la cena, tío —advirtió Dolly al cerrar la puerta. Tío Jocelyn contestó con un gruñido. Se hallaba enfrascado en su trabajo de nuevo. Había olvidado la bandeja depositada a su lado.

—Apuesto a que no volverá a acordarse de ella —dijo Dolly.

Y no se equivocó. Cuando tía Polly entró en el despacho al día siguiente para limpiarlo un poco como de costumbre, la bandeja seguía sobre la mesa, sin que faltara ni un bocado de la comida.

—Eres peor que una criatura —le regañó—. Sí, eres en verdad peor que un niño, Jocelyn.

## Capítulo XV

### Un suceso extraño y una excursión magnífica

Aquella noche Jack les contó a los otros su plan. Al principio le miraron dubitativos; luego, emocionados, y, por último, excitados a más no poder.

—¿Podríamos encontrar la entrada de veras? —preguntó, Lucy, asustada.

—Fácilmente —aseguró Jack, que, habiendo tomado una decisión, se negaba rotundamente a ver dificultades—. Vi la entrada esta tarde, estoy seguro. Y, desde luego, la vi en ese mapa. Y Dolly también.

—Y Dolly también, y Dolly también, y Dolly también —cantó el loro.

Nadie le hizo caso. Todos continuaron hablando, excitados.

—Una vez me encuentre completamente familiarizado con la embarcación de Bill Smugs —dijo Jack—, no le tendré el menor miedo a salir con la de Jo-Jo.

—Te dejaré medio muerto a golpes como se entere —observó Jorge—. ¿Cómo vas a arreglártelas sin que él lo sepa?

—Aguardaré a que saque el automóvil y se vaya de compras —respondió sin vacilar el niño—. Ya había pensado en todo eso. En cuanto se marche, saldré en el barco, y espero estar de vuelta antes de que él regrese. Y si no lo consigo... Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Tendréis que distraerle de alguna manera... o encerrarle en los sótanos... o algo por el estilo.

Los otros se echaron a reír. La idea de encerrar con llave a Jo-Jo les encantaba.

—Pero, escucha —intervino Jorge—, ¿no vamos a ir nosotros contigo? No puedes ir solo.

—No pienso llevarme a las niñas —anunció Jack con firmeza—. No me importa correr riesgo yo... pero no pienso ponerlas en peligro a ellas. Tú puedes venir. Jorge, claro.

—Y yo pienso ir también —anunció Lucy sin vacilar.

No iba a permitir que Jack se fuera a correr peligro sin tenerla a ella a su lado.

—Mira, tú no puedes venir, y no hay más que hablar —le respondió con determinación su hermano—. No seas tonta, Lucy. Lo echarías a perder todo si vinieses. Tendríamos que ir con demasiado cuidado si tú y Dolly estuvierais a bordo. No nos atreveríamos a correr riesgos de ninguna clase.

—Yo no quiero que corras riesgos —dijo la pobre Lucy con lágrimas en los ojos.

—No seas tan criatura. ¿Por qué no puedes ser como Dolly y no fastidiarme cuando quiero hacer algo? Dolly no le molesta a Jorge porque corra riesgos, ¿verdad, Dolly?

—No —contestó la niña, que sabía que su hermano era muy capaz de cuidarse sin

ayuda—. De todas formas, me gustaría que fuésemos nosotras.

Lucy contuvo las lágrimas. No quería estropearle las cosas a Jack. Pero resultaba terrible pensar que pudiese naufragar o ahogarse. Deseó de todo corazón que jamás hubieran existido las Alcas Mayores. De no haber existido, no hubiera habido toda aquella excitación ante la posibilidad de encontrar vivo un ejemplar.

Jack no durmió gran cosa aquella noche. Estuvo pensando en la isla y en sus aves, lleno de impaciencia por hacerse a la vela y descubrir si era un Alca Mayor o no lo que viera con los gemelos por la tarde. A lo mejor le darían la mar de dinero si conseguía apresar un Alca Mayor. No era capaz de volar: sólo sabía nadar. Quizá fuese tan manso que se dejara coger. Tal vez hubiese tres o cuatro ejemplares. Sería maravilloso descubrirlos y aprisionarlos.

Se alzó del colchón y se acercó a la ventana. Miró hacia el Oeste, donde se hallaba la isla. No había luna aquella noche y no pudo ver nada al principio. Pero tras un rato de concentración quedó sorprendido al observar algo verdaderamente insólito.

Se frotó los ojos y volvió a mirar. Parecía como si brillara una luz allá al Oeste, donde se encontraba el islote. Se apagó lentamente mientras la observaba, y volvió a aparecer más tarde.

—No puede ser una luz de verdad —se dijo el niño—. No puede ser una luz en la isla, por lo menos. Debe de ser algún barco que hace señales desde lejos.

La luz desapareció de nuevo y ya no volvió a verse, Jack retiró la cabeza, con la intención de acostarse, convencido de que era la luz de un barco lo que había visto.

Pero antes de que tuviese tiempo de retirarse al colchón otra cosa le atrajo. La ventana estrecha del lado opuesto, la que daba hacia la cima del acantilado, se veía recortada en luz. Jack la contempló con asombro.

Corrió a la ventana de nuevo y se asomó. El resplandor procedía de la cima del acantilado. Alguien había encendido allí una hoguera, o tenía una linterna muy brillante. ¿Quién podía ser? ¿Y a qué exhibir aquella luz? ¿Para hacerle señas a algún barco, quizá?

La habitación de Jack era la más alta de Craggy-Tops y el torreón en que se hallaba sobresalía por encima del farallón. Pero aunque alargó el cuello todo lo que pudo, no alcanzó a ver qué era aquel resplandor ni de dónde procedía con exactitud. Decidió averiguarlo.

No despertó a Jorge. Se puso el pantalón, la chaqueta y los zapatos, y bajó en silencio la escalera de caracol. Pocos momentos más tarde ascendía la senda hacia la cima del acantilado. Pero cuando llegó allí no encontró resplandor de ninguna clase, ni siquiera olor de fuego. Se quedó un tanto desconcertado.

Caminó por el farallón, dando traspiés. Y de pronto se llevó el susto mayor de su vida. Alguien le asió, sujetándole con fuerza.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió la voz de Jo-Jo. Zarandeó al niño hasta dejarle



sin aliento—. ¡Anda..., dime lo que hacías aquí!

Demasiado asustado para que se le ocurriera más explicación que la verdad, el niño la soltó.

—Vi resplandor desde la alcoba del torreón y salí a ver qué era.

—Te dije que había «cosas» por el acantilado de noche, ¿no? —exclamó Jo-Jo con aterradora voz—. Bueno, esas cosas resplandecen, y a veces gimen y aúllan, y Dios sabe cuántas cosas más. ¿No te aconsejé que no erraras por ahí de noche?

—¿Y qué haces tú fuera de casa? —quiso saber Jack, empezando a reponerse del susto.

El negro volvió a zarandearle, encantado de tener a uno de los niños en sus manos.

—También yo salí a ver qué era ese resplandor —gruñó—. ¿Comprendes? A eso salí, claro está. Pero son siempre esas «cosas» que causan disturbios y dan quehacer. Ahora prométeme que no volverás a abandonar tu alcoba de noche.

—No te prometeré nada —contestó Jack, empezando a forcejear—. Y suéltame, bestia, que me estás haciendo daño.

—Mucho más daño te haré si no me prometes no salir más de noche —le amenazó el negro—. Tengo un trozo de cuerda aquí, ¿ves?, y me la reservo para ti y para Jorge.

Jack tenía miedo. Jo-Jo era muy fuerte, muy rencoroso y muy cruel. Volvió a forcejear al darse cuenta de que el otro se estaba soltando la cuerda que llevaba atada a la cintura.

Fue «Kiki» quien le salvó. El loro, que había estado durmiendo tranquilamente en la percha que su amo le había instalado en la alcoba, despertó de pronto, echó de menos al niño y salió en su busca. No permanecía mucho rato separado de él si podía evitarlo.

En el preciso momento en que Jack se preguntaba si sería una buena idea darle un fuerte mordisco a Jo-Jo o no, «Kiki» descendió sobre él con un grito de alegría.

—¡«Kiki»! ¡«Kiki»! —aulló el muchacho—. ¡Muérdele, muérdele!

El loro hincó de muy buena gana el pico en la parte carnosa del brazo del negro. Éste soltó a Jack y exhaló un alarido de dolor. Dirigió un golpe al loro, que se encontraba ya fuera de su alcance, aguardando una oportunidad para atacarle de nuevo.

La segunda vez le dio un picotazo en la oreja y Jo-Jo gritó:

—¡Llama a tu pájaro! ¡Le retorceré el cuello si no!

Jack desapareció sendero abajo. Cuando se encontró a una distancia suficiente del negro llamó a «Kiki».

—¡«Kiki»! ¡Ven acá! ¡Eres un pájaro muy bueno!

«Kiki» le dirigió otro picotazo a la oreja del negro y marchó luego, lanzando un

alarido. Se posó sobre el hombro del niño, murmurándole al oído. Él le rascó la cabeza al regresar a la casa, latándole con violencia el corazón.

—Procura mantenerte fuera del alcance de Jo-Jo, «Kiki» —le dijo—. Ahora sí que te retorcerá el cuello si puede. No sé lo que habrás hecho, pero estoy seguro de que habrá sido algo bastante doloroso.

—Despertó a Jorge y le contó lo ocurrido.

—Supongo que la luz procedería de un barco en alta mar —dijo—; pero no sé lo que la otra luz sería. Jo-Jo dice que él también subió a investigar; pero que creía que el resplandor era el de las «cosas» que siempre anda mencionando. ¡Troncho! ¡Por poco me dio una paliza, Jorge! De no haber sido por «Kiki», creo que lo hubiese pasado bastante mal.

—¡Buen pájaro «Kiki»! —dijo Jorge.

Y «Kiki» repitió las palabras, encantado:

—Buen pájaro «Kiki», buen pájaro «Kiki», buen pájaro «Kiki»...

—¡Basta ya! —bufó Jack.

Y «Kiki» calló.

Jack se instaló lo más cómodamente que pudo sobre el colchón.

—Estoy cansado —anunció—. Dios quiera que me duerma pronto. No lo conseguí antes. No hacía más que pensar y pensar en la Isla Lóbrega.

No tardó mucho esta vez en dormirse, soñando con un mapa muy grande en el que se hallaba señalada la Isla, luego con un barco en el que intentaba llegar hasta ella y, por último, con Jo-Jo, que le agarraba, intentando hacerles volver a él y a la embarcación.

Los niños estaban la mar de contentos a la mañana siguiente al recordar que Bill Smugs les había dicho que podían sacar el barco solos. Empezaron la marcha muy temprano, después de haber terminado a toda prisa sus quehaceres. Jo-Jo estaba de mal humor aquel día. Rondó por la casa, fruncido el entrecejo, dirigiéndoles a Jack y a «Kiki» miradas asesinas, como si ardiera en deseos de pillarlos a los dos por su cuenta.

Por una vez no intentó seguirles ni averiguar dónde iban. Tía Polly había resuelto que trabajara aquella mañana de lo lindo, y no hacía más que señalarle tareas. El negro se dio cuenta que nada adelantaría intentando esquivarlas; conque se puso a trabajar con hosca expresión, y los niños pudieron escapar fácilmente sin ser vistos.

—Me marcho a la población hoy —les dijo Bill cuando llegaron a su choza—. He de comprar martillo, clavos y madera para arreglarme un poco la casa. Se han caído algunos trozos de pared y me he pasado la noche en medio de un vendaval, o lo que parecía un vendaval en este sitio tan reducido. ¿Queréis ir conmigo y hacer compras otra vez?

—No, gracias —se apresuró a contestar Jack—. Preferimos salir en el barco. La

mar está serena hoy. E iremos con mucho cuidado.

—Recordarás la promesa que me hiciste —observó Bill, mirando vivamente al muchacho.

Éste asintió con un movimiento de cabeza.

—No me apartaré mucho de la costa —respondió.

Y los otros dijeron lo mismo.

Despidieron a Bill y le vieron bajar con cuidado por la desigual senda hacia la carretera que conducía a la población.

Luego fueron a buscar el barco. Bill lo había dejado en su escondite, entre las rocas. Los niños no habían descubierto por qué le gustaba tenerlo allí, pero supusieron que era para que no se lo robaran durante su ausencia. Tuvieron que cruzar hacia el escondite a nado, envolviendo la ropa seca en una bolsa impermeable que Bill les prestó con ese objeto. Jorge la iba remolcando.

Llegaron a las rocas y se dirigieron a la parte llana donde se encontraba el barco, fuera del alcance de las olas. Abrieron la bolsa impermeable y se pusieron la ropa. Echaron los trajes de baño en la nave y tiraron de ella hacia el agua.

Era profundo el mar en la vecindad de las rocas y el barco entró en el agua sin salpicar casi. Embarcaron todos, y los niños tomaron los remos.

Con un poco de trabajo alejaron la embarcación de los escollos. Luego se entregaron a la tarea de izar la vela sin la ayuda de Bill Smugs.

—Debiera resultarnos fácil —jadeó Jack, tirando de varias cuerdas—. Lo hicimos ayer solos.



Pero el día anterior Bill les había estado gritando instrucciones. Y ahora no había quien pudiese ayudarles si se equivocaban. Ello no obstante, lograron izar la vela al cabo de un rato. A Dolly por poco la tiraron al agua, pero logró salvarse a tiempo. Se puso furiosa.

—Eso lo hiciste a propósito. Jorge —le dijo a su hermano, que aún luchaba con las cuerdas—. ¡Pídeme inmediatamente perdón! Bill dijo que no había que andar con bromas ni tonterías a bordo.

—Cállate —le ordenó Jorge, que se vio enredado en una cuerda que parecía dispuesta a estrangularle—. Ayúdame, Jack.

—Toma el timón, Dolly —ordenó Jack—. Yo ayudaré a Copete. ¡Dolly! ¿No me has oído? Toma el timón para que pueda ayudar yo a Jorge.

Pero fue Dolly quien, viendo de pronto que Jorge se hallaba, en efecto, en dificultades, acudió en su auxilio y le desenredó.

—Gracias —dijo el niño—. ¡Malditas cuerdas! Me parece que he desatado demasiadas. ¿Está bien la vela?

Parecía estarlo. El viento la llenó y la embarcación empezó a correr. Fue en extremo divertido. Los niños se sentían la mar de importantes al hallarse solos y estar

maneja el barco sin ayuda. Después de todo, era una embarcación demasiado grande para que la manejan unos muchachos.

Jack dirigió la mirada hacia donde se alzaba la Isla Lóbrega. Iría allá algún día... desembarcaría... echaría una mirada a su alrededor y... ¡Dios sabe lo que llegaría a encontrar! Surgió en su mente la imagen de un Alca Mayor y, en su excitación, dio un viraje. La vela trazó, como consecuencia de ello, un arco, dándole en la cabeza a los otros niños, que se habían agachado al ver el peligro.

—¡Idiota! —exclamó Jorge, indignado—. Quita. Deja que tome yo el timón. Iremos a parar todos al agua como andes jugando así.

—Perdonad. Es que estaba pensando en una cosa... cómo me iría en la embarcación de Jo-Jo. ¿Cuándo crees tú que podremos comprobarlo, Jorge? ¿Dentro de dos o tres días?

—Yo creo que para entonces podremos navegar en su barco —contestó el otro—. Es bien fácil una vez se le coge el secreto, si es uno ágil. Empiezo a conocer la sensación del viento y su fuerza... a sentirme a bordo como en mi propia casa. Nunca le ocurriría lo propio a la pobre Lucy, sin embargo. Fíjate cómo ha cambiado de color.

—Oh, me encuentro divinamente —respondió la niña, haciendo un esfuerzo para ser valiente.

Habían entrado en mar picado, y al estómago de la niña no le hacía ni pizca de gracia. Pero nada hubiera sido capaz de persuadirla a que dejara a los otros marchar sin ella, aun cuando supiese que iba a estar mareada todo el rato. Lucy tenía valor en abundancia.

Los niños aferraron la vela al cabo de un rato y sacaron los remos. Se acordaron de su promesa y no se alejaron demasiado. Se les ocurrió la buena idea de practicar el remo un rato también.

Conque todos ellos remaban por turnos y no tardaron en aprender a hacerlo muy bien y a dirigir incluso el barco sin necesidad del timón.

Luego desplegaron la vela otra vez y pusieron proa a la costa, muy orgullosos de sí mismos. Al aproximarse, vieron a Bill Smugs que les saludaba agitando el brazo. Estaba de vuelta ya.

Tocaron tierra y arrastraron el barco hasta dejarlo en su escondite.

—¡Magnífico! —dijo Bill—. Os he estado observando cuando estabais mar adentro. Lo habéis hecho muy bien. Venid a probar suerte otra vez mañana.

—¡Oh, gracias! —dijo Jack—. No podríamos probar esta tarde otra vez, ¿verdad? Dolly y Lucy no podrían, porque tienen que hacer unas cosas que les ha pedido tía Polly. Pero Jorge y yo, sí.

Las niñas comprendieron que lo que Jack deseaba era ver si Jorge y él podían manejar la embarcación solos, en preparación para la marcha a bordo del barco de Jo-Jo. Conque nada dijeron, a pesar de lo mucho que hubiesen deseado ir también.

Bill Smugs dijo que sí, que los muchachos podían salir de nuevo aquella tarde si así lo deseaban.

—Yo no iré —dijo—. Voy a darle un repaso a mi aparato de radio. No funciona bien.

Bill tenía un aparato maravilloso —el mejor que los niños habían visto en su vida—. Estaba instalado en el fondo de la choza, y no había estación que Bill no pudiese captar. No les permitía a los niños tocarlo, sin embargo.

—Bueno, pues vendremos esta tarde entonces —anunció Jack, la mar de satisfecho—. Es usted muy amable con prestarnos su barco así, Bill. De veras que sí.

—Es para mí un placer —respondió Bill, riendo.

—Ah, eso me recuerda... —exclamó Jack, acordándose de su extraña aventura de la noche anterior—. Escuche esto, Bill.

Contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido por la noche, y su encuentro con Jo-Jo. Bill le escuchó con la mayor atención.

—Conque viste luces, ¿eh? —dijo—. En el mar... y en el acantilado. Es muy interesante. No me extraña que quisieras investigar. Jo-Jo, al parecer, experimentó la misma curiosidad. Bueno, pues si me permites que te dé un consejo, te diré una cosa: no vayas contra Jo-Jo ni le pongas de punta si puedes evitarlo. No me gusta mucho ese tipo. Suena bastante peligroso.

—¡Oh!, sólo está un poco mal de la cabeza, y odia a los niños; pero es muy estúpido... y no creo que se atreviera a hacernos mucho daño en realidad —contestó Jorge—. Hace años que está a nuestro servicio.

—¿De veras? —murmuró Bill, con interés—. Vaya, vaya... y supongo que trabajo le costaría a tu familia encontrar quien ocupara su lugar si se marchase. Ello, no obstante, ¡ojo con él!

Los niños se marcharon con las dos muchachas. A Jorge casi le daban ganas de reírse de la advertencia de Bill. Pero Jack la tomó en serio. No había olvidado el miedo de la noche anterior, al pillarle el negro.

—Me parece que Bill tiene razón —pensó, estremeciéndose—. Jo-Jo pudiera resultar un hombre muy peligroso.

## Capítulo XVI

### Extraños descubrimientos

Durante los tres días que siguieron, los niños practicaron con asiduidad el remo y la vela, hasta encontrarse como en su casa a bordo de la embarcación, y llegar a manejarla casi tan bien como Bill. Éste estaba encantado de ellos.

—Confieso que me gusta ver perseverar a los niños, aun cuando se trate de algo que represente mucho trabajo —dijo—. El mismo «Kiki» ha aguantado hasta el final, perdiendo el equilibrio la mitad de las veces, pero sin soñar ni un instante en permitir que os marcharais solos. En cuanto a Lucy, ella es la que más vale de todos, porque ha tenido que luchar con el mareo casi todo el tiempo.

Aquella tarde, después de asegurarse de que el negro se hallaba en el patio de detrás de la casa sacando agua del pozo, los niños fueron a examinar cuidadosamente la embarcación, para ver si les sería posible manejarla solos.

La contemplaron mecerse en el agua. Era más grande que la de Bill, pero no mucho más. Adquirieron el convencimiento de que podrían manejarla sin dificultad.

—Es una lástima que «Kiki» no pueda remar —dijo Jack—. Podría encargarse de la tercera pareja de remos e iríamos divinamente.

—¡Divinamente! —repitió «Kiki»—. ¡Divinamente! ¡Dios salve al rey!

—Idiota —murmuró Jorge, pero con tono afectuoso. Quería tanto al loro como a Jack y a Lucy. Y el pájaro acudía a él en cuanto le llamaba—. Escucha, Pecas..., ¿cuándo crees tú que marchará Jo-Jo de compras otra vez? Ardo en deseos de probar suerte con su barco. ¿Tú, no?

—Ya lo creo que sí —contestó Jack—. No hago más que pensar en el Alca Mayor que vi. No seré feliz hasta haberle visto de cerca.

—Apuesto a que no lo encuentras. Tendría gracia que lo consiguieras, no obstante, y volvieses con él en brazos. ¡Los celos que le darían a «Kiki»!

Con gran alegría de los niños, tía Polly anunció que Jo-Jo iba a ir de compras al día siguiente.

—Conque, si queréis algo, tendréis que decírselo —les anunció—. Tiene una lista muy larga de cosas que ha de comprar para mí. Podéis agregar a ella lo que queráis, y darle el dinero.

Pusieron en la lista otra pila para la lámpara de bolsillo. Dolly se había dejado la suya encendida por descuido toda una noche, agotando por completo la batería. Necesitaba una nueva. Jack pidió un rollo de película. Había estado sacando fotografías de los pájaros de los alrededores de Craggy-Tops y ahora necesitaba más película para llevarla cuando fuera a la Isla Lóbrega.

Aguardaron con ansiedad a que Jo-Jo se marchara al día siguiente. Se mostró de una lentitud exasperante. Por fin puso en marcha el automóvil y lo sacó del desvencijado cobertizo en que lo conservaban.

—No hagáis travesuras durante mi ausencia —les dijo a los niños, mirándoles con desconfianza.

Quizá presintiera que estaban deseando que se marchara por razones que le ocultaban.

—Nunca hacemos travesuras —le contestó Jorge—. Pásalo bien... y no tengas prisa en volver. Resultará agradable no tenerte por aquí por una vez.

Jo-Jo le dirigió una mirada torva; pisó el acelerador, y partió a la velocidad suicida habitual.

—No comprendo cómo puede aguantar un coche tan viejo esas sacudidas y meneos —murmuró Jorge, viéndolo desaparecer por el camino—. Bueno, pues ya se ha marchado. Y ahora, ¿qué? Se presentó la oportunidad buscada.

Los niños corrieron, excitados, a la playa, encaminándose a la embarcación. Los muchachos subieron a bordo. Dolly desató la cuerda y dio un empujón a la quilla.

—¡Cuidaos mucho! —gritó Lucy, con ansiedad, conteniendo los deseos de saltar a bordo tras ellos—. ¡Cuidaos mucho, por favor!

—¡Conforme! —gritó Jack en respuesta.

Y «Kiki» se hizo eco de la palabra.

—¡Conforme, conforme, conforme! ¡Cierra la puerta y límpiate los pies!

Las niñas vieron remar a sus hermanos y luego izar la vela en cuanto se hallaron apartados de la costa. Había una buena brisa, y no tardaron en correr a buena velocidad.





—¡En marcha hacia la Isla Lóbrega! —exclamó Lucy—. Bueno, Dios quiera que Jack traiga de allá por fin un Alca Mayor.

—No hay peligro —repuso Dolly, a quien el sentido común le decía que sería un verdadero milagro que encontrase ave semejante—. Bueno, espero que encontrarán la entrada sin dificultad. Parecen estar manejando bien el barco, ¿verdad?

—Sí —dijo Lucy, esforzando la vista para seguir a la embarcación, que empezaba a hacerse difícil de ver como consecuencia del vaho. La Isla Lóbrega no se veía en absoluto—. ¡Ah, Dios mío!... Espero que todo les irá bien.

Los muchachos estaban disfrutando de lo lindo. Descubrieron que, aunque la embarcación de Jo-Jo era más pesada y engorrosa de manejar que la de Bill, no ofrecía verdaderas dificultades. Había viento suficiente y avanzaban como si estuviesen haciendo una carrera. Resultaba muy estimulante sentir el cabeceo del barco, oír el viento en la hinchada vela, ver pasar las olas por el costado.

—No hay nada como una embarcación —dijo Jack, muy contento—. Día llegará en que tenga una de mi propiedad.

—Cuestan la mar de dinero —dijo Jorge.

—Bueno, pues ganaré mucho, entonces. Luego me compraré un barco bien hermoso, y marcharé navegando a islas lejanas habitadas sólo por pájaros, y, ¡qué ratos más maravillosos pasaré!

—¡Ojalá pudiésemos ver la isla! —dijo Jorge—. Este vaho es un engorro. Dios quiera que no nos confundamos de dirección.

Antes de ver la isla, oyeron el fragor de las olas al estrellarse contra el anillo de rocas de alrededor. Luego, de pronto, tras lo que pareció mucho rato, surgió la isla de entre la neblina y los niños sintieron caer sobre ellos el agua pulverizada.

—¡Cuidado! ¡Vamos derechos a las rocas! —exclamó Jorge, con alarma—. Arría la vela. Tendremos que remar. No podemos manejar el barco con este viento..., se ha hecho demasiado fuerte. Viajamos a una velocidad excesiva.

Arriaron la vela; echaron manos de los remos, y se pusieron a bogar. Jack intentó ver la elevada colina. Pero era mucho más difícil conseguirlo en la realidad, que verla en el mapa. Todas parecían aproximadamente del mismo tamaño. Dieron la vuelta al anillo de rocas, manteniéndose fuera del alcance de la corriente que corría hacia la isla.

—Allí hay una colina alta..., mira..., a la izquierda —dijo de pronto Jack—. ¡Rema hacia ella, Copete! Eso mismo. Yo creo que es ésa la que buscamos.

Bogaron con fuerza, observaron con alegría una abertura entre las rocas; un hueco estrecho, era cierto, pero no obstante, una abertura por la que un barco podía pasar sin pena.

—¡Cuidado ahora! —advirtió Jorge—. Ésta es la parte más difícil. ¡Ojo! Pudiéramos desviarnos y dar contra los escollos. Y, de todas formas, aunque no se

vea ninguno ahí, en la abertura, pudiera haber algún risco debajo del agua que nos deshiciera la quilla. ¡Con cuidado, Pecas, con cuidado!

Jack tuvo muchísimo cuidado. Todo dependía de que pudieran pasar por la abertura sanos y salvos. En tensión y llenos de ansiedad, los dos muchachos remaron con cautela. «Kiki» no dijo una palabra. Se daba cuenta de que los niños estaban angustiados.

La abertura o pasaje era estrecho pero largo. Costó trabajo y angustia traspasarlo. Varias corrientes parecían estar haciendo todo lo posible por desviar la embarcación hacia un lado o hacia el otro. Una vez sintieron que una roca sumergida les raspaba la quilla.

—¡Qué justa ha sido la cosa! —exclamó Jorge en voz baja—. ¿Oíste cómo raspaba?

—Y lo sentí también —contestó Jack—. ¡Hola!..., parece que hemos salido de apuros ya. ¡Es maravilloso, Copete! Nos encontramos en agua completamente tranquila.

Allende el anillo de rocas había un canal o un foso de aguas apacibles y brillante azul. Resultaba extraño verlas después de la turbulencia de las olas que barrían los escollos. Aun llegaba a sus oídos el fragor de estas últimas.

—Ya no queda mucho para llegar a la isla —dijo Jorge, emocionado—. Vamos..., estoy la mar de cansado... o lo están mis brazos por lo menos..., pero es «absolutamente» necesario que lleguemos a tierra. Estoy ardiendo en deseos de explorar.

Miraron a su alrededor en busca de un sitio apropiado para desembarcar. La isla era rocosa en extremo; pero en un punto hallaron una minúscula caleta en la que brillaba la arena. Decidieron atracar allí.

Fue fácil desembarcar y arrastrar la embarcación un poco fuera del agua, aunque tuvieron que apelar a todas sus fuerzas. Pero Bill les había enseñado a sacar el máximo provecho a sus esfuerzos y no tardaron en encontrarse libres para explorar la isla desierta.

Escalaron el acantilado detrás de la caleta y contemplaron aquel lado de la Isla Lóbrega.

Fue el número de aves lo que primero llamó la atención de los muchachos. Las habían a millares, de toda clase, tamaños y formas. El ruido que hacían era tremendo. Hicieron poco caso de los niños, que las observaban maravillados.

Pero no eran tan mansas como habían esperado. Las que estaban en tierra alzaron el vuelo en cuanto ellos se acercaron. Parecían tan silvestres y ariscas como las de Craggy-Tops. Jack sintió una desilusión muy grande.

—¡Es curioso! —dijo—. Siempre había creído que los pájaros de una isla desierta jamás visitada por el hombre eran completamente mansos. Así lo dice en todos mis

libros, por lo menos. Pero éstos no son así. No nos dejan acercarnos.

Pocos árboles se veían y estos pocos crecían en lugares resguardados, acusando, no obstante, una inclinación lateral como consecuencia de los vientos que barrían el islote. Una hierba que parecía alambre cubría el suelo de trecho en trecho. Pero, aun ésta, no crecía en todas partes, asomando la roca desnuda en muchos lugares.

Dejaron el acantilado y se internaron por la isla repercutiendo el grito de millares de pájaros en sus oídos. Se dirigieron a la colina que se alzaba en el centro.

—Quiero ver qué son los edificios raros que vi con los gemelos —anunció Jack—. Y, ¡caramba!, ¡quiero encontrar un Alca Mayor! Aún no he visto ni rastro de una. No hago más que mirar y mirar.

El pobre Jack temblaba de excitación, esperando ver un Alca Mayor de un momento a otro, pero, encontrándose, en lugar de eso, con todas las especies de pájaros que viera ya en Craggy-Tops. «Sí» que resultaba desalentador. No había esperado ver toda una procesión de alcas mayores, pero sí una. El encontrar un ejemplar —uno tan sólo— hubiese sido maravilloso.

Había alcas grandes en abundancia, con sus curiosos picos, muchas gaviotas, numerosos corvejones y otras aves. Era un paraíso de pájaros marinos y Jack estaba asombrado de la multitud allí congregada. ¡Cuánto le hubiese gustado pasarse unos días en la isla, sacando fotografías!

Llegaron a las colinas y encontraron un desfiladero entre ellas. Allí había más hierba y minúsculas florecillas silvestres, claveles de mar y otras. En las laderas crecían algunos abedules achaparrados.

Entre las colinas yacía un valle pequeño y, en él, un arroyo que cruzaba hacia el otro lado de la isla en dirección al mar. Los niños se acercaron a verlo porque parecía tener un color extraño.

—Es de color rojizo de cobre —observó Jack, extrañado—. ¿Por qué será? Oye, ¡mira!..., ahí están esas construcciones raras, arriba de ese monte. Y, ¿te das cuenta, Copete, de cómo cambian las rocas de color por aquí? Ya no son negras, sino rojizas. Y algunas de ellas parecen de granito. ¿Es curioso, verdad?

—No creo que me guste mucho esa isla —dijo Jorge, estremeciéndose—. Da una sensación de soledad..., de algo raro..., de maldad...

—Tú has hecho demasiado caso de los cuentos de Jo-Jo —le contestó Jack, riendo, aun cuando a él tampoco le gustaba mucho la sensación que le producía la isla.

Era demasiado melancólica..., demasiado triste..., demasiado desolada... Y no se escuchaba más sonido en ella que el incesante griterío de las aves.

Subieron por la ladera de una colina para ver los «edificios». Se hallaban éstos tan derruidos, que hubiese resultado difícil decidir qué habían sido. Apenas eran otra cosa que simples montones de piedras y rocas. Y no daban la sensación de haber sido

nunca habitados.

De pronto. Jorge descubrió, cerca de uno de ellos, algo que se le antojó muy extraño. Llamó a Jack, excitado.

—¡Oye! ¡Ven aquí a ver! ¡Hay un agujero enorme que se hunde en la tierra! ¡Es hondo a más no poder!

Jack corrió hacia el agujero y se asomó a él. Era grande. Tendría cerca de dos metros de diámetro. Y alcanzaba tal profundidad, que les era imposible ver el fondo.

—¿Para qué será? —murmuró Jorge—. ¿Crees tú que se trata de un pozo?

Dejaron caer dentro una piedra; pero no oyeron nada. O no se trata de un pozo, o era tan profundo que no podía oírse desde fuera el choque de la piedra contra el agua.

—No me gustaría a mí caerme dentro —observó Jorge—. ¡Mira!... ¡Hay una escalera de mano que baja! Es la mar de vieja y rota..., pero es una escalera, de eso sí que no cabe duda alguna.

—Es un misterio —respondió Jack, interesado—. Vamos a dar una vuelta por ahí. Quizás encontremos algo que nos lo aclare. ¡Un pozo que se hunde en las profundidades de la tierra en una isla tan solitaria como ésta! ¿Para qué lo harían?

## Capítulo XVII

### Jo-Jo se enfurece

Con gran sorpresa suya, los niños encontraron más de aquellos agujeros estrechos y profundos, todos ellos en la vecindad de los «edificios».

—No pueden ser pozos de agua —dijo Jack—. Eso es imposible. Nadie querría ni necesitaría tantos. Pero tienen que haberlos abierto por su cuenta y razón.

—¿Crees tú que pueden haber sido minas? —inquirió Jorge, recordando que las minas de carbón siempre tenían pozos profundos por los que se bajaba para sacar el combustible. ¿Crees tú que hay minas antiguas aquí..., de carbón, por ejemplo?

—No, de carbón, no. Y no se me ocurre de qué. Tendremos que averiguarlo. Supongo que tu tío lo sabe. ¡Qué emocionante si fueran minas de «oro»! A lo mejor lo son. Cualquiera sabe.

—Pues entonces se agotarían hace siglos. No quedaría oro ahora, de lo contrario, aún las estarían explotando. Oye..., ¿quieres que bajemos a ver qué hay?

—No lo sé —contestó Jack, dubitativo—. Esas escaleras no son muy seguras, ¿no te parece? Pudiéramos caernos un centenar de metros... y ése sería nuestro fin.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —murmuró «Kiki».

—¡Sí! ¡Vaya si resultaría una lástima! —observó Jorge, riendo—. Bueno, quizá sea mejor que no lo intentemos. ¡Hola! Aquí hay otro pozo, Jack... Y es un poco más grande que los demás.

Los niños se asomaron a él. Tenía una escalera en mucho mejor estado que las otras. Descendieron por ella un poco, sintiéndose la mar de osados. No tardaron en volver a salir, sin embargo; no les gustaba la oscuridad ni la sensación de hallarse encerrados.

Y luego hicieron un descubrimiento que les sorprendió aún más que los pozos. No muy lejos de allí, y amontonadas bajo una roca que sobresalía, vieron unas latas de carne y de fruta vacías.

Tan extraordinario resultaba el hallazgo, que los niños apenas podían dar crédito a sus ojos. Se quedaron mirando boquiabiertos las latas, y «Kiki» bajó a inspeccionarlas por si quedaba en ellas algo que comer.

—¿De dónde crees tú que han salido? —exclamó Jack, por fin—. ¡Qué cosa más extraña! Algunos están muy oxidadas..., pero otras se ven nuevas. ¿Quién puede haber venido a esta isla... y por qué... y dónde vive?

—Es un misterio —dijo Jorge—. Vamos a recorrerlo toda, ya que estamos aquí, y ver si encontramos a alguien. Más vale andar con cuidado, porque es evidente que quienquiera que sea el que vive aquí, no tiene el menor deseo de que se sepa.

Conque los niños dieron la vuelta a toda la isla; pero no vieron a nadie ni encontraron nada que explicase el misterio del montón de latas. Siguieron asombrándoles las rocas rojas por el lado del mar del islote, y volvieron a contemplar interesados el color rojizo del riachuelo que iba a desembocar en el mar. Había muchos más pájaros por aquel lado, y Jack los escudriñó todos en busca de un Alca Mayor. Pero no vio ninguna, cosa que le desilusionó una barbaridad.

—¿No vas a sacar ninguna fotografía? —inquirió Jorge—. Dijiste que ibas a hacerlo. Date prisa, porque no debiéramos quedarnos aquí mucho más tiempo.

—Sí..., tomaré unas cuantas —dijo Jack.

Y se escondió detrás de una roca para fotografiar a unos pájaros jóvenes. Luego, quedándole un retrato por tomar, se le ocurrió una idea.

—Sacaré una instantánea de ese montón de latas —dijo—. Pudieran no creernos las muchachas cuando les contemos lo que hemos visto; pero no podrán dudarlo cuando les enseñemos la fotografía.

Conque retrató el montón de botes de conserva también, y luego, tras echar una última mirada por la boca del pozo grande, regresaron a la embarcación.

—Bueno —dijo Jack—, Dios quiera que hagamos tan buen viaje de vuelta como lo hicimos al venir. ¿Si estará Jo-Jo de vuelta ya? Espero que las muchachas se hayan encargado de quitarle del paso de una manera u otra si es que lo está.

Empujaron el barco hasta meterlo en el agua y subieron a bordo. Cruzaron a remo las aguas serenas hacia la abertura entre las rocas, donde las olas saltaban pulverizadas. Lograron esquivar el escollo que les raspaba la quilla al llegar, y salieron sin dificultad del estrecho paso.

Tuvieron que hacer más esfuerzos fuera, donde la mar estaba muy picada. Había virado un poco el viento agitando con más furia las olas. Izaron la vela y surcaron las aguas a gran velocidad, disfrutando de lo lindo al sentir cómo les azotaba el aire las mejillas y le salpicaba el agua pulverizada el rostro.

Al aproximarse a la costa, vieron a las dos niñas que les aguardaban, y agitaron los brazos. Dolly y Lucy hicieron otro tanto. Por fin entraron en el atracadero y los muchachos saltaron a tierra, amarrando la embarcación.

—¿Encontrasteis el Alca Mayor? —preguntó Lucy.

—¿Está Jo-Jo de vuelta? —inquirió Jorge, en lugar de contestar.

—Habéis tardado una barbaridad —dijo Dolly, impaciente por oírlo todo.

—Hemos corrido una aventura magnífica —aseguró Jorge.

Y volvió a decir:

—¿Está Jo-Jo de vuelta?

—Sí —respondió Dolly, con una risita—. Regresó hace cosa de una hora. Estábamos esperándole. Afortunadamente, se fue derecho a los sótanos con unas cajas que trajo en el automóvil, y le seguimos. Abrió la puerta interior y se metió en

el sótano del fondo con las cajas..., en el sótano donde está la compuerta... Nos acordamos de dónde habíais dejado la llave, fuimos a buscarla, y le encerramos. Está golpeando la puerta ahí dentro como un desesperado.

—¡Magnífico! —exclamaron los niños, encantados—. Así no sabrá que hemos salido en su barca. Pero ¿cómo vamos a soltarle sin que se entere de que le hemos encerrado nosotros?

—Tendréis que pensar en algo —respondió Dolly.

Echaron a andar hacia la casa, devanándose los sesos por el camino.

—Mejor será que nos acerquemos sin hacer ruido y que hagamos girar la llave mientras descansa —dijo Jorge, por fin—. No puede estar golpeando la puerta siempre. En cuanto se pare un momento, meteré la llave en la cerradura, le daré la vuelta, y luego me retiraré a toda prisa.

La próxima vez que pruebe la puerta, se le abrirá... y él no sabrá por qué.



—¡Buena idea! —aprobaron los otros.

Parecía un medio sencillo de poner en libertad al negro sin que pudiese él adivinar que tuvieron ellos nada que ver con el asunto.

Jorge tomó la llave y bajó al sótano tan silenciosamente como pudo. En cuanto llegó, oyó los golpes que daba Jo-Jo. Aguardó a que el negro se hubiese detenido a recobrar el aliento, e introdujo la llave en la cerradura. Oyó toser a Jo-Jo, e hizo girar la llave en el mismo instante, para que el sonido de la tos ahogara el del pestillo al descorrerse. La puerta quedaba abierta. Jo-Jo podría salir cuando quisiera. Retiró la llave, subió corriendo los escalones, salió a la cocina, y reunió con los demás.

—Saldrá dentro de unos instantes —jadeó—. Subamos al acantilado y, en cuanto volvamos a ver a Jo-Jo, echaremos a andar hacia casa, fingiendo regresar en ese instante de dar un paseo. Eso le desconcertará por completo.

Conque subieron corriendo a la cima, se tumbaron en el suelo, y atisbaron para ver cuándo aparecía el negro. Mientras tanto, les contaron en voz baja a las muchachas todo lo que habían descubierto en la Isla Lóbrega.

Las niñas escucharon con asombro. Pozos profundos en el suelo..., un riachuelo rojo..., un montón de latas de conservas vacías..., ¡qué extraño era todo aquello! Nadie había esperado una cosa así. Porque, para lo que habían ido, era para buscar pájaros.

—Hemos de volver a averiguar a dónde conducen esos pozos —dijo Jack—. Y averiguaremos también si es que hubo alguna vez minas de alguna clase allí. Quizá lo sepa tu tío Jocelyn, Dolly.

—Sí que lo sabrá —repuso la niña—. ¡Oh! ¡Ojalá pudiésemos conseguir ese mapa viejo de la isla del que nos habló..., de ése que no pudo encontrar! Seguramente encontraríamos en él muchas cosas interesantes, ¿verdad?

«Kiki» emitió de pronto uno de sus chillidos de tren expreso, lo que significaba que había visto a su enemigo Jo-Jo. Los niños le vieron abajo mirando a su alrededor, evidentemente buscándoles. Se pusieron en pie y bajaron por el sendero hacia casa.

El negro les vio y les salió al encuentro, retratada en su rostro la ira.

—Me encerrasteis con llave —bufó—. Se lo diré a la señorita Polly. Merecéis una buena paliza.

—¡Encerrarte con llave! —exclamó Jorge, con gesto de asombro—. ¿En dónde te encerramos? ¿En tu cuarto?

—En el sótano —respondió el negro, enfurecido—. Aquí está la señorita Polly. Se lo diré. Señorita Polly, estos niños me encerraron con llave en el sótano.

—No digas tonterías —respondió la anciana—. De sobra sabes que no hay cerradura en la puerta del sótano. Los niños estaban de paseo... ¿No ves que regresan ahora? ¿Cómo puedes decir que te encerraron? Estás loco.

—Me encerraron con llave —dijo Jo-Jo, hoscamente.

Y se acordó de pronto que la existencia del sótano interior era un secreto exclusivamente suyo, y que más valía no entrar en detalles, no fuera que la señorita Polly bajara y descubriese la puerta que tan cuidadosamente había él ocultado.

—Yo no le encerré, tía Polly —anunció Jorge, con sinceridad—. He estado la mar de lejos de aquí durante toda la mañana.

—Y yo también —aseguró Jack, cosa en la que no mentía.

Tía Polly les creyó y, como sabía que los cuatro niños andaban siempre juntos, se imaginó que las niñas les habían acompañado. Conque, ¿cómo podía haberle gastado ninguno de ellos una treta a Jo-Jo? Y, en cualquier caso, pensó tía Polly, la puerta del



sótano no tenía cerradura siquiera; conque, ¿qué quería decir el negro con aquello? Debía de estar perdiendo el juicio, en efecto.

—Anda a hacer tu trabajo, Jo-Jo —le dijo, con cierta aspereza—. Pareces haberlas tomado con los niños. Siempre estás acusándoles de algo. Déjalos en paz. Son unos niños muy buenos.

No opinaba igual Jo-Jo. Les dirigió una de sus acostumbradas miradas torvas, gruñó algo entre dientes, gruñido que «Kiki» imitó a maravilla, y regresó a la cocina.

—No le hagáis caso —dijo tía Polly—. Yo creo que no está bien del todo de la cabeza, y tiene muy mal humor. Pero, en realidad, es completamente inofensivo.

Los niños regresaron a casa guiñándose un ojo. Resultaba agradable tener a tía Polly de su parte. Pero Jo-Jo iba acumulando más rencor y más quejas contra ellos. Tendrían que andar con cuidado.

«Es curioso —pensó Jack—. Tía Polly dice que Jo-Jo es completamente inofensivo... y Bill Smugs dice que es un hombre peligroso. Uno de los dos está equivocado, desde luego».

## Capítulo XVIII

### A la Isla otra vez

—¿Qué deberían hacer? ¿Contarle a Bill Smugs su aventura? ¿Se enfadaría porque se habían evadido de su promesa sin llegar, en realidad, a quebrantarla, yendo a la isla en la embarcación de otro? Los niños llegaron a la conclusión de que pudiera enfadarse muchísimo. Tenía un concepto muy elevado del honor, de las promesas, del cumplimiento de la palabra empeñada...

—Y nosotros también —dijo Jack—. No hubiese sido capaz de quebrantar mi promesa. No la quebranté. Me limité a encontrar un medio de esquivarla.

—Bueno, pero ya sabes lo que son las personas mayores —dijo Dolly—. No piensan de la misma manera que nosotros. Supongo que, cuando seamos más viejos, nosotros pensaremos como ellos... Pero Dios quiera que nos acordemos de cómo era el pensar como piensan los niños, y que comprendamos a los niños y a las niñas cuando nosotros seamos hombres y mujeres.

—Estás hablando como una persona mayor ya —dijo Jorge, con hastío—. Cállate.

—A mí no me hables así —saltó Dolly—, nada más que porque hablo con un poco de sentido común.

—¡Cállate! —ordenó Jorge.

Y recibió una bofetada de Dolly por toda contestación. Él correspondió dándole con la mano abierta un golpe que sonó como un pistoletazo. Dolly soltó un chillido.

—¡Animal! —dijo—. ¡De sobra sabes que los niños no deben pegar a las niñas!

—Sería incapaz de pegarle a una chica decente y normal, como Lucy —contestó el hermano—; pero tú tienes un genio insoportable. Debieras saber que, si me das a mí un bofetón, yo te contesto con una torta. Y te está bien...

—Jack, di le que es un bestia —exclamó Dolly.

Pero Jack, aunque jamás había pegado a una muchacha, no podía menos de pensar que Dolly se merecía las que con frecuencia le daban.

—No debieras tener tan largas las manos —le contestó—. Eres muy amiga de repartir bofetones y debieras saber que Jorge no te lo aguanta.

—Lárgate de aquí hasta que se te pase el mal humor —dijo Jorge, que tenía la oreja muy colorada del golpe.

El rostro de Lucy reflejaba angustia. No le gustaban ni pizca aquellas riñas entre hermanos.

—Anda, lárgate —repitió Jorge.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja en la que conservaba desde hacía

días un escarabajo extraordinariamente manso. Dolly comprendió que tenía la intención de abrir la caja y acercarle el escarabajo. Soltó un chillido y salió corriendo de la estancia.

Jorge volvió a guardarse la caja después de dejar que el escarabajo se diera una vuelta por la mesa. Cada vez que alargaba el dedo, el escarabajo corría a él, con deleite. Es verdaderamente asombroso lo que le querían a Jorge todos los bichos.

—No debieras tenerle metido en una caja —dijo Lucy—. Estoy segura de que la odia viviendo siempre en ella.

—¿Ah, sí? Pues mira.

Sacó la caja de nuevo. La abrió. Sacó el escarabajo y lo colocó al otro extremo de la larga mesa. Depositó la caja, con la tapa entreabierta, en el centro. El escarabajo, después de explorar la superficie del muelle, se dirigió a la caja, la examinó, y luego se metió dentro, instalándose cómodamente en ella.

—¿Lo ves? —inquirió el niño, cerrando la caja y volviéndosela a meter en el bolsillo—. No se metería adrede en la caja si la odiara, ¿no te parece?

—Será entonces porque le gusta estar contigo —respondió Lucy—. A la mayoría de los escarabajos no les gustaría nada estar encerrados.

—Jorge es amigo de todos —anunció Jack—. Apuesto a que sería capaz de domesticar pulgas y formar un circo con ellas.

—Eso sí que me haría muy poca gracia —dijo Lucy, con repugnancia—. ¡Oh!, ¿dónde habrá ido a parar Dolly? Ojalá no riñerais así. Estábamos discutiendo tan agradablemente lo que íbamos a hacer ahora...

Dolly había abandonado el cuarto enfurecida, doliéndole aún el brazo del golpe que le diera Jorge. Vagó por el corredor que conducía al despacho de su tío, pensando en la serie de barrabasadas que le haría a su hermano. De pronto se abrió la puerta del despacho y asomó su tío.

—Ah, Dolly..., ¿eres tú? El tintero está vacío... ¿Por qué no lo llena alguien? —inquirió, irritado.



—Ya te buscaré yo el frasco de la tinta —contestó la niña.

Y fue a sacarlo del armario de su tía.

Lo llevó al despacho y llenó el tintero. Cuando se volvía para marcharse, observó un mapa sobre una silla cercana. Era el que su tío no había conseguido encontrar la vez anterior, el mapa grande de la Isla Lóbrega. La niña lo miró con interés.

—Ah, tío..., aquí está el mapa del que nos hablaste. Di, tío..., ¿había antes minas en la isla?

—¡Caramba, caramba!..., ¿cómo has sabido eso? —inquirió el tío, asombrado—. Eso pasó ya a la historia. Sí; había minas en la isla hace siglos. Minas de cobre... y muy ricas, por añadidura. Pero se agotaron hace muchísimo tiempo. No hay cobre allí, ahora.

Dolly contempló el mapa. Con gran alegría suya, vio señalados en él los pozos. ¡Cuánto les gustaría a los muchachos estudiarlo!

El tío volvió a enfrascarse en su trabajo, olvidándose de Dolly. Ella recogió el mapa, y salió, sin hacer ruido, del despacho. ¡Lo que se iba a alegrar Jorge con el mapa!

Había olvidado por completo su ira. Eso era lo mejor de Dolly: no guardaba rencor, y sus furias se desvanecían aprisa. Corrió pasillo abajo hacia el cuarto en que dejara a los otros. Abrió la puerta con violencia e irrumpió en la estancia.

Los niños se quedaron asombrados al ver su rostro, excitado y sonriente. Lucy no se acostumbraba nunca a la rapidez con que cambiaba de humor Dolly. Jorge la miró dubitativo, sin sonreír.

Dolly se acordó de la riña.

—Oh —dijo—, siento haberte dado un bofetón en la oreja. Jorge, Mira..., tengo ese mapa antiguo de la isla. ¿Qué os parece? Y tío Jocelyn me dijo que «había» habido minas allí en otros tiempos... de cobre... muy ricas. Pero están agotadas ya. Conque esos pozos deben haber conducido a las minas en otros tiempos.

—¡Troncho! —exclamó Jorge, quitándole el mapa de las manos, y extendiéndolo—. ¡Qué mapa! ¡Oh, Dolly, qué lista eres!

Le dio un apretoncito cariñoso a su hermana, que se puso radiante de satisfacción. Reñía con su hermano continuamente, pero le encantaba sobremanera que Jorge le dirigiese una palabra de alabanza.

Los cuatro niños se inclinaron sobre el mapa.

—Ahí está la abertura entre las rocas..., claro a más no poder —dijo Dolly.

Y los muchachos asintieron con un gesto.

—Debe de haber estado ahí siempre —dijo Jack—. Supongo que es el único camino que podían usar antiguamente los mineros para ir a la isla y salir de ella. ¡Qué emocionante resulta pensar en las ¡das y venidas de sus embarcaciones..., transportando alimentos de ¡da y cobre de vuelta! ¡Troncho! Me gustaría bajar a ver cómo son.

—¡Mirad, todos los antiguos pozos están marcados! —observó Jorge, señalando con el dedo—. Ahí está aquel cerca del cual debimos encontrar las latas..., ¡mira, Pecas! Y aquí está el río. Y ahora ya sé por qué es encarnado. Lo colorean los depósitos de cobre de las colinas.

—Bueno, pues entonces quizá haya cobre allí todavía —exclamó Dolly, con gran excitación—. ¡Pepitas de cobre! ¡Oooh! ¡Ojalá encontráramos nosotros alguna!



—El cobre se encuentra en vetas —dijo Jorge—; pero creo que se encuentra también en pepitas. Pudieran ser de valor. Escuchad..., ¿queréis que, nada más que por la aventura, crucemos la isla, bajemos a las minas, y busquemos por ahí un poco? ¿Quién sabe? A lo mejor «encontramos» pepitas de cobre.

—No las habrá —aseguró Jack—. Nadie abandonaría una mina si aún hubiese cobre que sacar. Lleva desierta siglos.

—Hay algo pegado al dorso del mapa —dijo Lucy, de pronto.

Los niños le dieron la vuelta y encontraron un mapa menor sujeto al grande. Lo alisaron para examinarlo. Al principio no le encontraron ni pies ni cabeza, pero luego Jorge soltó una exclamación.

—¡Claro está! Es un mapa subterráneo de la isla..., un mapa de las minas. Fijaos en estos pasadizos y galerías... y en estos canales de desagüe para llevarse la humedad. ¡Troncho! ¡Parte de estas minas se encuentran debajo del nivel del mar!

Les causaba un efecto extraño contemplar un plano del laberinto de túneles que había debajo de la isla. Era evidente que se había trabajado una extensión muy grande, parte de ella debajo del propio océano.

—Esta sección se encuentra debajo del lecho del mar —dijo Jack, señalando—. ¡Qué curioso trabajar ahí y saber que las olas corren por encima del techo rocoso que nos cobija!

—A mí no me haría ni pizca de gracia —aseguró Lucy, estremeciéndose—. Tendría miedo de que el techo se hundiera y el agua inundara el túnel.

—Escuchad..., «hemos» de volver a la isla —exclamó Jorge, excitado—. ¿Sabéis lo que yo creo? Pues que hay gente trabajando esas minas en la actualidad.

—¿Por qué crees cosa semejante? —inquirió Dolly.

—Hombre, no hay más que ver las latas. Alguien come conservas allá. Y no pudimos ver a nadie por parte alguna. Conque por fuerza se encontrarían en las minas, trabajando. Apuesto a que ésa es la solución del misterio.

—Vayamos a ver a Bill mañana y contémosle todo eso, y llevemos este mapa para enseñárselo —sugirió Dolly—. Él nos dirá qué debemos hacer. No tengo demasiadas ganas de que seamos nosotros solos los que exploremos las minas. Me gustaría que Bill estuviera con nosotros.

—No —intervino bruscamente Jack—; no se lo diremos a Bill.

Los otros le miraron con sorpresa.

—¿Por qué no? —quiso saber Dolly.

—Pues... porque se me ha ocurrido una idea de pronto.

—Yo creo que quien trabaja en esas minas es un amigo... o unos amigos... de Bill. Yo creo que Bill ha venido aquí para estar cerca de ellos..., para llevarles comida... y todo eso. Apuesto a que emplea su embarcación para eso. Debe tratarse de algo secreto. Bueno..., pues no le haría mucha gracia que hubiésemos descubierto ese secreto nosotros. No volvería a dejarnos salir en su barco.

—Pero, Jack..., estás exagerando. Bill sólo ha venido aquí de vacaciones. Está observando a los pájaros —dijo Jorge.

—No se dedica gran cosa a observar a los pájaros «en realidad» —dijo Jack—; y aun cuando me escucha cada vez que me pongo a hablar de los pájaros de aquí, él, personalmente, apenas los menciona..., no como haría yo, si alguien me diese la oportunidad. Y no sabemos a qué se dedica. Nunca nos lo ha dicho. Os apuesto lo que queráis a que él y sus amigos están intentando explotar una mina de cobre en la isla. No sé a quién pertenecerán esas minas..., si es que pertenecen a alguien..., pero se me antoja que, si se sospechara que aún hay cobre allí, la gente que hiciera el

descubrimiento guardaría su secreto ante la posibilidad de sacar algunas buenas pepitas por su cuenta.

Jack hizo una pausa, completamente sin aliento. «Kiki» murmuró la palabra nueva que acababa de oír.

—Cobre, cobre, cobre...

—Qué listo es, ¿verdad? —exclamó Lucy.

Pero nadie le hizo caso a «Kiki». Las cosas que se estaban discutiendo eran demasiado importantes para que se le permitiera a un loro que las interrumpiese.

—Preguntémosle a Bill Smugs sin rodeos —sugirió Dolly, a quien le gustaba dejar bien aclaradas las cosas.

Le molestaban los misterios cuya solución no podía hallar.

—No seas boba —le respondió Jorge—. Jack te ha dicho ya por qué sería mejor no dejar saber a Bill que conocemos su secreto. Quizá nos lo diga él mismo algún día... y, ¡lo sorprendido que quedará cuando sepa que lo habíamos adivinado ya!

—Cruzaremos otra vez en la embarcación de Jo-Jo dentro de poco —anunció Jack—. Bajaremos por el pozo grande y lo exploraremos un poco. Pronto descubriremos si hay alguien allá abajo. Nos llevaremos este mapa para no extraviarnos. Señala las galerías subterráneas con mucha claridad.

Era emocionante hablar de aquellos secretos. ¿Cuándo podrían marchar a la isla otra vez? ¿Se llevarían a las niñas aquella vez... o no?

—Bueno, yo creo que nos las arreglaremos aún mejor ahora —dijo Jorge—. No había gran peligro en realidad la última vez en cuanto descubrimos el paso por entre las rocas. Estoy seguro de que llegaremos fácilmente a la isla la próxima vez. Igual podremos llevarnos a las niñas.

Dolly y Lucy se emocionaron profundamente. Ansiaban una oportunidad para marchar sin perder instante; pero Jo-Jo no abandonaba Craggy-Tops durante el tiempo suficiente para que se llevaran su embarcación. Él, sin embargo, la empleó dos o tres veces.

—¿Vas de pesca? —le preguntó Jorge—. ¿Por qué no nos llevas contigo?

—No pienso molestarme cargando con niños como vosotros —le respondió el negro a Jorge con su habitual hosquedad.

Se alejó tanto de la costa, que desapareció su barco en el vaho que parecía cernerse siempre hacia el oeste.

—Igual puede haberse ido a la isla —comentó Jack—. Desaparece y no podemos ver hasta dónde llega. Ojalá traiga pescado para cenar esta noche.

Sí que lo trajo. Regresó después del té y los niños le ayudaron a trasladar a la casa una buena cantidad de peces.

—Podías habernos llevado a nosotros —observó Dolly—. Eres muy poco complaciente. Hubiésemos podido echar nosotros las redes también.

Al día siguiente Jo-Jo partió para la población de nuevo, con gran alegría de los niños.

—Hoy hará fiesta todo el día —anunció tía Polly—. Tendréis que hacer vosotros algunas de sus tareas. Los niños pueden encargarse de sacar agua para el día.

Jack y Jorge marcharon al pozo y descolgaron el pesado cubo, soltando cadena hasta que éste llegó al agua. Jack se asomó al brocal.

—Es igual que los pozos esos de la isla —dijo—. Dale al manubrio. Copete..., ¡va!

Hicieron aprisa todo el trabajo que tía Polly les asignó. Luego, tras asegurarse de que el automóvil no se encontraba en el garaje, le pidieron merienda a la señora y corrieron a la embarcación del negro.

Lanzaron amarras, y los dos niños se pusieron a remar. En cuanto se encontraron en mar abierta, izaron la vela.

—¡En marcha a la Isla Lóbrega! —exclamó Dolly, con deleite—. ¡Caramba! ¡No sabes cuánto me alegro de que vayamos con vosotros esta vez, Jack! Nos hizo muy poca gracia quedarnos atrás la ocasión anterior.

—¿Trajiste las lámparas de bolsillo? —le preguntó Jorge a Lucy.

Ésta movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; están allá, con la merienda.

—Las necesitaremos en las minas —anunció Jorge, muy excitado.

¡Qué aventura aquélla..., ir a bajar a minas antiquísimas en las que posiblemente habría hombres que buscaban cobre en secreto! Se estremeció deliciosamente de emoción.

El velero, manejado expertamente por los cuatro niños, surcó el agua a buena velocidad. No pareció transcurrir mucho tiempo antes de que la isla surgiera de la neblina.

—¿Oís cómo rompen las olas contra las rocas? —inquirió Jack.

Las muchachas asintieron con un gesto. Aquélla era la parte más peligrosa. Confiaron en que los muchachos hallarían la abertura con la misma facilidad que la primera vez, y que pasaran por ella sin peligro.

—Ahí está la colina grande —dijo Jack, de pronto—. Abajo la vela, niñas... Eso es..., poco a poco... Cuidado con ese cabo, Lucy. No; ése no..., ése.

Quedó arriada la vela. Los niños tomaron los remos y se pusieron a bogar cautelosamente hacia la abertura de las rocas. Ahora ya sabían dónde estaba. Se metieron por ella, el ojo avizor para ver el escollo próximo a la superficie y esquivarlo. Sí que raspó levemente la quilla, y Lucy pareció asustarse un poco. Pero poco después se encontraron ya en el foso de agua mansa que se extendía todo alrededor de la isla, entre la ribera y el anillo de rocas.

Lucy exhaló un suspiro de alivio. Entre que se sentía un poco mareada, y un



mucho asustada, se había puesto pálida. Pero ahora se rehízo aprisa, al ver la isla tan cerca.

Desembarcaron sin novedad, y arrastraron la embarcación playa adentro.

—Ahora nos dirigiremos a las colinas —anunció Jack—. ¡Troncho! ¡Fijaos en los millares de pájaros! ¡En mi vida vi tantos juntos! ¡Si al menos pudiese ver un Alca Mayor!

—A lo mejor te descubro yo alguna —dijo Lucy, ansiando con toda su alma que así fuera—. Jorge, ¿dónde está este riachuelo encarnado... y el montón de latas? ¿Por esta vecindad?

—No tardaréis en verlo —contestó el niño, echando a andar—. Hemos de entrar por este desfiladero entre los montes.

Poco después vieron el arroyo de color cobrizo que cruzaba el valle. Jack se detuvo para orientarse.

—Aguardad un poco... ¿Dónde estaba ese pozo grande exactamente?

Las niñas habían contemplado ya con exclamaciones los otros agujeros y los edificios derruidos vecinos.

—¿Dónde —prosiguió, mirando a su alrededor— estaba la pila de latas vacías? Era por aquí cerca. ¡Ah!... ¡Ahí está el pozo, muchachos! Venid, apresuraos, creo que deberíamos reconocerlo.

Todos corrieron hacia él enorme agujero y se asomaron. No cabía duda de que la escala que conducía al fondo se hallaba en muy buen estado.

—Éste es el pozo que usan esos hombres —dijo Jorge, convencido—. Es el único cuya escala ofrece seguridad.

—No hables tan alto —le advirtió Jack, en voz baja—. No sabes hasta dónde podrá oírse la voz por este pozo.

—¿Dónde están las latas que dijisteis? —inquirió Lucy.

—Allá..., junto a esa roca —respondió Jorge, señalando—. Id a verlas si queréis.

Dirigió la luz de su lámpara de bolsillo por el agujero, pero pudo ver muy poco. Tenía cierto aspecto siniestro y repulsivo. ¿Cómo se estaría allá abajo? ¿Habría allí hombres, en efecto? Era preciso que no les descubrieran a ellos. Las personas mayores siempre se enfadaban cuando los niños se metían en cosas que no eran cuenta suya.

—Jack..., no encuentro las latas —dijo Lucy.

Jorge soltó un gruñido de impaciencia. ¡Qué tontas son las niñas! Nunca sabían encontrar nada. Cruzó hacia ellas para enseñarles la pila.

Se detuvo de pronto, estupefacto. El sitio que ocuparan bajo la roca estaba vacío. Allí no había nada en absoluto. Las latas habían desaparecido.

—Fíjate en eso, Jack —dijo Jorge, olvidándose de hablar con cautela—. Han desaparecido los botes. ¿Quién se los llevó? Bueno..., eso sí que «demuestra» que

hay gente en la isla..., gente que ha estado aquí después de la última vez que estuvimos nosotros, por añadidura. ¿Verdad que es emocionante?

## Capítulo XIX

### En las minas de cobre

Lucy miró a su alrededor con temor, como si medio esperara encontrarse con alguien escondido detrás de una roca.

—No me gusta pensar que pueda haber por aquí gente de la que no sepamos nada —dijo.

—No seas tonta —le contestó Jack—. Están en las minas. ¿Bajamos por este pozo ahora a ver qué descubrimos?

Las niñas no querían; pero a Lucy le pareció que resultaría aún peor quedarse arriba sola con Dolly, que bajar y estar al lado de los muchachos. Conque dijo que estaba dispuesta a bajar y Dolly, que no pensaba consentir que la dejaran sola, anunció inmediatamente su propósito de acompañarles.

Jorge extendió el mapa de las minas en el suelo, y se arrodilló para estudiarlo.

—Fijaos —dijo—; este pozo desciende hasta el centro de un verdadero laberinto de corredores y galerías. ¿Nos metemos por éste?... Es una especie de carretera principal y conduce a la parte de la mina que se explotaba debajo mismo del mar.

—¡Oh, no, no vayamos allí! —exclamó Lucy, alarmada.

Pero los otros tres votaron en contra suya, conque quedó decidido.

—Ahora, «Kiki» —advirtió Jack—, si has venido con nosotros, no debes hacer el menor ruido. Porque si nos acercamos adonde estén los mineros, te oirán y nos descubrirán. ¿Comprendes?

—Una, dos, tres, cuatro —dijo «Kiki», solemnemente, rascándose la cabeza.



—Eres un pájaro tonto —le dijo Jack—. No olvides lo que te he dicho... ¡Dios te libre de dar gritos ni chillidos!

Se acercaron a la boca del pozo. Echaron una mirada por el agujero, experimentando todos una sensación de solemnidad. Una aventura siempre resultaba emocionante; pero, sin saber por qué, aquélla parecía inspirar de pronto cierto miedo.

—Vamos —dijo Jorge, empezando a descender la escala—. Nada puede pasarnos en realidad, aun suponiendo que nos descubran. Después de todo, nuestro propósito al venir a esta isla la primera vez era encontrar un Alca Mayor para Pecas. Aun cuando nos pillaran, podríamos decir que no despegaríamos los labios. Si los hombres que hay aquí son amigos de Bill Smugs, tienen que ser personas decentes. Siempre podremos decir que somos amigos suyos.

Todos iniciaron el descenso.

Antes de haber bajado la mitad del camino, empezaron a arrepentirse de haberlo intentado siquiera. No habían creído tener que bajar tanto. Era como irse hundiendo en las entrañas de la tierra, muy, muy adentro, en las tinieblas, iluminadas tan sólo por la luz de las cuatro lámparas.

—¿Estáis bien, niñas? —preguntó Jorge, con ansiedad—. Yo creo que debemos andar cerca del fondo ya.

—Tengo los brazos cansadísimos —contestó la pobre Lucy, que no era tan fuerte

como los otros.

Dolly se parecía más a un chico en su atrevimiento y su fuerza, pero Lucy resultaba pequeña en comparación con ella.

—Paraos un poco a descansar —dijo Jack—. ¡Troncho! ¡«Kiki» me pesa en el hombro! Eso es porque también tengo algo cansados los brazos, supongo, de tanto agarrarme a los travesaños.

Descansaron un poco, y luego continuaron bajando. Jorge soltó una exclamación.

—¡Ya he tocado fondo!

Los demás se reunieron con él, experimentando un gran alivio. Lucy se sentó inmediatamente en el suelo, porque le dolían las rodillas además de los brazos. Jorge barrió los alrededores con el cono luminoso de su lámpara.

Se encontraban en un túnel bastante ancho. Paredes y techo eran de roca que despedía destellos cobrizos al herirle la luz. Del túnel principal arrancaban muchas galenas y corredores más pequeños.

—Haremos lo que dijimos —anunció Jorge—. Iremos por este túnel, que es una especie de camino principal de las minas.

Jack dirigió un chorro de luz por uno de los corredores pequeños.

—¡Mirad! —dijo—. Se ha hundido el techo por ahí. No podríamos bajar por ese camino aunque quisiéramos.

—¡Caramba! ¡Dios quiera que el techo de este túnel no se nos hunda encima a nosotros! —exclamó Lucy, alzando hacia él la mirada, con alarma.

En algunos sitios estaba apuntalado con postes y vigas; pero la mayor parte era de roca dura.

—Vamos... no corremos el menor peligro —dijo Jack, con impaciencia—. Oíd..., ¿verdad que es emocionante encontrarse a tantos metros debajo de la tierra, en una mina de cobre tan antigua como las montañas?

—Es raro que el aire aquí sea tan bueno, ¿eh? —murmuró Dolly, recordando el olor de la atmósfera en el pasadizo secreto de Craggy-Tops.

—Tiene que haber muy buena ventilación en estas minas —respondió Jorge, intentando recordar cómo funcionaba el sistema de ventilación de las minas carboníferas—. Ésa es una de las primeras cosas en que piensan los hombres cuando empiezan a explotar minas bajo tierra... cómo conseguir que corra aire fresco por las galerías que van abriendo... y cómo canalizar el agua que pudiera acabar inundando la mina.

—Detestaría tener que trabajar en una mina —dijo Lucy, estremeciéndose—. Jorge, ¿estamos debajo del mar ya?

—Aún no. Calculo que no hemos recorrido más de la mitad del camino. ¡Hola! Aquí hay un sitio muy trabajado. ¡Es toda una caverna!

El túnel desembocaba de pronto en una enorme caverna en la que se observaban

numerosas muestras de explotación. Aquí y allá, aún se veían en las rocosas paredes las señales de utensilios mineros. Jack corrió de pronto hacia un lado, y recogió lo que parecía la cabeza de un martillo pequeño.

—¡Mirad! —les dijo con orgullo a los otros—. Esto debe ser parte de una herramienta rota de las que usaron los antiguos mineros. Es de bronce... una aleación de cobre y estaño. ¡Troncho! ¡Cómo van a envidiármelo los compañeros de colegio!

Estas palabras impulsaron a los otros a buscar con avidez a su alrededor también, y Lucy hizo un descubrimiento que les interesó mucho a todos. No era un instrumento antiguo, de bronce, sino un trozo de lápiz, de un color amarillo brillante.

—¿Sabéis de quién es este lápiz? —exclamó la niña, brillando sus ojos verdes como los de un gato a la luz de las lámparas de bolsillo—. ¡De Bill Smugs! Le vi tomar con él notas el otro día. Estoy segura de que es el de Bill.

—Entonces, tiene que haber estado aquí y se le habrá caído accidentalmente —dijo Jorge, excitado—. ¡Troncho! ¡Así, pues, teníamos razón! No tiene nada de observador de pájaros. Vive en la costa con su automóvil y su barca porque es amigo de los hombres que trabajaban esta mina y les trae comida y todo lo que necesitan. ¡Qué pillo es! ¡Jamás nos dijo una palabra!

—Uno no va desembuchándose todo a cuantos niños encuentra —observó Dolly—. Vaya, vaya... ¡lo sorprendido que quedaría si supiese que conocíamos su secreto! ¿Si estará aquí abajo, ahora?

—Claro que no, boba —respondió Jorge, sin vacilar—. No estaba su embarcación en la playa. Y no hay ningún otro medio de llegar aquí más que en barco.

—Me había olvidado de eso —asintió Dolly—; Sea como fuere, ya no tengo miedo de encontrarme con los mineros sabiendo que son amigos de Bill. De todas formas, procuraremos que no se enteren de que estamos aquí si puede ser. Pudieran creer que uno no puede fiarse de los niños, y ponerse muy enfadados.

Examinaron detenidamente la caverna. Sostenían el techo gruesas vigas, rotas algunas ya, de suerte que empezaba el techo a hundirse. Unos cuantos escalones tallados en la roca viva conducían a una caverna superior; pero se había hundido la techumbre de ésta y no pudieron entrar en ella.

—¿Sabéis lo que yo creo? —exclamó Jack de pronto, deteniéndose para encararse con sus compañeras—. La luz que yo vi en el mar la otra noche «no era» la de un barco... procedía de esta isla. Los mineros hacían una señal para anunciar que se les había acabado las provisiones y que necesitaban más... y la luz del acantilado la encendió Bill para decirles que se presentaría con alimentos.

—Sí... pero la luz procedía del acantilado «nuestro», no del de Bill —objetó Jorge.

—Ya lo sé. Pero de sobra sabes que cualquier señal que partiera del lado de la caleta de la isla sólo podría verse desde la parte más alta del acantilado. Si alguien se

colocara en la colina del centro de la isla y encendiera una hoguera o agitara una lámpara muy potente, sólo podrían verle desde nuestro acantilado y no desde el de Bill. Conque Bill debió trasladarse a nuestro acantilado aquella noche para contestar a la señal.

—Creo que tienes razón —asintió Jorge—. Bill debió de andar errando por detrás de Craggy-Tops aquella noche... y tú viste su señal, y Jo-Jo también. ¡Ya no me extraña que Jo-Jo diga que andan por ahí «cosas» de noche, y que esté asustado de ellas! Debe de haber oído con frecuencia a Bill y visto sus señales sin saber lo que eran.

—Supongo que Bill cruzaría la isla en su barco tan pronto como pudo con provisiones —dijo Jack—, y se llevó el montón de latas. Así se explica su desaparición. ¡Qué Bill más astuto! ¡Qué secreto más lindo guarda! Y nosotros somos los únicos que lo conocemos.

—Me gustaría poder decirle que lo sabemos —dijo Lucy—. Y no veo por qué no hemos de hacerlo. Estoy segura de que preferiría estar enterado de que lo conocemos.

—Bueno... quizá pudiéramos dejar escapar algunas cosas que le hicieran adivinar que estamos al tanto —murmuró Jorge—. Entonces, si lo adivina, lo confesará, y charlaremos de las minas, y Bill nos contará toda clase de cosas emocionantes.

—Sí, eso es lo que haremos —asintió Jack—. Vamos... exploremos un poco más allá. Me parece conocer ya esta caverna de memoria.

El túnel torcía bruscamente hacia la izquierda al cabo de un rato, y a Jorge le dio un vuelco el corazón. Sabía, por el mapa, que cuando la galería torcía a la izquierda, se encontraban debajo del propio mar. Resultaba emocionante de verdad estar caminando por debajo del techo del océano.

—¿Qué es ese ruido tan raro? —preguntó Dolly.

Todos escucharon. Se percibía, allá a lo lejos, un curioso rumor lejano que no cesaba ni un instante.

—¿Mineros con maquinaria? —murmuró Jorge. Luego, de pronto, se le ocurrió su verdadero significado—. ¡No! ¡Es el mar que brama encima de nosotros!

Y así era. Los niños escucharon, parados, el lejano y amortiguado ruido. ¡Buuuuuu-hum! ¡Buuuuuu-hum! El mar. Moviéndose inquieto por su pétreo lecho, golpeando las rocas a su paso, hablando con su voz continua y rítmica.

—Es curioso encontrarse debajo del propio mar —murmuró Lucy, algo asustada. Se estremeció. ¡Era tan grande la oscuridad y tan singular el sonido!

—¿Verdad que hace mucho calor aquí abajo? —preguntó.

Los otros asintieron. Hacía calor, en efecto, en las antiguas minas de cobre.

Siguieron adelante, sin apartarse del túnel principal, huyendo de las numerosas galerías que partían de trecho en trecho como ramales y que, probablemente, conducirían a otros lugares de laboreo.

—Si nos apartamos de esta galería principal, nos perderemos —dijo Jorge.

Y Lucy soltó una exclamación. No se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que se extraviaran. ¡Cuan terrible era andar errando por kilómetros y kilómetros de túneles sin encontrar nunca el pozo de salida!

Llegaron a un recodo por el que un destello de luz parecía escaparse. Al doblarlo, se encontraron con una gruta iluminada por una potente lámpara. Se detuvieron, sorprendidos.

Y entonces llegó a sus oídos un ruido; un ruido raro, no el amortiguado bramar del océano, sino un sonido metálico que no reconocieron, seguido de un golpe fuerte, y luego el ruido metálico otra vez.

—Hemos descubierto dónde trabajan los mineros —dijo Jack, con excitado susurro—. Atrás un poco... Queremos verles..., pero..., ¡no nos interesa que ellos nos vean a nosotros!



## Capítulo XX

### Prisioneros bajo tierra

Los niños se apretujaron contra la pared, intentando ver qué había en la gruta delante de ellos, parpadeando ante la brillante luz.

Distinguieron cajones y cajas de embalaje; pero nada más. No había ningún hombre allí. Allá en la vecindad, no obstante, alguien trabajaba, haciendo el extraño sonido que percibían.

—Volvamos atrás —aconsejó Lucy, asustada.

—No. Pero, mirad... un corredor parte de aquí —susurró Jorge, iluminando un pasadizo oscuro con su lámpara—. Nos deslizaremos por él a ver si nos encontramos con los mineros trabajando por algún punto cercano.

Conque se deslizaron todos por aquel túnel. Cuando bajaron por él, bien pegados a las rocosas paredes, una piedra se desprendió del techo. Le dio tal susto a «Kiki», que lanzó un graznido y voló del hombro de Jack.

—¡Vuelve, «Kiki»! —llamó Jack, temiendo perderle.

Pero el loro no volvió a su percha. El niño retrocedió por el túnel en su busca, silbando como solía cuando deseaba hacerle venir a su lado. Los otros no se dieron cuenta de que ya no estaba con ellos, y continuaron túnel adelante, laboriosamente y despacio.



Y, de pronto, las cosas empezaron a suceder muy aprisa. Alguien subió rápidamente por el túnel, con una linterna en la mano, y la luz de ésta iluminó a los tres muchachos. Se aplastaron contra la pared, e intentaron no quedar deslumbrados por la claridad. El hombre que llevaba la linterna se detuvo, estupefacto.

—¡Vaya! —exclamó con voz profunda y bastante ronca—, que me ahorquen si no se lleva esto la palma.

Alzó bien alta la linterna para ver mejor a los muchachos. Luego gritó, por encima del hombro:

—¡Eh, Jake! ¡Ven a echar una mirada! Tengo aquí algo que te va a dejar boquiabierto.

Se acercó rápidamente otro hombre, alto y oscuro en las sombras. Soltó una exclamación al ver a los niños.

—¡Hombre! ¡Ésta sí que es buena! —dijo—. ¡Niños! ¿Cómo llegaron «éstos» aquí? ¿Son de verdad? O... ¿estoy soñando?

—Son niños, en efecto —dijo el primero.

Les dirigió a los tres la palabra, y su voz era áspera y dura.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Con quién estáis?

—Estamos solos —respondió Jorge.

El hombre rió ruidosamente.

—A mí, no —dijo—; a mí no hay quien me cuente un cuento como éste. ¿Quién os trajo aquí y para qué?

—Vinimos nosotros solos en un barco —anunció Lucy, indignada—. Conocemos la abertura entre las rocas y vinimos a ver la isla.

—¿Por qué bajasteis aquí? —exigió Jake, acercándose.

Ahora les fue posible a los niños ver cómo era, y no les gustó ni pizca su aspecto. Tenía tapado un ojo con un parche negro, y el otro les contemplaba con un brillo malévolos. Estaba tan apretada la boca, que casi parecía carecer de labios. Lucy se sobrecogió.

—Vamos, contestar; ¿por qué bajasteis aquí?

—Encontramos el agujero y bajamos a ver las ruinas —contestó Jorge—. No nos iremos de la lengua, no tengan miedo.

—¿Que no os iréis de la lengua? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, con brutalidad, Jake—. ¿Qué es lo que sabes, muchacho?

Nada dijo Jorge. En realidad, no sabía qué contestar. Jake le hizo una seña al primer hombre, que se colocó entonces detrás de los niños. Ahora ya no podían retroceder ni avanzar.

Lucy empezó a llorar. Jorge la rodeó con un brazo y se preguntó por primera vez dónde estaría Jack. Lucy miró a su alrededor también, buscándole. Se echó a llorar con mayor desconsuelo al no verle.

—Lucy —le susurró Jorge—, no les digas a estos hombres que Jack se ha escapado. Si nos hacen prisioneros, Jack podrá huir y buscar ayuda. Conque no digas una palabra de él.

—¿Qué estás susurrando? —preguntó Jake—. Escucha, niño, supongo que no querrás que les ocurra nada malo a tus hermanas, ¿verdad? Bueno, pues dinos lo que sabes, y quizá os dejemos marchar.

El tono del hombre alargó a Jorge. Por primera vez se le ocurrió pensar que pudiera haber peligro. Aquellos hombres eran feroces y no permitirían que tres niños compartieran sus secretos. ¿Y si los mantenían prisioneros bajo tierra... si los hacían pasar hambre... si los apaleaban? ¿Quién sabía lo que podía suceder? Jorge decidió decir algo de lo que adivinaba.

—Escuche —le dijo a Jake—, sabemos con quién trabajan ustedes, ¿sabe? Y es amigo nuestro. Se enfadará mucho si nos hacen ustedes daño.

—¿De veras? —respondió Jake, burlón—. Y ¿quién es ese maravilloso amigo vuestro?

—Bill Smugs —anunció Jorge, convencido de que todo quedaría arreglado con pronunciar su nombre.

—¿Bill Smugs? —exclamó el hombre con ironía—. ¿Y quién es «ese»? En mi vida le he oído mencionar siquiera.

—Tienen que haberlo oído por fuerza —dijo Jorge desesperado—. Les trae a ustedes provisiones y les hace señales. De sobra lo sabe. «Por fuerza» ha de conocer a Bill Smugs y a su barco «The Albatross».

Los dos hombres miraron atentamente a los niños. Luego hablaron rápidamente entre sí en un idioma extranjero. Parecían desconcertados.

—Bill Smugs no es amigo nuestro —dijo Jake, tras una pausa—. ¿Os dijo él que nos conocía?

—Oh, no. Sólo lo supusimos nosotros.

—Pues supusisteis mal. Vamos... os instalaremos cómodamente en alguna parte hasta que decidamos qué hacer con unos niños que meten la nariz en asuntos que nada tienen que ver con ellos.

Jorge comprendió que los iban a tener prisioneros en algún lugar subterráneo, y se alarmó y enfureció. Las niñas estaban asustadas. Dolly no lloró; pero Lucy, desconsolada por no tener a su hermano a su lado, sollozaba sin cesar.

Jake dio un empujón a Jorge para obligarle a caminar delante de él. Dirigió a los niños por un corredor estrecho que hacía ángulo recto con el túnel en que se encontraban. Había una puerta en el fondo de aquel corredor, y Jake descorrió el cerrojo. Empujó a los niños dentro de una pequeña cueva, que parecía un cuartito, puesto que tenía bancos y una mesa.

—Aquí estaréis seguros —les dijo, con una sonrisa horrible—. Completamente seguros. No os mataré de hambre, no os asustéis.

Dejó a los muchachos solos. Oyeron éstos cómo corrían el cerrojo, y el rumor de pasos que se alejaban. Lucy lloraba aún.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Jorge, intentando hablar alegremente—. No llores, Lucy.

—¿Por qué no conocían esos hombres a Bill Smugs? —inquirió Dolly, extrañada—. Sabemos que ha de traerles provisiones por fuerza, y que probablemente se llevará el cobre que saquen.

—Eso es fácil de adivinar —respondió Jorge, sombrío—. Apuesto a que Bill nos dio un nombre falso. Suena bastante raro, en realidad, Bill «Smugs»... nunca había oído un nombre así antes, ahora que lo pienso.

—¡Oh!, ¿crees que ése no es su verdadero nombre? —dijo Dolly—. Conque, claro, esos hombres no lo conocen. ¡Maldita sea! Si supiéramos cómo se llama de verdad, todo se arreglaría.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó Lucy—. No me gusta ser prisionera en una mina de cobre debajo del mar. Es horrible.

—Pero es una aventura emocionante, Lucy —dijo Jorge, intentando animarla.

—No me gustan las aventuras emocionantes cuando me encuentro yo, y muy asustada, de lleno en ellas —contestó la niña.

Tampoco le gustaba aquello gran cosa a los otros dos. Jorge pensó en Jack.

—¿Qué puede haberle sucedido? —murmuró—. Dios quiera que se encuentre sano y salvo. Podrá salvarnos a nosotros.

Pero, en aquellos momentos, Jack andaba muy lejos de hallarse seguro. Había vagado por el túnel buscando a «Kiki», torcido por otro corredor, encontrando al loro y dado la vuelta por deshacer lo andado... y se había perdido. No tenía ni la más remota idea de que los otros habían caído prisioneros. «Kiki» iba montado en su hombro, hablando solo en voz queda.

Era Jorge quien llevaba el mapa, no Jack. Conque, habiéndose extraviado, no tenía medios de descubrir cómo volver al túnel principal. Se metió por galería tras galería, halló algunas obstruidas, viéndose obligado a retroceder, y erró por la mina sin norte.

—«Kiki», nos hemos perdido —dijo.

Gritó vez tras vez, tan alto como pudo, y la voz repercutió por los desiertos pasadizos, contestando eco tras eco. «Kiki» aulló también, pero nadie les respondió.

Los niños encerrados en la cueva-celda guardaron silencio al cabo de un rato. No había nada que hacer, ni que decir. Lucy sepultó la cabeza entre los brazos, que apoyó en la mesa, y se quedó dormida, completamente agotada. Dolly y Jorge se echaron en los bancos e intentaron conciliar el sueño también; pero no lo consiguieron.

—Jorge, «tenemos» que escapar de aquí —dijo Dolly, con cierta desesperación.

—Eso es muy fácil decirlo —repuso el niño, con sarcasmo—; pero no tan fácil de hacer. ¿Cómo sugieres tú que escapemos de una cueva del fondo de una mina de cobre, debajo del mar, que tiene una puerta de madera muy fuerte cerrada con cerrojo por fuera? No seas tonta.

—Tengo una idea. Jorge —dijo Dolly, por fin.

El niño soltó un gruñido. Jamás le habían interesado las ideas de su hermana que, por regla general, eran un poco fantásticas y cogidas por los pelos.

—Escúchame, Jorge haz el favor —insistió la niña—. Es una idea muy buena.

—¿De qué se trata?

—Jake o el otro hombre vendrán aquí tarde o temprano a traernos comida —empezó Dolly—. Cuando se presente alguno, propongo que nos encuentre a todos boqueando, gimiendo y agarrándonos la cabeza.

—¿Para qué? —preguntó Jorge con asombro.

—Para hacerle creer que el aire está aquí viciado, que no podemos respirar, y que casi nos estamos muriendo. Entonces quizá nos deje salir al corredor a respirar un poco de aire fresco... y tú puedes dar un traspies, acercarte a él, y apagarle la linterna de un puntapié... y huiremos tan aprisa como podamos.

Jorge se incorporó y miró a su hermana con admiración.

—Me parece que, en efecto, has tenido una buena idea —anunció, y la niña se

puso la mar de hueca—. Sí que lo es. Tendremos que despertar a Lucy y decírselo. También ella ha de desempeñar su papel.

Conque despertaron a la otra y le explicaron el plan. A ella le pareció magnífico. Se puso a jadear, a gemir y a agarrarse la cabeza de una manera la mar de realística. Jorge hizo un gesto de asentimiento.

—¡Magnífico! —dijo—. Haremos eso mismo todos cuando oigamos acercarse a Jake o a su compañero. Y ahora, mientras aún disponemos de tiempo para ello, más vale que averigüe exactamente dónde nos encontramos con ayuda del mapa para saber en qué dirección hemos de ir después de apagarle la linterna a quien venga.

Extendió el mapa sobre la mesa y lo estudió.

—Sí —dijo por fin—. Ya veo dónde estamos. Ahí está la caverna grande que vimos toda iluminada... ¿veis? Y el corredor que parte de ella, donde nos apresaron... y éste es el pasillo por el que nos bajaron... y aquí está la cueva pequeña en que nos encontramos ahora. Escuchadme bien, muchachas: en cuanto le haya apagado la linterna de un puntapié a ese hombre, agarradme de la mano y no os apartéis de mí. Yo os llevaré por buen camino y encontraremos el pozo de nuevo. Entonces subiremos la escala, nos reuniremos con Jack donde se encuentre, y marcharemos al barco.

—Muy bien —contestó Dolly, con excitación.

Y, en aquel momento, oyeron pasos que se acercaban a la puerta de madera.

## Capítulo XXI

### La huida, pero... ¿y Jack?

Se descorrieron los cerrojos. Se abrió la puerta y apareció Jake, con un plato de galletas y una lata grande de sardinas. También depositó sobre la mesa una jarra de agua.

Luego miró con asombro a los tres niños. Jorge parecía estarse ahogando y rodó del banco al suelo. Dolly estaba haciendo los ruidos más extraordinarios y asiéndose con fuerza la cabeza. Lucy parecía a punto de arrojar, y exhalaba los gemidos más alarmantes que puedan imaginarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake.

—¡Aire! ¡Queremos aire! —jadeó Jorge—. ¡Nos estamos ahogando! ¡Aire! ¡Aire!

Dolly se cayó al suelo también, Jake la levantó y la empujó hacia la puerta, haciendo lo propio con los otros dos. Creyó que, en efecto, se hallaban medio asfixiados por haberse viciado el aire de la celda.

Jorge aguardó el momento propicio, y se tambaleó hacia el hombre, como si no pudiera tenerse derecho. Al acercarse a él, alzó la pierna, dio un puntapié a la linterna y la tiró al suelo. Se oyó un ruido de vidrio y un grito de Jake, y se apagó la luz.

El niño buscó la mano de las asustadas niñas y las empujó apresuradamente delante suyo hacia un corredor de la izquierda.

Jake, al encontrarse a oscuras, empezó a tantear a su alrededor, llamando a gritos a su compañero.



—¡Olly! ¡Eh, Olly! ¡Trae una linterna! ¡Aprisa! ¡Esos malditos chicos me han engañado! ¡Eh, «Olly»!

Jorge, haciendo esfuerzos por no perder la orientación, obligó a caminar aprisa a las niñas. Les latía el corazón con violencia y Lucy sentía ahora en verdad como si fuera a ahogarse. No tardaron en quedar bien atrás los gritos de Jake. Se encontraban, por fin, en el túnel principal por el que bajaron horas antes. El niño estaba usando ya su lámpara de bolsillo y resultaba agradable ver el chorro de brillante luz.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Nos hallamos sobre la ruta!

Se detuvo a escuchar. No oyó nada más que el bramido del mar por encima de ellos. Examinó su vecindad con ayuda de la lámpara. Sí; iban bien.

—¿Podemos descansar un poquito? —jadeó Lucy.

—No —les respondió Jorge—. Esos hombres se pondrán a perseguirnos casi inmediatamente... tan pronto como recojan otra linterna. Adivinarán que nos dirigimos al pozo de salida. Vamos... No hay tiempo que perder.

Los niños reanudaron a toda prisa la marcha; pero, al cabo de unos momentos, y con gran susto suyo, oyeron gritos tras ellos. Eso significaba no sólo que los hombres les seguían ya, sino que les estaban alcanzando. Lucy se sintió tan alarmada que



apenas pudo correr.

Llegaron, por fin, al pozo. Era tan profundo, que no podían ver la boca superior.

—Andando —exclamó el niño, con ansiedad—. Tú primero, Lucy. Ve tan aprisa como puedas.

Lucy inició el ascenso. Dolly la siguió. El niño fue el último. Oía las voces de los hombres con mayor claridad ya. Y luego, de pronto, se apagaron y no volvió a oírlos más. ¿Qué ha sucedido?

Algo extraordinario. «Kiki», oyendo tumulto en la lejanía, se había excitado y daba gritos. Jack y él seguían errando, completamente perdidos en el laberinto de corredores y galerías. El fino oído del loro oyó a los hombres y se puso a chillar y dar alaridos.

—¡Límpiate los pies! ¡Cierra la puerta! ¡Eh, eh, Polly! ¡Pon el agua a calentar!

Los hombres oyeron los gritos y creyeron que los daban los niños.

—Se han perdido —dijo Jake, deteniéndose—. No saben cómo llegar al pozo. Están desorientados y piden auxilio.

—Que griten —respondió agriamente Olly—. Jamás encontrarán el camino del pozo. Ya te lo dije yo. Deja que se pierdan y mueran de hambre.

—No —respondió Jake—; no podemos hacer eso. No nos interesa tener que explicar la presencia de niños medio muertos de hambre a los que vengan en su busca. Más vale que vayamos a atraparles. Iban en esa dirección.

Se desviaron del túnel principal, con la intención de buscar a los niños en el punto de donde habían partido los gritos. La voz de «Kiki» volvió a sonar:

—¡Límpiate los pies, idiota, límpiate los pies!

Las palabras llenaron de asombro a los dos mineros. Echaron a andar hacia la voz. Pero Jack y «Kiki» se metieron por un corredor que lo pasaron de largo los otros. El loro guardó silencio, y los perseguidores hicieron una pausa.

—Ya no se les oye —murmuró Jake—. Más vale que vayamos al pozo. Quizá hayan encontrado el camino allí después de todo. No podemos permitirnos el lujo de dejarles escapar hasta que hayamos decidido qué hacer.

Conque retrocedieron hacia el pozo y alzaron la mirada. Una lluvia de piedrecitas les cayó encima despedidas por los que huían.

—¡Demonios! ¡Los niños sí que están allá arriba después de todo! —exclamó Jake, empezando a subir la escalera de mano.

Los muchachos casi habían llegado a la parte superior. A Lucy le parecía como si sus manos y piernas fueran incapaces ya de ayudarla a subir otro travesaño; pero aguantaron no obstante y, por fin, la cansada niña llegó arriba, salió y se dejó caer en el suelo, exhausta. Dolly salió a continuación, y se sentó con un prolongado suspiro. Luego, Jorge fatigado también, pero decidido a no reposar un instante.

—Estoy seguro de que los hombres esos subirán la escala en persecución nuestra

—bufó—. No tenemos un minuto que perder. Vamos, muchachas, es preciso que lleguemos a la embarcación y nos hagamos a la mar antes de que nos detenga nadie.

Empezaba a oscurecer. ¡Cuánto tiempo debían de haber pasado bajo tierra! Jorge levantó a las niñas y echaron a andar todos hacia la playa. El barco, por su buena fortuna, seguía allí.

—No quiero marcharme sin Jack —dijo Lucy, testaruda, llena de ansiedad por su querido hermano. Pero Jorge la metió en la embarcación.

—No hay que perder tiempo —dijo—. Vamos. Le mandaremos ayuda a Jack en cuanto podamos. Tampoco yo puedo soportar la idea de dejarle atrás; pero he de conducirlos a vosotras a lugar seguro.

Dolly tomó un par de remos, y Jorge el otro, bogando ambos en dirección al anillo de rocas contra las que se estrellaron con estrépito las olas. El niño sentía ansiedad. Una cosa era pasar por la abertura cuando veía por dónde iba, y otra hacerlo casi en la oscuridad.

Oyó gritos, pero estaban ya demasiado lejos de la costa para ver a los hombres. Jake y Olly habían salido del pozo, y corrido hacia la playa, y estaban buscando un barco. Pero no había ninguno. Estaba subiendo la marea, y ni siquiera quedaba una señal en la arena que indicara dónde había descansado la embarcación. En realidad, casi la habían encontrado a flote los niños al llegar, y suerte habían tenido con que no se la hubiera llevado las aguas a la deriva.

—Aquí no hay ningún barco —hipó Olly—. ¿Cómo llegaron esos chicos? Es extraño. «Tienen» que haber escapado en barco. No pueden estar aún bajo tierra. Más vale que hagamos una señal esta noche para que venga alguien aquí. Hemos de avisar que unos niños nos han encontrado en las galerías.



Volvieron al pozo y descendieron de nuevo, sin saber que uno de los niños aún andaba errando por la mina. El pobre Jack seguía vagando por un laberinto de túneles, todos los cuales le parecían exactamente iguales.

Entretanto, Jorge, Lucy y Dolly habían tenido la suerte de dar con la abertura entre las rocas. En realidad debían su fortuna a que Lucy tenía un oído muy fino. Ésta, que escuchaba el ruido de las olas al pasar por encima de las peñas, notó que en

un punto parecía amortiguado.

—Ahí es donde debe de estar la abertura —pensó—. El ruido muere un poco por ese lugar.

Conque, sentada al timón, procuró guiar la embarcación hacia donde ella creía que estaba el paso, y tuvo la suerte de dar con él. El barco se deslizó por la abertura, raspando otra vez la quilla sobre la roca sumergida. Luego salió a mar abierta.

Jamás supo con exactitud Jorge cómo se las arregló para izar la vela en la oscuridad y poner proa a la costa. Estaba desesperado. Era preciso llevar a las niñas a lugar seguro a toda prisa; conque puso manos a la obra con gran valor. Cuando llegó por fin, al atracadero al pie del acantilado, no pudo saltar del barco. Las rodillas le cedieron de pronto, y no pudo caminar.

—Tendré que esperar un minuto o dos —le dijo a Dolly—. Se me han puesto tiesas las piernas. En seguida me repondré.

—Has sido la mar de hábil —dijo Dolly.

Y viniendo de ella, aquellas palabras ya significaban mucho.

Amarraron el bote por fin, y se dirigieron a la casa. Tía Polly les salió al encuentro, muy alarmada.

—¿Dónde habéis estado? He estado la mar de angustiada por vosotros. Casi me he trastornado la cabeza de ansiedad. Me siento rara de verdad.

Parecía muy pálida y enferma. No había hecho más que pronunciar estas palabras, cuando se tambaleó un poco. Jorge dio un salto hacia ella y la cogió cuando caía.

—Pobre tía Polly —dijo, metiéndola en casa con toda la dulzura que pudo, y echándola en el sofá—. No sabes cuánto sentimos haberte dado un disgusto. Te traeré un poco de agua... No: tráela tú, Dolly.

No tardó tía Polly en asegurar que se sentía mejor; pero era evidente que se encontraba enferma.

—Jamás pudo aguantar disgustos de esta clase —le dijo Dolly a Lucy—. Una vez, cuando Jorge estuvo a punto de caerse por el acantilado, estuvo enferma la mar de días. Parece atacarla al corazón. La llevaré a la cama.

—No digas una palabra de que falta Jack —le advirtió Jorge a Dolly en voz baja—. Eso sí que le provocaría un ataque cardíaco.

Dolly subió la escalera con su tía, sosteniéndola tan firmemente como le fue posible. Jorge fue a buscar a Jo-Jo. Aún no estaba de vuelta. ¡Menos mal! Así no habría echado de menos el bote. Contempló el pálido rostro de Lucy, los ojos cansados, el gesto de angustia. La compadeció.

—¿Qué vamos a hacer de lo de Jack? —inquirió la niña, tragándose el nudo que tenía en la garganta—. Tenemos que rescatarle, Jorge.

—Lo sé... Bueno, no podemos decírselo a tía Polly... y tío Jocelyn no serviría para nada... y seríamos unos idiotas si se lo dijéramos a Jo-Jo. Conque no queda

nadie como no sea Bill.

—Pero..., dijiste que más vale no decirle a Bill que conocíamos su secreto.

—Ya lo sé. Pero no tenemos más remedio, ahora que se ha quedado Jack solo en la isla. Bill tendrá que ir a decirles a esos amigos tan feroces que tiene, que Jack es un ^ amigo, y le encontrará y le traerá sano y salvo. Conque no te pongas así, Lucy.

—¿Vas a decírselo ahora, sin perder momento? —inquirió Lucy, lacrimosa.

—Iré en cuanto haya comido algo —contestó el niño, sintiendo de pronto tan gran apetito, que se hubiese comido un pan entero, una libra de mantequilla y un tarro de mermelada. O esa impresión tuvo, por lo menos—. Más vale que comas tú algo también, Lucy... Estás pálida como un sudario. ¡Anímate! Jack volverá a estar pronto con nosotros, y todos estaremos riendo y charlando hasta por los codos.

Dolly bajó entonces, y se puso a preparar algo de comida. Todos tenían mucha gana, hasta la propia Lucy. Dolly estuvo de acuerdo en que lo único que podían hacer era avisar a Bill Smugs para que fuese a salvar a Jack antes que los hombres le encontraran.

—Estarán tan furiosos de que nos hayamos escapado nosotros —observó Dolly—, que a lo mejor las pagan con Jack.

Se arrepintió inmediatamente de haber dicho aquello, porque el rostro de Lucy reflejó un susto mortal.

—Por favor, ve. Jorge —suplicó la niña—. Ve ahora. Si no vas tú, iré yo.

—No seas boba —respondió Jorge, poniéndose en pie—. Tú no puedes cruzar el acantilado en una noche oscura. Te despeñarías. Bueno, ¡hasta luego!

Se marchó ascendiendo el pendiente sendero hacia la cima del acantilado. Luego emprendió el camino hacia la choza de Bill. A lo lejos vio los faros del coche de Jo-Jo, que regresaba de Craggy-Tops, y oyó el zumbido del motor. Apretó el paso para no ser descubierto.

—¡Lo sorprendido que va a quedar Bill cuando me vea! —pensó—. Se preguntará quién puede ser el que llama a su puerta a medianoche.

Pero ¡ay!, cuando llegó el muchacho, Bill no se encontraba en el lugar que le servía de cobijo. El chasco no pudo ser más grande.

«¿Qué iba a hacer ahora?», se preguntó Jorge.

## Capítulo XXII

### Una charla con Bill

El niño se sintió invadido por el desaliento. No se le había ocurrido pensar ni por un instante en la posibilidad de que Bill se hallara ausente. ¡Qué terrible! Se sentó en un taburete e intentó pensar. Pero estaba cansado y el cerebro se negaba a coordinar.

—¿Qué haré ahora? ¿Qué haré ahora? —se preguntó, sin parecer capaz de pensar en otra cosa—. ¿Qué haré ahora?

Reinaba la oscuridad en la cabaña. Jorge continuaba sentado en el taburete, con las manos caídas, exangües, entre las piernas. De pronto se dio cuenta de algo en el fondo del cuarto, y se volvió para ver de qué se trataba. Con gran asombro suyo, observó una luz roja que brillaba con viveza. Luego desapareció para aparecer de nuevo y desaparecer otra vez. Continuó haciendo lo mismo durante unos minutos mientras Jorge intentaba entender qué era y por qué parecía estar haciendo señales. Por fin se puso en pie y se acercó a la luz.

Procedía de una bombilla pequeña instalada junto al aparato de radio. Cuando tocó uno de ellos, sonó música. Cuando tocó otro, se oyó algo en morse. Luego, por casualidad, vio detrás del aparato de radio un receptor telefónico pequeño, más diminuto que cuantos viera hasta entonces.

Lo tomó, y oyó inmediatamente el chasquido de una voz en el auricular. Se lo acercó al oído.

—Y2 al habla —dijo la voz—. Y2; Y2 al habla.

Jorge escuchó, asombrado. Decidió contestar.



—¡Hola! ¿Quién es usted?

Hubo un momento de silencio. Era evidente que Y2, fuera éste quien fuese, se había llevado una sorpresa. Una voz cautelosa preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Un niño que se llama Jorge Mannering —respondió—. Vine en busca de Bill Smugs, pero no está aquí.

—¿Quién ha dicho? —inquirió la voz.

—Bill Smugs. Pero no está aquí —replicó el niño—. Oiga, ¿quién es usted? ¿Quiere dejar un mensaje para Bill? Supongo que volverá tarde o temprano.

—¿Cuánto rato hace que se fue?

—No lo sé. Aguarde..., oigo a alguien. Creo que viene ahora.

El niño soltó el minúsculo teléfono con alegría. Había oído pasos y un silbar amortiguado. Tenía que ser Bill.

Él era. Entró con la lámpara de bolsillo encendida y quedó tan sorprendido al ver a Jorge, que paró en seco, sin decir una palabra.

—¡Oh, Bill! —exclamó con satisfacción el niño—. ¡No sabe cuánto me alegro de que haya venido! ¡Pronto! Alguien le llama por teléfono. Dice que es Y2.

—¿Le hablaste? —preguntó Bill, con dejo de asombro.

Tomó el auricular.

—¿Y2? L4 al habla.

Era evidente que la voz le preguntaba quién era Jorge.

—Un niño que vive por estos alrededores —dijo Bill—. ¿Qué noticias hay?

A continuación, las únicas palabras que pronunció Bill fueron las siguientes:

—Sí. Naturalmente. Ya avisaré. Gracias. No, nada aún. Adiós.

Se volvió hacia Jorge cuando terminó de hablar.

—Escucha, hijo mío —dijo—; hazme el favor de tener presente que, si vienes de visita aquí no hallándome yo en casa, debes abstenerte por completo de tocar mis cosas y de inmiscuirte en mis asuntos.

Nunca había hablado Bill con tanta severidad antes y a Jorge se le fue el alma a los pies. ¿Qué diría Bill cuando supiese que habían adivinado su secreto? Pensaría que habían estado metiéndose en sus asuntos más que nunca.

—Perdone, Bill —dijo, con embarazo—. No tenía la intención de meterme en nada.

—¿Por qué has venido a estas horas de la noche?

—Bill... ¿es suyo este lápiz? —inquirió el niño, sacándoselo del bolsillo.

Confió en que cuando Bill lo viese, recordaría que se lo había dejado caer en las minas de cobre y adivinaría, sin que tuviese él que decir nada más, que los niños conocían su secreto. Bill contempló el trozo de lápiz amarillo.

—Sí, es mío —repuso—. Pero tú no viniste aquí de noche a devolverme un lápiz. ¿A qué obedece tu visita?

—Oh, Bill, no se enfade usted tanto —dijo el pobre Jorge—. Es que..., ¿sabe?... conocemos su secreto. Sabemos lo que está usted haciendo aquí. Sabemos por qué va a la isla... Lo sabemos todo.

Bill le escuchó como si no pudiera dar crédito a lo que estaba oyendo. Miró a Jorge estupefacto. Se le contrajeron las pupilas y comprimió los labios. Durante unos segundos, su aspecto resultó aterrador.

—Vas a contarme exactamente lo que quieres decir con todo eso —anunció, con voz horrible—. ¿Cuál es mi secreto? ¿Qué es ese «todo» que sabéis?

—Pues —contestó Jorge, con desesperación— que sabemos que usted y sus amigos intentan explotar las minas de cobre otra vez... y sabemos que está usted aquí, con su coche y su barco, para llevarles provisiones... y para llevarse el cobre que encuentren. Sabemos que ha estado usted en las minas visitando a los hombres que hay allí. Sabemos que nos ha dado usted un nombre falso. Pero, de veras, Bill, no soñaríamos siquiera con delatarle... ¡Ojalá encuentre usted mucho cobre!

Bill le escuchó, contraídas las pupilas aún; pero, a medida que habló Jorge, volvió a bailar en ellas la risa, y su boca se convirtió de nuevo en la de Bill.

—Vaya, vaya, vaya..., conque sabéis todo eso. Y..., ¿qué más sabéis? ¿Cómo fuisteis «vosotros» a la isla? Confío que no sería en mi barco.

—¡Oh, no! —respondió Jorge con alivio, al ver a Bill amistoso otra vez— Nos llevamos el de Jo-Jo aprovechando su ausencia. Y bajamos a las minas, también..., allí fue donde encontramos su lápiz. Pero no nos gustan los amigos que tiene usted allí, Bill. Nos hicieron prisioneros... Son horribles. Y cuando les dijimos el nombre

de usted y que éramos amigos suyos, nos contestaron que no lo conocían y se negaron a ponernos en libertad.

—¿Les dijisteis que conocíais a Bill Smugs?

Jorge movió afirmativamente la cabeza.

—¿Qué hombres visteis? —inquirió Bill.

Se había tornado incisivo su tono de nuevo. Soltando las preguntas de una manera capaz de asustar al más pintado.

—Dos..., uno que se llamaba Jake, y el otro Olly —contestó el niño.

Bill lo anotó en una libreta.

—¿Qué aspecto tenían? —inquirió, con voz cortante.

—Pues..., pero debe usted conocerles —exclamó Jorge, asombrado—. Sea como fuere, no podía ver mucho en realidad... o estábamos a oscuras, o la luz me deslumbraba. Sólo me di cuenta de que Jake era alto y moreno, con un parche encima de un ojo. Pero usted debe saber el aspecto que tienen, Bill.

—¿Visteis a alguna otra persona o cosa?

—No —contestó el niño, haciendo un gesto negativo—. Oímos trabajar a otros mineros, sin embargo..., un ruido metálico enorme, y como golpes, ¿sabe? Deben haber encontrado alguna parte de la mina en que aún hay cobre en abundancia. Bill, ¿encuentran mucho mineral? ¿Habría bastante para hacerle rico?

—Escucha —le interrumpió bruscamente el otro—, tú no viniste aquí esta noche para decirme todo eso. ¿A «qué» has venido?

—Vine a decirle que aunque Dolly, Lucy y yo conseguimos burlar a Jake y escapar..., tuvimos que dejar a Jack atrás... con «Kiki» —contestó el niño—; y estamos angustiados por él. Porque podría quedarse perdido para siempre en esas galerías debajo del mar... o pudieran encontrarle esos amigos suyos... y maltratarle por lo furiosos que están de que les engañásemos.

—¡Jack aún está allí... en la isla... en las minas! —exclamó Bill, con gesto de horror—. ¡Dios Santo! ¡Eso es serio! ¿Por qué no me lo dijiste desde el primer instante? ¡Caramba, me parece que lo vais a echar todo a perder!

Tenía expresión de ira y de disgusto. Se acercó a su radio, maniobró con los botones y luego, con gran sorpresa del muchacho, empezó a hablar en tono incisivo y corto, empleando un idioma que desconocía el niño.

«Es transmisor a la par que receptor —pensó Jorge—. Todo esto es muy misterioso. ¿Con quién está hablando Bill ahora? ¿Tienen todos un Jefe que dirige el asunto de las minas? Supongo que es cosa de muchísimo dinero. ¡Troncho! ¡Dios quiera que no les hayamos echado a perder algo de verdad! ¿Qué quiere decir, Bill? ¿Cómo podemos haberlo echado a perder? No tiene más que marchar a la isla, a ver a sus amigos, decirles que pongan a Jack en libertad, y asunto concluido. Debía saber que nosotros no le delataremos».



Bill se volvió.

—Hemos de tomar el barco en seguida —dijo—. Vamos.

Bajaron al lugar en que tenía la embarcación, iluminando el camino con sus lámparas de bolsillo. Bill empezó a empujarla hacia el agua en cuanto llegaron. Y luego, de pronto, dio tal grito, que a Jorge le pareció como si fuera a saltársele el corazón por la garganta.

—¿Quién ha hecho eso?



Iluminó el interior del barco con la lámpara y Jorge vio, con desaliento y temor, que alguien había descargado fuertes golpes de hacha contra el fondo de la nave, golpes tan duros, que habían abierto boquetes por los que el agua se estaba filtrando en aquellos instantes.

Bill volvió a arrastrarle a tierra, muy duro el rostro.

—¿Sabes tú algo de esto? —le preguntó a Jorge.

—¡Claro que no! ¡Troncho! ¿Quién lo ha hecho, Bill? Esto es terrible.

—El barco no sirve para nada hasta que se le repare. Pero tenemos que ir a la Isla Lóbrega de una manera o de otra. Tendremos que usar la embarcación de Jo-Jo. Pero ten bien en cuenta que no debe él enterarse de una palabra. Se sabe demasiado de todo ya... y anda demasiada gente husmeando para mi gusto.

Cruzaron el acantilado aprisa. El pobre Jorge estaba tan cansado que apenas podía seguir a Bill. Llegaron a Craggy-Tops, bajaron por el sendero del farallón y se dirigieron al lugar en que solía tener el negro anclado su barco.

Grande fue su sorpresa y su consternación no obstante, al descubrir que no se hallaba en el lugar acostumbrado.

La embarcación de Jo-Jo había desaparecido sin dejar rastro.

## Capítulo XXIII

### Otro pasadizo secreto

Lucy y su amiga intentaron coser un poco después de marcharse Jorge. Pero a la primera le temblaba tanto la mano, que no hacía más que pincharse el dedo.

—Más vale que vaya a decirle a ti Jocelyn que tía Polly no se encuentra bien y se ha metido en la cama —dijo Dolly al cabo de un rato—. Ven conmigo, Lucy.

Marcharon las dos niñas al despacho y llamaron a la puerta. El anciano hizo un gesto de asentimiento cuando dieron la noticia, sin darse cuenta apenas de lo que le decían.

—Tío Jocelyn —preguntó la niña—, ¿tienes más mapas de la Isla Lóbrega? ¿O algún libro que hable de ella?

—¡No! —respondió el otro—. Aunque..., aguarda..., sí que creo que hay un libro que trata de Craggy-Tops. ¿Sabéis que en esta casa se celebraban muchas reuniones ilegales y ocurrían muchas cosas secretas hace doscientos o trescientos años? Hasta creo que había un pasadizo secreto que conducía a ella desde la playa.

—Sí que lo hay —anunció Dolly—. Lo conocemos.

El tío se puso la mar de excitado. La obligó a que le contara todo lo que del pasadizo sabía.

—¡Caramba! —dijo—, creí que se había hundido hace tiempo. Pero esos pasadizos tallados en la roca viva duran años y años. Sin embargo, supongo que el que pasa por debajo del mar hasta la Isla Lóbrega debe haberse inundado hace años.

Las dos niñas miraron al viejo con asombro. Dolly recobró el uso de la voz por fin.

—Tío Jocelyn, ¿quieres decir con eso que hay «otro» pasadizo secreto aquí..., que va por debajo del agua hasta la isla? Pero ¡si está la mar de lejos!

—¡Se aseguraba que lo había! —respondió el tío—. Algo se dice de él en el libro. Bueno..., ¿dónde rayos lo he metido?

Las niñas aguardaron con la mayor impaciencia mientras buscaba el libro. Lo encontró por fin, y Dolly casi se lo arrancó de la mano.

—Gracias, tío —dijo.

Y antes de que pudiera prohibirle sacarlo del despacho, Lucy y ella corrieron a la puerta y se dirigieron a la sala tan aprisa como pudieron. «Otro pasadizo»... ¡esta vez a la propia isla! ¡Qué emoción! ¿No estaría equivocado tío Jocelyn?

—Es muy probable que sea verdad, sin embargo —dijo Dolly, excitada—. Sé que toda esta costa está acribillada de cavernas y pasadizos..., es famosa por eso. Algunos destruidos, claro. Supongo que el pasadizo va a comunicar con las galerías

de la mina que se extiende por debajo del mar. Sabemos que hay kilómetros y kilómetros de ellas.

Abrieron el curioso libro.

No podían leer lo impreso, en parte porque estaba tan borroso como consecuencia del tiempo transcurrido, y en parte porque las letras tenían una forma distinta a las que ellas conocían. Pasaron página tras página, buscando mapas o ilustraciones.

El libro era, al parecer, la historia de Craggy-Tops, que tenía muchos siglos de existencia. En tiempos antiguos debió de ser casi un castillo, firmemente construido sobre la roca del acantilado, protegido detrás por éste, y por el mar delante. Ahora, claro, se hallaba medio en ruinas, y la familia vivía en los pocos cuartos que aún estaban en condiciones de habitabilidad.

—Mira —dijo Dolly, señalando un mapa raro—, así era Craggy-Tops antiguamente. ¡Qué sitio más hermoso! ¡Fíjate en los torreones! Y..., ¡qué fachada más grandiosa tenía!

Siguieron pasando páginas. Llegaron a una en la que aparecía una especie de diagrama. Las niñas lo estudiaron atentamente. De pronto Lucy exhaló una exclamación.

—¡Ya sé lo que es esto! —dijo—; el pasadizo secreto que va desde el sótano a la playa, ¿no?

En efecto, lo era. No cabía la menor duda de ello. Las muchachas estaban muy excitadas. Quizá se viera el otro pasadizo en el libro también.

Había otros dos o tres planos más, algunos de ellos tan borrosos, que resultaba imposible ver lo que querían representar. Dolly exhaló un suspiro.

—Ojalá pudiera leer esta letra. Si supiese, quizá descubriera si alguno de estos planos es el del otro pasadizo..., el que conduce a la isla. ¡Qué emocionante si lo descubriéramos! ¿Qué dirán los niños cuando les digamos que existe un camino hasta la isla por debajo del propio mar?

Aquello te hizo pensar a Lucy en Jack, y se le nubló el semblante. ¿Dónde estaba Jack? ¿Había conseguido Jorge que Bill Smugs marchara en su barco a rescatarle? ¿Se hallarían en aquellos momentos camino de regreso acompañados de Jack?

Cuando pensaba en esto, oyó la voz de Jorge en el corredor, a la puerta de la sala. Se puso en pie de un salto, llena de alegría. ¿Habrían traído a Jack ya? ¡Con cuánta rapidez lo habían conseguido! Corrió a la puerta, henchido el corazón de esperanza.

Pero fuera sólo encontró a Bill y a Jorge, no a Jack. Lucy los llamó.

—¿Dónde está Jack? ¿No le habéis salvado? ¿Dónde está?

—Alguien le ha roto el barco a Bill —contestó Jorge, entrando en el cuarto—; conque vinimos en busca del de Jo-Jo. Pero ha desaparecido también. Supongo que Jo-Jo ha ido a pescar de noche, como hace otras veces. Conque no sabemos qué hacer.

Las niñas los miraron chasqueadas, ¿no había barco..., no había medio de rescatar a Jack? A Lucy se le llenaron de lágrimas los ojos al pensar en su hermano, perdido en aquellas cuevas oscuras e interminables, con aquellos hombres feroces prestos a capturarlo y encerrarlo. Se alegró, por lo menos, de que tuviera a «Kiki» consigo.

—¡Oh, Jorge! —exclamó Dolly, acordándose de pronto—. ¿Sabes lo que nos dijo tío Jocelyn esta noche? ¡Que había antiguamente un camino por debajo del mar hasta las minas de cobre de la isla! Conocía la existencia del otro pasadizo, pero no sabía que estuviera en condiciones de ser empleado. Quedó sorprendido. Oh, Jorge, ¿crees tú que puede haberse hundido o estar inundado? ¡Oh! ¡Ojalá pudiéramos encontrarlo!

Bill dio muestras de interés. Tomó el libro que llevaba Dolly en la mano.

—¿Trata este libro del antiguo edificio?

La niña asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí; está en él nuestro propio pasadizo secreto..., el que descubrimos nosotros... y supongo que el otro estará también, sólo que no entendemos los mapas antiguos ni la letra de imprenta esa.

—Pues yo sí la entiendo —anunció Bill.

Y se enfrascó en la lectura del tomo, volviendo las páginas muy despacio, saltándose alguna de vez en cuando, buscando detalles del camino a la Isla Lóbrega.

Empezó a dar muestras de excitación de pronto y pasó una o dos páginas muy aprisa. Escudriñó cuidadosamente un mapa y luego otro. Luego hizo una pregunta muy extraña.

—¿Qué profundidad tiene vuestro pozo aquí?

—¿El pozo? —exclamó Jorge con asombro—. ¡Ooooh!... una profundidad muy grande..., tanta como el pozo de la isla, creo yo. Se hunde por debajo del nivel del mar, desde luego, porque no tiene el agua ni rastro de gusto de sal.

—¡Mirad! —clamó Bill, y deletreó unas cuantas palabras del libro, para que las comprendieran con claridad los niños. Luego indicó un mapa—. ¿Veis? La entrada al pasadizo que conduce a la isla se encuentra en el fondo de vuestro pozo. Es evidente que se me hubiera ocurrido pensar en esa posibilidad de haberme parado a reflexionar. Porque, para pasar por debajo del fondo del mar, la entrada tenía que estar por debajo del nivel del mar también. Y no hay más que un sitio que reúna esas condiciones aquí: el pozo, naturalmente.

—¡Troncho! —exclamaron los niños a coro.

¡El pozo! No habían pensado en eso. ¡Cuan extraordinario!

—Pero hay agua en el fondo del pozo —dijo Jorge—. No podemos caminar por dentro del agua.

—No..., mirad —atajó Bill Smugs, señalando el mapa—, la entrada al pasadizo se encuentra por encima del nivel del agua del pozo. ¿Lo veis? Éstos deben ser

escalones, creo yo, tallados en una abertura del pozo, y que conducen hacia arriba durante un trecho corto, y luego a través de un pasadizo en la propia roca... Seguramente se trata de una hendidura natural como las que abundan en esta costa. Alguien la descubrió, lo siguió y, con ayuda de algunos picos o barrenos, lo convirtió en un corredor transitable.

—Comprendo —dijo excitado Jorge—. Supongo que cuando hicieron el pozo para obtener agua, alguien descubriría el agujero en el fondo, lo exploraría y, al darse cuenta de que se trataba de una especie de pasadizo natural, lo siguió como usted dice y lo dejó en condiciones. Bill..., ¿podríamos bajar a investigar?

—No ahora en plena noche —contestó sin vacilar Bill—. Ya habéis corrido todas aventuras suficientes para un solo día. Es preciso que nos acostemos.

—Pero, pero ¿y Jack? —inquirió Lucy, llenos de ansiedad los verdes ojos.

—No podemos hacer nada por él esta noche —anunció Bill, bondadosamente, pero con firmeza—. Sea como fuere, si le han cogido, le han cogido, y, si no le han cogido, podremos ayudarle mañana. Pero no vamos a bajar a pozos metidos en cubos a las tantas de la noche, y no hay más que hablar. Jorge, dormiré contigo en el cuarto del torreón esta noche.

El niño se alegró. No quería dormir solo aquella noche. A las niñas las mandaron a la cama a pesar de sus protestas de que no estaban cansadas, y el niño y Bill subieron por la escalera de caracol a la extraña habitación. Jorge le enseñó a su compañero la ventana desde la que podían ver la isla a veces.

Luego se sentó en la cama para quitarse los zapatos. Pero estaba tan cansado, que hasta la tarea de deshacerse los cordones fue superior a sus fuerzas. Rodó sobre el lecho, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido sin haberse desnudado. Bill le miró con una sonrisa. Le tapó con una cubierta, y fue a sentarse junto a la ventana a pensar. Encendió un cigarrillo y permaneció un rato allí.

Al día siguiente verían si aún existía un camino desde Craggy-Tops a la isla o no. Bill sentíase completamente seguro de que habría dejado de existir. Ciertamente el otro pasadizo seguía usable, pero era muy corto comparado con el de la isla, y no había tenido que soportar los ataques del mar durante años y años. La menor rendija, la menor filtración, y el pasadizo habría quedado inundado en muy pocas semanas. Y no habría forma humana de pasar por él.

Bill se acostó por fin, tumbándose junto al niño, y se durmió en seguida.

Le despertó Jorge, zarandeándole.

—¡Bill! ¡Es de día! Desayunemos e intentemos encontrar el pasadizo. ¡Dése prisa!

Pronto estuvieron abajo. Las niñas estaban levantadas ya, y freían tocino y huevos para el desayuno.

—¿Dónde esté Jo-Jo? —preguntó Jorge, con sorpresa.

—Aún no ha vuelto de pesca —contestó Dolly, sacando un huevo frito de la sartén, con habilidad—. Tome, Bill. Ahora te haré un huevo a ti. Jorge. Menos mal que Jo-Jo no ha regresado. Estaría preguntándose qué hacía Bill aquí. Lo encontraría la mar de sospechoso.

—Puede estar de vuelta en cualquier momento —anunció Lucy—. Conque démonos prisa antes de que venga. Me haría muy poca gracia que estuviese él junto al brocal, con ese gesto suyo tan hosco, mientras andábamos nosotros explorando las profundidades.

Terminaron aprisa el desayuno. Dolly les había servido ya el suyo a su tía en su alcoba, y a su tío en el despacho. Dijo que tía Polly se sentía mejor y que bajaría más tarde. No creía que tío Jocelyn se hubiese acostado siquiera.

—Estoy convencido de que trabaja toda la noche —anunció Dolly—. Bueno..., ¿hemos terminado todos ya?

Fregaré los cacharros cuando vuelva.

Salieron todos al patio pequeño que había en la parte de atrás, pegado a la pared del acantilado. Bill se asomó al pozo. No cabía duda de que era muy, muy profundo.

—¿Bajamos en el cubo? —inquirió Jorge.

—Podríamos si hubiese uno lo bastante grande —dijo Dolly—. Pero es imposible bajar en éste. Ni la propia Lucy cabría dentro.

—¿Sabéis una cosa? —murmuró Bill, sacando su lámpara de bolsillo—. Si este pozo es de veras el único camino para llegar a la entrada del pasadizo que conduce a la isla, debiera haber una escala. No puedo imaginarme a la gente subiendo y bajando en cubo.

—Bueno, pues no hay escala —anunció Jorge—. La hubiese visto yo de haberla habido.



Bill dirigió la luz de la lámpara pozo abajo, examinando las paredes.

—Mira —le dijo a Jorge—, es cierto que no hay escala..., pero ¿no ves esas abrazaderas que sobresalen de la pared? Bueno, pues ésas son las que se usarían para ayudar a cualquiera a descender. Las emplearían como travesaños, agarrándose con las manos a la de encima, y bajando poco a poco..., buscando con los pies la siguiente.

—¡Es verdad! —exclamó Jorge, excitado—. ¡Tiene usted razón! Así es cómo bajaría la gente en tiempos antiguas. Apuesto a que, cuando hubo lucha por los alrededores, muchos refugiados usarían el pozo como escondite, aun cuando no conocieran la existencia del pasadizo. Vamos, Bill... Bajemos. Ardo en deseos de arrancar.

—Ya va siendo hora de que lo hagamos —asintió Bill—. Iré yo primero. Tú vigila por si aparece Jo-Jo, Dolly.



## Capítulo XXIV

### Una excursión por debajo del mar

Bill no pudo alcanzar las primeras abrazaderas; conque Jorge tuvo que ir en busca de una cuerda. Se ató fuertemente a un poste de hierro, junto al pozo, y luego Bill se deslizó por ella y posó los pies en los primeros hierros.

—Bueno, va —anunció—. Sígueme tan pronto como puedas, Jorge. Dame tiempo de bajar unos cuantos travesaños primero. Y, por el amor de Dios, no resbales.

Las muchachas no habían de acompañarles. Y, en verdad, que el solo pensar en descender por el pozo sin más agarradero que unas abrazaderas nada seguras, les aterraba a las dos. Vieron cómo desaparecían los dos en la oscuridad y se estremecieron.

—Es horrible que nos dejen atrás; pero creo, honradamente, que aún resultaría más terrible bajar —dijo Dolly—. Vamos..., no podemos ver ni oír a Bill y a Jorge ya..., más vale que regresemos a la cocina y hagamos algo de trabajo. ¡Cuánto tarda Jo-Jo!

Regresaron, preguntándose cómo les iría a Bill y a Jorge dentro del pozo. Éstos iban bajando despacio, pero con seguridad. Las abrazaderas parecían ancladas tan firmemente en la pared como el día en que las instalaron.

Fue un descenso penoso y hubiese resultado completamente imposible de no haber sido por los lugares de descanso que encontraron, inesperadamente, de trecho en trecho. El primero de ellos chocó a Bill. Se trataba de una abertura practicada en la pared del pozo, de unos cuantos pies de profundidad, con capacidad suficiente para que pudiera sentarse en él una persona. Al principio la tomó por la entrada del pasadizo, sorprendiéndole encontrarse con ella tan pronto. Pero no tardó en darse cuenta de su objeto y agradeció la oportunidad de reposar unos momentos. A continuación descansó Jorge allí mientras Bill reanudaba el descenso, buscando siempre con los pies la abrazadera o peldaño siguiente.



Parecieron estar bajando años enteros. En realidad, emplearon cerca de una hora en la tarea. Hicieron uso de todos los nichos para reposar, lo que no impidió que se cansaran mucho. De pronto, la lámpara de bolsillo de Bill, que éste se había metido encendida en el cinturón, brilló sobre la superficie del agua. Había llegado al fondo.

—¡Ya estamos! —le gritó Bill a Jorge—. Voy a buscar la entrada.

Ningún trabajo les costó hacerlo porque allá, en la pared del pozo, había un agujero redondo que parecía un túnel pequeño. Se metió en él. Era oscuro, cubierto de pegajoso y resbaladizo fango, y mal oliente.

—Es curioso que aún sea fresco el aire —pensó Bill—. Pero durante toda la bajada he sentido soplar a mi alrededor una corriente de aire... Conque debe haber un sistema de ventilación que conserva el aire puro y respirable.

Aguardó a Jorge. Luego los dos emprendieron la marcha por lo que debía ser, sin duda, uno de los caminos más extraños del mundo, una senda por debajo del mar.

Al principio, el túnel era estrecho y ascendía por medio de escalones, y tuvieron que agacharse para avanzar. Pero, al cabo de un rato, se hizo más ancho y más alto de techo. Seguía cubierto de pegajoso limo, y oliendo mal, pero se fueron acostumbrando a eso.

Luego, el pasadizo inició el descenso, haciéndose muy pendiente a veces. En las partes de mayor declive, había toscos escalones para que no resbalaran tanto los viajeros. Pero estaban tan legamosos, que hasta una cabra hubiese dado algún resbalón. Bill se dio un batacazo, y Jorge se cayó tras él.

—Quítame el pie del cuello —dijo el hombre, intentando levantarse—. ¡Caramba! ¡Bueno me he puesto!

Continuaron andando. Por fin el pasadizo dejó de bajar y se prolongó entonces en línea horizontal. Atravesaba la roca. No había tierra, ni arena, ni nada caliza; todo era roca negra, que despedía de vez en cuando extraños destellos.

En una o dos ocasiones, el pasadizo se estrechó tanto, que casi resultó imposible pasar.

—Menos mal que no somos gordos —comentó Jorge, encogiendo el vientre—. ¡Qué justo ha sido eso! ¿Se han juntado las rocas en el transcurso de los años, Bill..., o cree que el pasadizo ha sido siempre estrecho por ese punto?

—Se me antoja que lo habrá sido siempre. Es una grieta natural abierta en el lecho rocoso, por debajo del mar..., una hendidura asombrosa..., aun cuando he oído hablar de otras como ésta en diferentes partes del mundo. Creo que en esta costa hay muchas.

Hacía calor en el túnel. Aquí y allá, el aire no era puro y hombre y niño se pusieron a jadear. Parecían existir pozos, baches o trechos sin aire. Pero siguieron adelante, brillando la luz de sus lámparas sobre las paredes negras y legamosas, que despedían de vez en cuando fosforescencias singulares. Jorge empezó a sentirse como si estuviese viviendo un sueño. Lo dijo.

—Bueno, pues no estás soñando —le aseguró Bill—. Nos encontramos en un sitio muy raro, pero completamente real. No estás dormido. ¿Quieres que te dé un pellizco?

—Pues creo que sí —respondió el niño, que experimentaba una sensación extraña después de tanto rato en el oscuro y estrecho corredor.

Conque Bill le dio un pellizco, y tan fuerte, que Jorge soltó un alarido.

—¡Bueno! —dijo—. Estoy despierto y no sueño. Nadie sería tan estúpido como para soñar pellizco semejante.

Bill sintió de pronto que algo le corría junto a los pies, y bajó la luz y la mirada con asombro. Con gran estupefacción suya vio un ratón pequeño que parecía mirarle. Se detuvo en seco.

—Mira —dijo—. Un ratón. ¡Un ratón aquí abajo! ¿De qué vive? Resulta increíble. No concibo que pueda vivir animal alguno en este túnel.

Jorge se echó a reír.

—No se ponga así. No es más que mi ratón «Woffly». Debe haber bajado por mi manga y saltado a tierra.

—Pues más vale que vuelva a refugiarse en tu manga si quiere conservar la vida. Ningún bicho puede vivir mucho aquí abajo.

—Oh, ya volverá. No estará lejos de mí mucho rato.

Tuvieron que descansar dos o tres veces, porque el camino era penoso y difícil. Seguía una dirección singularmente recta un buen trecho, para torcer de pronto, prolongándose en ángulo recto unos metros y volver a la recta otra vez. Jorge empezó a preguntarse cuánto tiempo duraría su lámpara. Sintió, de súbito, miedo al pensar en la posibilidad de quedarse a oscuras allá abajo. ¿Y si la lámpara de Bill dejaba de lucir también?

Pero Bill le tranquilizó.

—Llevo otra pila de repuesto en el bolsillo —le dijo—; conque no temas nada. Luz no nos faltará. Y eso me recuerda..., tengo un paquete de caramelos por alguna parte. Se me antoja que resultaría más llevadera esta caminata si fuésemos chupando.

Hubo una pausa mientras se registraba los bolsillos. Encontró los caramelos y se metieron un par de ellos cada uno en la boca. Desde luego, resultaba más fácil andar con un caramelo en la boca, se dijo Jorge. Y más agradable.

—¿Cuánto trecho cree usted que habremos recorrido ya? —preguntó—. ¿La mitad?

—No lo sé —respondió Bill—. Hola..., ¿qué es eso?

Se detuvo, dirigiendo la luz hacia delante. Parecía obstruido el camino.

—¡Caramba! ¡Parece haber habido un desprendimiento! —dijo—. Si es así, estamos listos. Carecemos de medios para retirar la obstrucción y seguir adelante.

Pero con gran alivio suyo, el desprendimiento era muy leve y, uniendo sus esfuerzos, lograron echar a un lado la roca mayor y franquearse paso.

—Oiga, Bill —murmuró Jorge, al cabo de un buen rato—, ¿se ha dado usted cuenta de que las rocas están cambiando de color? Ya no son negras, sino rojizas. ¿Cree usted que eso significa que nos estamos acercando a las minas de cobre?

—Probablemente. Resulta esperanzador. No sé cuántas horas llevamos en marcha..., aunque a mí me parece cien por lo menos..., pero sí que creo que ya es tiempo de que nos acerquemos a esa maldita isla.

—Me alegra de que desayunáramos tan bien —anunció el niño—. Empiezo a tener apetito ahora otra vez, sin embargo. Lástima que no se nos ocurriera cargar con algo de comer.

—Llevo yo chocolate en abundancia —respondió Bill—. Te daré dentro de unos momentos..., si es que no se ha fundido. Hace tanto calor aquí abajo ahora, que nada me sorprendería que se hubiese convertido en líquido.

Resultó haberse reblandecido bastante, pero no había llegado a fundirse. El chocolate era bueno; un poco amargo, pero el niño lo encontró delicioso. Continuó caminando, tocando las legamosas paredes, observando los destellos cobrizos que

emitían, y preguntándose cuándo tardarían aún en llegar a su mesa.

—¿Llevas por casualidad ese mapa? —inquirió Bill de pronto—. Me olvidé de decirte que lo cogieras. Lo necesitaremos dentro de poco.

—Sí. Lo tengo en el bolsillo. ¡Mire! ¡El túnel se está ensanchando una barbaridad!

Así era, en efecto. Desembocaba bruscamente en un gran espacio abierto; evidentemente la extremidad de los criaderos. Debía haberse agotado allí el cobre, pensó Jorge. ¡Qué minas más grandes debían haber sido... y cuan ricas en su tiempo!

—Bueno..., por fin hemos llegado —dijo Bill, en voz baja—. Y no olvides, Jorge, que desde este momento en adelante hemos de procurar no hacer ruido. Hemos de encontrar a Jack, si podemos, sin llamar la atención de nadie.

Jorge quedó asombrado.

—Pero, Bill —dijo—, ¿por qué no puede usted irse derecho a la parte de la mina en que se encuentran sus amigos y preguntarles dónde está Pecas? ¿A qué todo eso de no hacer ruido y no hablar? No comprendo.

—Mis razones tengo —le respondió Bill—. Conque hazme el favor de respetarlas. Jorge, aun cuando no las conozcas ni entiendas. Vamos..., ¿dónde está el mapa?

El niño se lo sacó del bolsillo. Bill lo desplegó sobre una piedra plana, lo iluminó con la lámpara, y lo estudió con sumo cuidado. Por fin señaló un punto con el dedo.

—Aquí es donde estamos, ¿ves? —dijo—. Al extremo de los criaderos. Creo que este trocito es el principio del pasadizo bajo el mar, pero no estoy seguro. Ahora, dime, ¿cuál de todos estos túneles seguisteis cuando entrasteis en las minas por el pozo?

—Éste es el pozo por el cual bajamos —contestó el niño, señalando el mapa—; y ésta es la galería principal por la que fuimos... y aquí está la caverna con la luz brillante... y fue en los alrededores de ella que oímos el ruido de hombres que trabajaban.

—¡Magnífico! —anunció Bill, satisfecho—. Ahora tengo una idea clara de dónde ir. Vamos..., lo más silenciosamente posible. Nos dirigiremos al túnel principal y veremos si damos con Jack, o le oímos, en sus proximidades.

Avanzaron con mucha cautela por la galería principal, de la que partían numerosos corredores. Bill tenía colocado un dedo por delante de la lámpara para que no saliera demasiada luz. Aún no estaba cerca de la cueva en que vieran los niños la luz brillante y oyeran los ruidos. Pero tarde o temprano llegarían a ellos, se dijo Jorge.

—¡Chitón! —dijo Bill de pronto, parándose tan inesperadamente, que Jorge tropezó con él—. Oigo algo. Suenan como pisadas.

Aguzaron el oído. Producía una sensación extraña, casi sobrenatural, estar allí

parados en las tinieblas, escuchando el amortiguado bramido de las aguas que se movían, inquietas, sobre el lecho del mar por encima de ellos. También creyó Jorge oír algo, el tropezar de un pie contra un guijarro suelto.

Luego, silencio completo. Conque reanudaron la marcha y un instante después creyeron oír otra vez un ruido esta vez cerca de ellos. Bill estaba seguro de que oía respirar a alguien no muy lejos. Contuvo el aliento para escuchar mejor.

Pero quizá la otra persona también estuviese conteniendo el aliento, porque Bill no oyó nada ya. Avanzó silenciosamente con Jorge.

Llegaron a un recodo, y Bill lo dobló a tuestas, porque habían apagado las lámparas al oír el primer ruido. Y, al alargar la mano en busca de la pared, alguien hizo lo propio desde el otro lado; alguien que caminaba en dirección contraria. Antes de que Jorge supiera lo que estaba sucediendo, oyó exclamaciones y se dio cuenta de que Bill y otra persona estaban forcejeando violentamente delante de él. ¡Troncho! ¿Qué sucedía ahora?

## Capítulo XXV

### Un hallazgo extraordinario

Y ahora, ¿qué les había ocurrido a Jack y a «Kiki» durante todo aquel tiempo? Muchas cosas; algo de ello extraordinariamente sorprendente e increíble.

Jack no sabía que los otros se habían escapado. Es más, ni siquiera tenía conocimiento de que los hubiesen encerrado. En su afán por encontrar al loro, se había extraviado. Como ya sabemos, los hombres habían oído gritar a «Kiki» horas más tarde al perseguir a Jorge y a las muchachas; pero no se encontraron con el niño, porque tiraron por distinta galería.

El pobre Jack estaba aterrado. Erró por un laberinto de corredores, pasando por numerosos criaderos abandonados. Temía que se le apagara la lámpara. Temía que el techo se le cayese encima. Temía la mar de cosas.

—Puedo seguir aquí perdido eternamente —pensó—. Quizá me esté alejando kilómetros y kilómetros del túnel principal.

Se encontró de pronto con un gran agujero en el techo por encima de él, y comprendió que se trataba de un pozo de bajada.

—Claro..., había muchos —pensó Jack, empezándole a latir el corazón con violencia—. ¡Gracias a Dios! Ahora podré salir al aire libre.

Pero, con gran desilusión suya, comprobó que no había manera de ascender por allí. La escala o la cuerda que pudiera haber habido en otros tiempos, se habría podrido, porque ni rastro de medio de ascenso descubrió.

Era terrible estar allí, en el fondo, sabiendo que la libertad, la luz del día y el aire puro le aguardaban arriba, y no disponer de medios para alcanzarlos.

—Si fuera niña, apuesto a que rompería a llorar —dijo en voz alta, sintiendo detrás de los párpados algo que se parecía sospechosamente a una lágrima—. Pero como soy niño, tendré que aguantarme y sonreír.

Sonrió con determinación.

«Kiki» escuchó sus palabras con la cabeza ladeada.

—Pon el agua a hervir —dijo, animador.

Lo cual le hizo sonreír al niño de verdad.

—Eres un verdadero idiota —anunció con tono afectuoso—. Ahora lo importante es: ¿adónde vamos? Me da la sensación de que he estado recorriendo los mismos pasadizos otra vez. Pero..., aguarda..., los pozos se encuentran todos en la isla..., conque debo haber retrocedido sobre mis pasos, porque nos encontrábamos todos debajo del mar cuando nos separamos. Que yo recuerde, todos estos pozos iban a parar a una misma galería recta y larga. Bajaré por aquí para ver si llego al pozo

principal por casualidad. Si lo encuentro, podré subir por él.

Reanudó la marcha hasta llegar a un punto en que estaba obstruido el paso. No tuvo más remedio que retroceder y emprender otro camino, que también halló cerrado por un desprendimiento. Era muy desalentador. «Kiki» empezó a cansarse de aquel viaje interminable por oscuros corredores, y bostezó de una manera la mar de realística.

—Ponte la mano delante de la boca —se dijo a sí mismo con severidad—. ¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? ¡Dios salve al rey!

—Tu bostezo me ha hecho bostezar a mí también —dijo Jack. Y se sentó—. ¿Y si descansáramos un poco? Estoy cansadísimo ya, «Kiki».

Apoyó la espalda contra la pared rocosa y cerró los ojos. Empezó a dormitar y acabó sumiéndose en un sueño que duró un par de horas. Cuando se despertó, apenas supo dónde se encontraba y se asustó al recordarlo. Se puso en pie con «Kiki» anclado firmemente en el hombro aún y cosa rara, callado en aquel momento.

Fue por entonces cuando «Kiki» oyó el ruido que hacían los hombres al perseguir a los otros niños y se puso a dar gritos. Pero Jack nada percibió y torció por uno de los corredores antes de que llegaran los individuos aquellos. No sabía que estaba muy cerca del pozo por el que bajara. Pero, al poco rato, llegó al túnel principal y se detuvo.

—¿Será ésta la galería ancha que vimos en el mapa? —se preguntó—. Quizá lo sea. ¡Si tuviese una lámpara más potente! Dios quiera que no vaya a apagárseme ésta. No parece brillar tanto como antes.

Bajó por la escalera y vio unos escalones tallados en la roca y que ascendían. Los subió por pura curiosidad, y llegó a otro pasadizo que evidentemente conducía a otro de los laboreos. Dio un traspiés y pegó contra la pared, desalojando una piedra que cayó con gran estrépito. Alzó la lámpara para ver de dónde había caído, temiendo que el techo estuviese a punto de hundirse.

No había peligro. La luz dio sobre algo que brilló con color rojizo; una piedra grande e irregular. Y, de pronto, se dio cuenta de que no era una piedra... era... sí, tenía que serlo..., ¡una enorme pepita de cobre! ¡Troncho! ¡Qué hermosura! ¿Podría cargar con ella?

Con gran cuidado la arrancó de su sitio. Se hallaba en una especie de repisa formada allí por una hendidura de la roca. ¿La habría ocultado en aquel lugar alguien años antes? O..., ¿la había puesto allí alguno de los hombres que trabajaban la mina en la actualidad?... ¿O se encontraría allí por obra de la Naturaleza, una pepita de verdad en su matriz de tierra? No lo sabía Jack.

Pesaba mucho; pero podía con ella. ¡Una pepita de cobre! El niño no hacía más que repetirse las palabras. Casi valía tanto como haberse encontrado un Alca Mayor..., no tan emocionante, claro, pero casi. ¿Qué dirían los demás?



Se le ocurrió que debía procurar, ahora más que nunca, no encontrarse con ninguno de los mineros. Pudieran quitarle la pepita. Quizá fuera de ellos legalmente, claro, pero quería experimentar la emoción de enseñársela a los otros como hallazgo suyo antes de cedérsela a nadie.

Volvió a la galería principal con la pepita en las manos. Tuvo que meterse la lámpara en el cinturón porque no podía llevar las dos cosas a la vez y le resultaba más difícil el camino, porque la luz daba ahora hacia abajo en lugar de hacia delante.

—¡Hola! —exclamó, deteniéndose bruscamente al oír ruido en la distancia—. Me parece que me estoy aproximando otra vez al ruido metálico que oímos antes..., donde están trabajando los hombres. Quizá me encuentre cerca de Jorge y de las niñas también.



Avanzó con cautela. Se metió por un corredor que dobló bruscamente, conduciéndole de nuevo a la caverna brillantemente iluminada. La última vez que la viera, había estado desierta: ahora había hombres dentro. Estaban abriendo los cajones y las cajas que observaran con anterioridad los niños. Jack observó, preguntándose qué contendrían.

—Me encuentro en el mismo túnel en que me hallaba cuando se escapó «Kiki» y salí yo en persecución suya —pensó el niño—. ¿Qué habrá sido de los otros? ¡Troncho! ¡Qué agradable resulta ver una luz brillante otra vez! Si me agacho aquí, detrás de esta roca saliente, no creo que llegue a verme nadie.

«Kiki» guardó completo silencio. La brillante luz le asustaba después de llevar tanto rato en tinieblas. Permaneció agazapado en el hombro de su amo, observando.

Había latas en los cajones y cajas —latas de carne y de frutas—. A Jack se le abrió un apetito enorme al verlos, porque llevaba mucho tiempo sin probar bocado. Los hombres abrieron unos cuantos botes, los vaciaron en platos, y empezaron a comer, hablando entre sí. A Jack no le era posible oír lo que estaban diciendo. Tenía tanta hambre, que poco le faltó para salir a descubierto y suplicar a los hombres que le dieran de comer a él también aunque sólo fueran unos pocos bocados.

Pero no era muy agradable su aspecto. No llevaban más que pantalón, yendo desnudos de cintura para arriba. Hacía tanto calor en las minas, que resultaba imposible llevar mucha ropa. Jack hubiese querido no llevar más que pantalón corto; pero sabía que le haría muy poca gracia sentir las garras de «Kiki» en el hombro desnudo.

Los hombres acabaron la comida, y luego bajaron por una galería del otro extremo de la cueva en que se encontraban. El lugar quedó desierto. El ruido metálico empezó a sonar de nuevo. Era evidente que los individuos aquellos habían vuelto a ponerse a trabajar.

El niño se metió en la caverna. La luz procedía de tres linternas suspendidas en el techo. Miró el interior de las latas abiertas. Quedaba un poco de carne en una de ellas y unos pedazos de pina en otra. Se lo comió todo en un santiamén, diciéndose que jamás había catado cosa tan deliciosa como las sobras de aquellos botes de conserva.

Decidió acercarse a la galería por la que los hombres habían desaparecido. Resultaría emocionante ver cómo trabajaban los mineros en una mina de cobre. ¿Empleaban picos? ¿Barrenaban el cobre? ¿Qué hacían para meter tanto ruido? Daba la sensación de que estaba funcionando una máquina muy grande.

Se deslizó por el túnel, descubriendo que iba a parar a otra caverna. Y quedó estupefacto ante lo que vieron sus ojos.

Había allí una docena de hombres, ocupados con unas máquinas que repiqueteaban y martilleaban, haciendo un ruido ensordecedor que repercutía por toda la cueva. Y había una especie de motor que aumentaba aún más el jaleo.

—¡Qué maquinaria más rara! —pensó Jack—. ¿Cómo se las arreglarían para bajarla a las minas? Debieron bajar las piezas sueltas, montándolas otra vez aquí. ¡Troncho! ¡Cómo funciona todo y qué ruido más grande hace! Miró, maravillado. ¿Estaban extrayendo cobre con ayuda de aquella máquina? Tenía una vaga idea de que muchos de los metales había que fundirlos o tratarlos de alguna otra manera antes

de que quedaran puros. Supuso que era eso lo que estaban haciendo. Era evidente, pues, que el cobre de aquellas minas no solía encontrarse en pepitas grandes como la que él llevaba.



Uno de los hombres se enjugó el sudor de la frente y echó a andar hacia el lugar en que se encontraba Jack. El niño huyó metiéndose por un corredor sin salida para esperar a que hubiese pasado el otro. Éste regresó con un jarro de agua. Jack aguardó un minuto o dos, apoyado contra lo que creyó pared. Pero de pronto la «pared» cedió un poco y el niño resbaló hacia atrás. Encendió entonces la lámpara y descubrió que era una puerta aquello contra lo que se había apoyado y que ésta daba acceso a una especie de celda muy parecida a la que había servido de prisión a los otros niños.

Al oír pasos, se metió apresuradamente en la celda y cerró la puerta. Las pisadas pasaron de largo y Jack volvió a encender la lámpara.

El cuartito estaba lleno de pila tras pila de hojas de papel impreso, atadas fuertemente juntas las del mismo tamaño y colorido. Las miró, y luego volvió a mirarlas con ojos desorbitados.

¡En aquella cueva había almacenados millares y millares de billetes del Banco de

Inglaterra!

Había fajos de billetes de una libra esterlina, fajos de a cinco libras, fajos de a diez libras..., una fortuna como para hacerle a cualquiera multimillonario de la noche a la mañana.

—Ahora sí que debo estar soñando de verdad —pensó el niño, frotándose los ojos—. No cabe la menor duda. Se trata de un sueño extraordinario. Dentro de un momento me despertaré y me echaré a reír. Estas cosas no se encuentran..., tesoros en una caverna subterránea. ¡Si parezco estar viviendo en pleno cuento de hadas! No puede ser. Es completamente imposible... Más vale que me despierte a toda prisa.

## Capítulo XXVI

### Un mal rato... y un encuentro sorprendente

Pero Jack no despertó..., y por razones de peso. No estaba dormido ni mucho menos.

Se encontraba completamente despierto, contemplando una fortuna colosal en billetes. Aquello no parecía tener pies ni cabeza. ¿Por qué estaban almacenando todo allí, en aquella cueva bajo tierra? ¿De quién era? ¿Por qué no los metían en el Banco?

—Quizá los que trabajan en esta mina están encontrando la mar de cobre y lo venden en secreto, guardando aquí el dinero que les dan por él —pensó Jack.

Tan estupefacto estaba contemplando la fortuna amontonada allí, que no oyó unas pisadas que se acercaban a la cueva.

El hombre que abrió la puerta y vio allí al niño se quedó aún más sorprendido que el propio Jack. Se le quedó mirando boquiabierto y con los ojos saltones. Luego, rehaciéndose, asió al muchacho y le sacó con brutalidad de la cueva, arrastrándole casi hacia la otra, en la que se hallaba la máquina.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad! ¡Me lo encontré en el almacén!

Se paró la máquina al instante. Los hombres se reunieron en torno a Jack y al que le había capturado. Uno de ellos se adelantó: era Jake.

Tenía un aspecto maligno que el parche sobre el ojo acentuaba. Zarandeó tan rudamente al muchacho, que le dejó sin aliento y le hizo caer al suelo en cuanto le soltó el brazo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Jake—. Más vale que me lo digas. ¿Con quién estás? ¿Qué estáis haciendo todos aquí abajo? ¿Qué sabéis?

Jack recogió su pepita, miró a su alrededor en busca de «Kiki», que había volado, con espanto, hacia el techo de la caverna, e intentó pensar qué resultaría la mejor respuesta. Los hombres no hicieron el menor caso de la pepita de cobre, cosa que le sorprendió en extremo. Había temido que se la quitaron en cuanto se la viesan.

—No sé dónde se encuentran los otros —respondió, por fin—. Vinimos juntos a la isla, dos niños y dos niñas, y yo me separé de ellos.

—¿Quién más estaba con vosotros? —exigió Jake—. Vosotros no vinisteis aquí solos.

—Ya lo creo que sí. Oigan... ¿a quién pertenece todo ese dinero que hay ahí dentro?

Los hombres hicieron un ruido amenazador, y Jack miró a su alrededor, inquieto. El rostro de Jake se tornó tormentoso. Miró a los hombres.

—Algo se urde —dijo.

Y los otros hicieron gestos de asentimiento.

Se volvió hacia Jack de nuevo.

—Escucha —le dijo—, tú sabes mucho más de lo que nos has dicho... Has oído algo en boca de otros, ¿verdad? Bueno, tú dinos todo lo que sabes, de lo contrario, quizá no vuelvas a ver más la luz del día, ¿comprendes...? ¿Está bien claro?

Horriblemente claro, pensó el niño. Empezó a temblar. «Kiki» soltó un grito que hizo dar un brinco a todos.

—No sé lo que quiere usted decir —respondió, con desesperación, el muchacho—. Lo único que sabíamos era que alguien estaba trabajando en estas minas otra vez, sacando cobre, y que Bill Smugs se encargaba de cruzar con provisiones para los mineros. Eso es todo cuanto sé.

—Bill Smugs —repitió Jake—. Eso es lo que dijeron los otros niños. ¿Quién es ese Bill Smugs?

Jack le miró, desconcertado.

—¿No es ése su nombre, verdad? —preguntó.

—¿«Cuál» es su verdadero nombre? —quiso saber Jake de pronto, haciendo con tono tan amenazador la pregunta, que Jack dejó caer la pepita en su pánico, creyendo que el hombre iba a pegarle.

Cayó sobre el pie de Jake y éste la recogió y echó una mirada.

—¿Qué es esta piedra que llevas auestas? —preguntó, con curiosidad—. ¿Estáis todos locos? Un loro... una piedra pesada... Bill Smugs... minas de cobre... Estáis todos locos de atar.

—Yo creo que este chico sabe más de lo que ha dicho —dijo uno, colocándose al lado de su compañero—. ¿Y si le encerráramos un par de días sin alimentos? Eso le soltaría la lengua. O..., ¿por qué no una buena paliza?

Jack palideció, pero procuró disimular su temor.

—No sé más de lo que ya les he dicho —contestó—; y, ¿qué hay que saber si a eso viene? ¿Qué misterio existe?

—Llévatelo —ordenó rudamente Jake—. Ya hablará cuando esté medio muerto de hambre.

Olly asió al muchacho del hombro y le sacó a empujones de la caverna.

Le condujo a la misma cueva en que habían estado encerrados los otros niños. Y en el preciso instante en que se disponía a meterle, «Kiki» cayó sobre él desde arriba, dirigiéndole a la cara un formidable picotazo.

Olly alzó la mano para protegerse. La lámpara cayó al suelo. Reinaron las tinieblas.



Jack aprovechó el momento para echarse a un lado, agacharse junto a la puerta por fuera y guardar silencio. «Kiki», ignorando dónde se hallaba su amo, entró en la celda y se posó, en la oscuridad, sobre la mesa.

—¡Vamos, vamos! —exclamó—. ¡Qué lástima!

Olly cerró la puerta de golpe, creyendo que era Jack el que hablaba dentro. Ni siquiera sabía que fuera capaz el loro de articular palabra.

Hizo girar la llave en la cerradura. «Kiki» aún hablaba quedamente, aun cuando ni Jack ni Olly conseguían distinguir las palabras. Cuando Olly se disponía a alejarse, llegó Jake.

—¿Le encerraste? —preguntó, iluminando la cerrada puerta.

—Sí... y está hablando solo ahí dentro... Yo creo que está loco.

Escucharon los dos hombres. La voz de «Kiki» se oyó claramente de pronto, diciendo:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

—Se está compadeciendo a sí mismo, ya, ¿eh? —dijo Jake. Luego soltó una risa tan terrible, que a Jack se le heló la sangre en las venas—. Aún se compadecerá más dentro de poco.

Los hombres regresaron a la caverna de la máquina y ésta se puso en marcha de nuevo.

Jack se alzó. «Kiki» le había salvado de un castigo terrible. ¡Pobre «Kiki»! Él no sabía que le había salvado. Se acercó a la puerta con la intención de abrirla y poner en libertad al loro.

Pero la llave no estaba en la cerradura. Se la debía de haber llevado uno de los dos hombres. Conque «Kiki» estaba preso de verdad, y tendría que quedarse allí hasta que alguien le abriese.

Fuera como fuese, Jack se encontraba de momento libre por lo menos.

—Hay algo que no está bien en todo este asunto —pensó el niño—. Ese dinero me huele mal... y esas máquinas tan raras también. Esos hombres son malos. No pueden ser amigos de Bill. Nos hemos equivocado.

Bajó por el corredor con cautela, sin atreverse a encender la lámpara. Si pudiera encontrar el pozo y subir... Quizás estuvieran los otros arriba, aguardándole. O..., ¿se habrían vuelto a casa, dejándole solo? ¿Era aún de día, o era de noche?

Se metió por túnel tras túnel, echando muy de menos la compañía de «Kiki». Se sentía muy solo y atemorizado ahora. Deseaba tener alguien con quien hablar. Quería ver a los otros.

Por fin, quedó tan cansado que no pudo continuar. Se echó en un rincón de una gruta pequeña, cerró los ojos, y se sumió en incómodo e inquieto sueño. Durmió horas y horas, agotado, quedándosele entumecidos los miembros. Y «Kiki» durmió también, en la celda, desconcertado y furioso echando tan de menos a su amo, como su amo a él.

Jack, al despertarse, alzó la mano para tocar a «Kiki», como solía hacer. Pero no se encontró al pájaro en el hombro. Luego se acordó. «Kiki» estaba prisionero. Gracias a él y a su habilidad de hablar como un ser humano, él, Jack se encontraba en libertad.

Sabía mucho. Estaba enterado de la existencia del tesoro oculto. Había visto las extrañas máquinas, tan bien escondidas en aquellas cavernas por algún motivo siniestro. Sabía que los hombres que las hacían funcionar eran malos. Si ellos creían que su secreto —fuera éste cual fuese— había sido descubierto por alguien, no se detendrían ante nada.

—Lo que tengo que hacer, lo que es «necesario» que haga es escapar de aquí y contar lo que sé —pensó Jack—. Me parece que debería ir a la policía. Me gustaría írselo a decir a Bill... porque ahora no creo que esté en liga con esos hombres... pero aún no estoy seguro del todo. En cualquier caso, tengo que decírselo a «alguien».

Conque el niño dio principio de nuevo a su errante marcha por las galerías de la mina. Subió y bajó largos corredores, y la lámpara le daba muy poca iluminación ya.

Y, de pronto, se apagó por completo.

La golpeó un poco. Desenroscó y volvió a enroscar la tapa. Pero la pila estaba agotada. Aquella lámpara no daría luz ya hasta que le pusiera una pila nueva, cosa que, en aquellos momentos, no podía hacer, desde luego.

Entonces sí que sintió miedo de verdad. Ya no le quedaba más que una esperanza: encontrar, por pura suerte, el pozo que conducía al exterior. Y las probabilidades de conseguirlo eran bien pobres, por cierto.

Siguió andando a tientas, extendida la mano delante de la cara, con la pepita debajo del brazo y sujetándola con la otra mano. De pronto le pareció oír algo. Se



detuvo a escuchar. No; no era nada.

Se echó a andar otra vez, y se paró de nuevo. Tenía el presentimiento de que había gente cerca. ¿Oía respirar a una persona? Contuvo el aliento para escuchar mejor. Pero nada oyó.

—Quizá —pensó—, la otra persona está conteniendo el aliento y escuchando también.

Avanzó. Y, de pronto, tropezó con fuerza contra alguien. ¿Era Jake? ¿Era Olly? Empezó a forcejear, desesperado, y la otra persona le sujetó fuertemente, haciéndole daño en el brazo. La pepita se le cayó debajo del brazo, aterrizándole encima del pie.

—¡Ay mi pie, mi pie! —gimió el pobre.

Hubo un silencio de asombro. Luego su aprehensor encendió una lámpara potente y una voz dijo, estupefacta:

—Pero... ¡si es Jack!

—¡Pecas! —sonó la voz de Jorge, que corrió a él y le dio un golpe afectuoso en la espalda—. ¡Pecas! ¡Qué suerte topar contigo de esta manera!

—¡Copete! ¡Y Bill! —exclamó el niño, quebrándosele la voz de alegría y alivio.

¡Oh, la delicia de escuchar una voz conocida después de tantas horas de soledad y tinieblas! ¡La alegría de ver a Jorge, con el mechón de pelo tieso por encima de la frente, como de costumbre! Y Bill, con su familiar sonrisa, los ojos risueños, y su tranquilizadora adultez. Jack se alegraba de tener una persona mayor que le ayudase. Los niños podían meterse en las cosas hasta cierto punto; pero llegaba con frecuencia un momento en que no tenían más remedio que apoyarse en las personas mayores.

Tragó el nudo que se le había hecho en la garganta, y Bill le dio una palmadita cariñosa.

—Es una satisfacción el verte, Jack. Apuesto a que tienes muchas cosas que contarnos.

—Vaya si tengo —respondió el niño. Sacó el pañuelo y se sonó con fuerza la nariz. Luego se sintió mejor—. ¿Dónde están las niñas?

—Sanas y salvas en casa —respondió Jorge—. Nos separamos de ti ayer no sé cómo, y nos hicieron prisioneros, Pero logramos escaparnos, subir al pozo, llegar al barco, y huir a media luz. Fui en busca de Bill, y aquí está. No pudimos venir en su embarcación, porque alguien se la desfondó. Y el barco de Jo-Jo había desaparecido también.

—Entonces, ¿cómo habéis venido? —preguntó con sorpresa Jack.

—Hay un camino por debajo del mar desde Craggy-Tops hasta aquí —contestó Jorge—. ¿Qué te parece esto? Lo encontramos en un libro antiguo que habla de Craggy-Tops. Tardamos una barbaridad en llegar. Fue una travesía muy extraña. No creas que la encontré muy agradable. Pero aquí estamos.

Jack estaba verdaderamente asombrado. Les interrogó con avidez. Pero Bill tenía

algunas preguntas que hacerle a Jack.

—Esto es mucho más importante de lo que tú te figuras —anunció—.  
Sentémonos. Tengo la idea de que podrás tú darme la solución de un gran misterio.

## Capítulo XXVII

### Se aclaran muchas cosas

—Tengo cosas muy raras que contarles —contestó Jack, con avidez—. En primer lugar, ¿qué cree usted que descubrí? ¡Una cueva llena hasta rebosar de billetes... billetes de Banco! Apuesto a que había miles y miles de libras esterlinas allí... no puede usted formarse ni idea.

—¡Ah! —exclamó Bill Smugs, llena de satisfacción la voz—. ¡Ah! «Sí» que es una noticia. ¡Magnífico, Jack!

—Luego vi funcionar la mar de máquinas —prosiguió el niño, encantado de que Bill encontrara tan interesante lo que tenía que contar—. Y un motor. Creí que era para fundir o tratar el cobre, o lo que sea que hayan de hacer con él; pero una de las máquinas parecía una prensa de las que se emplean para imprimir.

—¡Ah-ha! —dijo Bill, con satisfacción mayor—. Estas son noticias maravillosas. ¡Asombroso! Jack, tú has hallado la solución de un misterio que dura cinco años ya... un misterio que ha desconcertado al gobierno y a toda la policía durante muchísimo tiempo.

—¿Qué misterio? —inquirió Jack.

—Apuesto a que lo sé yo —intervino Jorge, excitado—. Bill, esa maquinaria es para imprimir billetes falsos, ¿verdad? Y el dinero que Jack descubrió es el que han almacenado después de imprimirlo. Se lo llevarán de esta isla y los ladrones o sus amos lo usarán.

—Has acertado —respondió Bill—. Llevamos años tras esta cuadrilla... no conseguíamos averiguar dónde tenían instaladas sus prensas... no descubríamos de dónde partía el dinero... Está muy bien hecho... sólo un experto es capaz de distinguir la diferencia entre un billete bueno y estas falsificaciones.

—Así, ¡no están trabajando la mina después de todo! —exclamó Jack, asombrado—. Nos equivocamos en eso. Escogieron esta mina abandonada, no para sacar cobre, sino para esconder las máquinas y trabajar sin peligro. ¡Qué astutos! Pero ¡qué astutísimos!

—Mucho, en efecto —asintió Bill, sombrío—. Lo único que necesitaban era un intermediario... alguien que pudiese cruzar a la isla con provisiones y otras cosas necesarias... y llevarse pilas de billetes falsos para entregárselos al jefe, quienquiera que éste sea. Bueno... pues fue el intermediario quien descubrió todo el pastel en realidad.

—¿Quién es el intermediario? —inquirió Jack, con interés—. ¿Alguien que conozcamos nosotros?

—Claro que sí. Creí que lo hubieseis adivinado en seguida... Jo-Jo.

—«¡Jo-Jo!» —exclamaron los dos niños a coro.



Y comprendieron al instante cómo encajaba todo.

—Sí. Tenía una embarcación, y le bastaba decir que se iba de pesca para cruzar a la isla y volver —dijo Jorge—. Podía ir de noche también, si lo deseaba. Las señales que vio Jack, las hicieron los de la isla. Y era Jo-Jo el que respondía a las mismas desde el acantilado la noche que Jack se encontró con él allí.

—Claro —asintió Jack, recordando el incidente—. Y, cuando se iba de compras con el coche, seguramente se llevaría parte del dinero falso para entregárselo a sus amos. Ya no me extraña que no nos quisiera llevar nunca consigo en el coche ni en el barco. Temía que pudiéramos sospechar algo.

—¿Recuerdas aquellas cajas y aquellos cajones en el sótano, cuya puerta conservaba oculta tras el montón de cajas? —dijo Jorge—. Apuesto a que eran las provisiones que guardaba Jo-Jo para llevarlas a la isla cuando hiciese otro viaje.

—Esos cuentos suyos de las «cosas» que erraban por el acantilado de noche no tenían más objeto que asustarnos para que no saliéramos en la oscuridad y nos enteráramos de lo que estaba haciendo —prosiguió Jorge—. ¡Troncho! Cómo encaja todo ahora, ¿verdad?

—Sí que lo parece —contestó Bill «Smugs», con cierto regocijo.

Había estado escuchando la conversación con gran interés.

—¿Por qué vino usted a esta costa y se puso a vivir en esa cabaña medio derruida? —preguntó Jack de pronto—. ¿Era, de verdad, un observador de pájaros?

—Claro que no —contestó Bill, riendo—. No contaba yo con encontrarme con un verdadero amante de las aves cuando os dije que estaba observando pájaros. Por poco me hicisteis tirarme una plancha una serie de veces. Tuve que leer la mar de cosas acerca de los pájaros, que no me interesaban ni pizca, para que no sospecharais que no sabía como quien dice nada de ellos, Jack. La verdad es que me encontraba en una situación un poco violenta. No podía deciros lo que en realidad era, claro está... un agente de policía encargado de vigilar a Jo-Jo y ver lo que estaba haciendo.

—¿Cómo sabía usted que estaba haciendo Jo-Jo algo ilegal? —inquirió Jorge.

—Es muy conocido de la policía. No es la primera vez que anda complicado en un caso de falsificación de billetes. Nos preguntamos si no tendría él algo que ver con la nueva falsificación en gran escala que se estaba haciendo en algún lugar para nosotros desconocido.

”En cuanto supimos dónde estaba, decidimos vigilarle. Es muy hábil en eso de desaparecer. Lleva cinco años ya con tu tía, como criado y recadero, y nadie sospechó jamás que pudiera tener antecedentes malos. Pero uno de nuestros hombres le vio en la población un día y averiguó dónde trabajaba. Entonces bajé yo, este verano, con la intención de no perderle de vista.

—¡Qué avispero ha levantado usted! —exclamó Jack—. Bill..., ¿le hemos sido de ayuda en algo?

—En mucho, aunque vosotros no lo sabíais. Confirmasteis mis sospechas de que Jo-Jo era el intermediario. Me hicisteis adquirir el convencimiento de que era a la Isla Lóbrega adonde se dirigía. Conque me acerqué yo en una ocasión también, y exploré la entrada de las galerías. Supongo que fue entonces cuando dejé caer el lápiz. Pero confieso que yo no encontré nada que me hiciera sospechar que había hombres en la mina imprimiendo billetes falsos en máquinas escondidas.

—Pero nosotros sí lo hemos descubierto —dijo Jack, con orgullo—. ¿Qué piensa usted hacer, Bill?

—Anoche hablé por radio con mis jefes. Les dije que estaba bastante seguro de lo que estaba sucediendo aquí, y que iba a cruzar a la isla a rescatar a una persona. Les pedí que hicieran el favor de ponerse en movimiento para dejar aclarado este asunto.

—¿Qué harán? —preguntó Jack, con emoción.

—Eso no lo sabré hasta que regrese y me ponga en contacto con ellos. Creo que será mejor que nos marchemos ya. Volveremos por el pasadizo del mar... por el mismo camino que vinimos Jorge y yo...

—Supongo que sería Jo-Jo el que le desfondó a usted el barco —dijo Jorge—. Debí sospechar algo. Yo creo que sabría que era usted nuestro amigo y eso debía alarmarle sobremanera.

—Jo-Jo es un bribón singularmente astuto —contestó Bill, poniéndose en pie y desperezándose—. Tanto más astuto y listo, cuanto que finge ser estúpido. Vamos.

—Bill... yo quiero rescatar a «Kiki» —dijo Jack, de pronto—. No puedo dejarle aquí. Esos hombres le matarán. O se morirá de hambre o de susto. ¿No podemos ir a buscarle?

—No —respondió Bill—; tenemos cosas más importantes que hacer.

—Vamos a buscarle, Bill —dijo Jorge, que sabía que «Kiki» era para Jack lo que un perro para otra gente—. Sólo tenemos que sacar el mapa, encontrar el túnel principal, y luego deslizamos hasta las cuevas. Jack sabrá cuál es la celda en que está

encerrado «Kiki». Suena como si fuera la misma en que nos encerraron a las niñas y a mí.

—Bueno, pues más vale que nos demos prisa, entonces —dijo Bill, dubitativo—. Y oírlo bien: nada de ruido. No nos interesa llamar la atención.

Desplegaron el mapa, localizaron el punto en que se encontraban y la situación de la galería principal, y emprendieron la marcha. No tardaron mucho en hallarse en esta última, caminando cuidadosamente y en silencio.

Bill oyó el ruido metálico. Las máquinas estaban trabajando otra vez. Escuchó con atención, sombrío el rostro. Sí; aquella era una prensa de imprimir, en efecto.

Cuando se acercaban a la celda en que se encontraba «Kiki» prisionero, percibieron el rumor de voces. Se aplastaron contra la pared, sin apenas atreverse a respirar.

—Ése es Jake —susurró Jorge, pegando los labios al oído de Bill.

Eran tres los hombres, y se hallaban junto a la puerta de la celda del loro. Estaban escuchando, con asombro. Dentro de la celda se alzaba una voz cuyas palabras se distinguían perfectamente.

—¡Te digo que no sorbas! ¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? ¡Pobre «Kiki», pobre ¡«Kiki», pobre «Kiki»! ¡Pon el agua a calentar!

—Ese chico se ha vuelto loco —les dijo a Jake a sus compañeros.

Era evidente que aún creían tener a Jack encerrado en aquella cueva.

—¡Piii, suena el pito! —anunció, dramáticamente, «Kiki», haciendo a continuación el ruido de una locomotora que atraviesa un túnel seguido de un estridente silbido.

—Ha perdido la chaveta —exclamó Olly, asombrado.

Se oyó un chillido terrorífico y el tercer hombre metió baza de pronto.

—Eso es un loro. Vaya si lo es. Ese chico tiene un loro ahí dentro.

—Abre la puerta y lo veremos —dijo Olly.

Jake introdujo la llave en la cerradura. La puerta se abrió hacia dentro. «Kiki» salió volando inmediatamente, lanzando un grito que hizo dar un brinco a todos. Los hombres iluminaron el interior de la gruta con sus lámparas.

Estaba vacía. Jake se volvió hacia Olly, hecho una fiera.

—¡Imbécil! ¡Metiste al loro ahí dentro y dejaste escapar al muchacho! Mereces que te fusilen.

Olly contempló la cueva vacía. Era cierto. Allí sólo había estado el loro.

—Bueno —dijo—, supongo que el chico se ha perdido para siempre en las minas ya. No se volverá a saber de él. Le está bien empleado.

—Somos unos imbéciles, Olly —dijo Jake, con amargura—. Dejamos que nos engañaran los tres niños primeros, y luego el otro.

Dejaron la puerta abierta y se dirigieron hacia la caverna iluminada. Jack soltó una exclamación. «Kiki» se le había posado, de pronto, en el hombro, y hacía ruiditos afectuosos. Fingió picotearle la oreja, hizo unos chasquidos que querían representar besos y dio, en general, muestras de gran excitación y alegría. Jack le rascó la cabeza, sintiéndose no menos encantado que el loro al verse ya juntos.

—Y ahora, por el amor de Dios, vámonos —dijo Bill en voz baja.

Dejaron el corredor y se alejaron rápidamente, con las lámparas encendidas. No habían recorrido mucho trecho, sin embargo, cuando oyeron claramente que se les acercaba alguien.

—Es alguno que viene del pozo principal, creo yo —murmuró Jack.

Apagaron las lámparas y se detuvieron. El desconocido se fue acercando, con paso fuerte. Llevaba una lámpara muy potente. No les fue posible, como consecuencia de ello, distinguirlo con claridad.

Intentaron ocultarse en un corredor sin salida; pero Jack dio un traspiés y cayó, haciendo ruido. «Kiki» soltó un grito.

Una lámpara les deslumbre. Una voz incisiva dijo, desde las sombras:

—¡No se muevan, o disparo!

Bill extendió la mano para obligar a los niños a estarse quietos. El tono de aquella voz aconsejaba la obediencia. El que había hablado no vacilaría en disparar.

Se quedaron los tres inmóviles, parpadeando. Jack reconoció la voz, y Jorge también. ¿De quién era?

Y, de pronto, se acordaron. Claro que la conocían.

—¡Es Jo-Jo! —exclamó Jack—. Jo-Jo, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ésa es la pregunta que os voy a hacer yo a vosotros, a los tres —anunció el negro, con voz sombría.

La luz de su lámpara enfocó el rostro de Bill.

—Conque tú estás aquí también, ¿eh? —dijo—. Te deshice el barco. Pero supongo que descubrirías el antiguo pasadizo por debajo del mar... Os creéis muy listos todos. Pero os habéis pasado de listos esta vez. Os espera un rato muy desagradable... un... rato... muy... desagradable en verdad.

## Capítulo XXVIII

### Acorralados

La luz centelleó en el revólver que tenía Jo-Jo en la mano. Bill se sintió furioso consigo mismo. Si no hubiese accedido a volver en busca del loro, aquello no hubiera sucedido. Jo-Jo era un hombre de cuidado. No era probable que se dejara engañar tan fácilmente como Jake.



—Volveos de espaldas, alzad las manos por encima de la cabeza y echad a andar delante de mí —ordenó el negro—. Ah... ahí ese loro. Tiene una deuda muy grande contraída conmigo. Bueno, pues la saldaremos ahora.

Jack comprendió que Jo-Jo tenía la intención de pegarle un tiro a «Kiki»; conque le dio un golpe que sorprendió enormemente al pájaro. Se alzó en el aire, gritando indignado, y se perdió en la oscuridad.

—¡No te acerques, «Kiki»! ¡No te acerques! —le gritó el niño.

«Kiki» permaneció perdido en las tinieblas. Algo le hacía comprender que Jack no le quería tener cerca. Presentía peligro. Siguió al grupo, manteniéndose bien a la



zaga de Jo-Jo, volando de un lado a otro tan silencioso como un murciélago.

Los tres no tardaron en quedar encerrados en la cueva que ya conocemos. Jo-Jo, que había llamado a gritos a Jake, echó la llave con sus propias manos. Luego los prisioneros le oyeron alejarse.

—Bueno, en buen apuro nos encontramos ahora —dijo Bill—. ¿Por qué diablos accedería yo a regresar en busca del loro? Esa equivocación puede costarnos la vida a todos, y estos individuos se escaparán impunemente con sus millones de billetes falsos, con los que inundarán el país. Ahora sí que nos encontramos de cara a la pared.

—Siento haberle pedido que volviéramos a buscar a «Kiki» —murmuró con humildad, Jack.

—Soy yo tan culpable como tú —respondió Bill, encendiendo un cigarrillo—. ¡Caramba! ¡Qué calor hace aquí abajo!

Después de lo que pareció una eternidad, se abrió la puerta otra vez, y entró Jo-Jo acompañado de Jake y Olly, y seguidos de dos o tres hombres más.

—Sólo deseamos despedirnos afectuosamente de vosotros —anunció Jo-Jo, brillándole el negro rostro a la luz de la lámpara—. Hemos terminado lo que nos retenía aquí. Llegaste en el último instante, Bill Smugs, demasiado tarde para poder hacer nada. Tenemos ya todos los billetes que podremos usar mientras vivamos.

—Conque os largáis, ¿eh? —dijo Bill, sereno—. Destruyendo las máquinas para ocultar vuestra pista... llevándoos todo lo almacenado y los fajos de billetes falsos... No os escaparéis tan fácilmente. Se descubrirán vuestras máquinas, ya estén destruidas o enteras, y vuestro...

—No se encontrará nada jamás, Bill Smugs —contestó Jo-Jo—. Ni rastro. Puede venir a esta isla todo el Cuerpo de Policía, pero nunca darán con cosa alguna que pueda proporcionarles nuestra pista... ¡nunca!

—¿Por qué?

—Porque vamos a inundar las minas —contestó el negro, enseñando los dientes en feroz consigna—. Sí, Bill, Smugs, estas minas quedarán inundadas dentro de muy poco... el agua llenará todo túnel, todo pasadizo, toda cueva... ocultará nuestras máquinas y todo rastro de nuestra labor. Y me temo que os ocultará también a vosotros.

—No puedo creerlos capaces de dejarnos aquí —dijo Bill—. Dejadme a mí, si queréis... pero llevaros a los niños.

—No queremos cargar con ninguno de vosotros —contestó el negro—. No haríais más que estorbarnos.

—¡No podéis ser tan crueles! —exclamó Bill—. ¡Si son sólo unos niños!

—Tengo órdenes concretas —anunció Jo-Jo.

No parecía ya el hombre estúpido y medio loco que habían conocido los

muchachos. Era un Jo-Jo completamente distinto, y nada agradable, por añadidura.

—¿Cómo tenéis la intención de inundar las minas? —inquirió Bill.

—De una forma muy sencilla. Hemos minado parte del pasadizo por el que vinisteis de Craggy-Tops. Cuando nos hallemos sanos y salvos a flor de tierra, oiréis el ruido amortiguado de una gran explosión. La dinamita abrirá un agujero en el techo de esa galería, y se precipitará el mar por él. Como puedes suponer, el torrente se extenderá por toda la mina, llenándola hasta el nivel del océano. Me temo que no encontraréis muy agradable vuestra estancia aquí entonces.

Jack intentó ponerse en pie para demostrarle al negro que «él» no tenía miedo; pero las rodillas se negaron a sostenerle. «Tenía» miedo. Y Jorge también. El único que dio muestras de verdadero valor fue Bill. Se echó a reír.

—Bueno... haced lo que queráis. No os escaparéis tan fácilmente de todo eso. Se sabe mucho más de ti, de esta cuadrilla y de sus jefes, de lo que vosotros os podéis imaginar.

Uno de los hombres le dijo algo a Jo-Jo. Éste contestó con un gesto afirmativo. Los muchachos comprendieron que se aproximaba el momento de que reventara la techumbre rocosa y las aguas inundaran todos los rincones.

—Bueno, adiós —dijo Jo-Jo riendo y enseñando los dientes, asombrosamente blancos.

—Hasta muy pronto —replicó Bill en tono igualmente cortés.

Los niños nada dijeron. «Kiki», allá en el corredor, soltó una carcajada.

—Me hubiera gustado matar a ese pájaro antes de irme —murmuró Jo-Jo.

Se oyó cómo se alejaban las pisadas y, luego, silencio.

Bill miró a los niños.

—Animo —dijo—. Aún no estamos muertos. Daremos tiempo a esos hombres de alejarse un poco y luego abriré esta puerta y saldremos.

—¿Abrir la puerta? —exclamó Jack—. ¿Cómo?

—Oh, yo tengo mi sistema —rió Bill.

Y sacó una colección de limas y de delgadas llaves. Al cabo de un minuto o dos se puso a trabajar con la puerta y, a los pocos instantes, la abrió de par en par.

—Ahora, al pozo —dijo—. Vamos, aprisa, antes de que sea demasiado tarde.

Se dirigieron a la galería principal y luego medio corrieron hasta el pozo. Estaba bastante lejos.

Momentos antes de que lo alcanzaran y pudieran alzar la vista hacia donde se veía un leve destello de luz solar, sonó un ruido extraño.

Fue una especie de bramido amortiguado procedente de las profundidades de la mina. Repercutió a su alrededor de una forma extraña.

—Jo-Jo dijo la verdad después de todo —observó Bill—. Esa ha sido la detonación de la dinamita. Si ha logrado abrir brecha en el lecho del mar, las aguas se

estarán precipitando ya por el largo pasadizo submarino hacia las galerías.

—Vamos, pues —dijo Jorge, ávido de salir al aire libre—. Vamos. Quiero salir al sol.

—Me tendré que atar la pepita a alguna parte —dijo Jack, que seguía cargado con el pesado trozo de cobre—. Pero... ¿qué ocurre, Bill?

La exclamación que este último acababa de soltar había sobresaltado a los muchachos.

—Mirad —respondió Bill, enfocando con la lámpara los primeros metros del pozo—. Esos hombres han subido por aquí y cortado cuidadosamente la extremidad inferior de la escalera para que no pudiéramos ascender aun suponiendo que lográsemos salir de la celda. No han querido dejar nada al azar. Estamos perdidos. No podemos huir. No hay manera de ascender sin una escalera.

Los tres contemplaron los travesaños destruidos con desesperación. «Kiki» exhaló un grito melancólico que les hizo dar un brinco.

—Bill... yo creo que podríamos encontrar una escalera de alguna clase en esa caverna grande, abierta, donde estaban las cajas de provisiones —dijo Jack—. Me parece que vi una. ¿Volvamos allá a ver? Seguramente no habrán destrozado más que los primeros travesaños de escala... comprenderían que no podríamos utilizar la parte de más arriba si no teníamos nada con que ascender el primer trozo.

—¿Estás seguro de que había una escalera en esa cueva? —inquirió Jorge—. Yo no recuerdo haber visto ninguna.

—Bueno... es la única probabilidad de salvación que tenemos de todas formas —dijo Bill—. Vamos... retrocederemos en su busca.

Pero no llegaron a la caverna. Sólo recorrieron un trozo pequeño del túnel principal antes de verse obligados a pararse, horrorizados. Algo corría hacia ellos... algo negro, extraño, potente...

—Las aguas han penetrado ya —gritó Bill—. ¡Atrás! ¡Id a la parte más alta! ¡Caramba! ¡El mar entero se está vertiendo en las minas!

Ahora se oía claramente el gorgoteo del agua al filtrarse por los corredores y meterse en todos los huecos. Era un sonido ávido, absorbente, que hasta al propio Bill le asustó. Los tres regresaron corriendo al pozo principal. Estaba un poco más alto que el suelo de los alrededores. Pero no tardaría el agua en alcanzar allí también.

—Buscará su propio nivel —anunció Bill—. Todos estos pozos descienden muy por debajo del nivel del mar, y es seguro que las minas se llenarán hasta el nivel de éste. Calculo que llenará estos pozos hasta la mitad también.

—Pero, Bill... ¡nos ahogaremos todos! —exclamó Jack con voz trémula.

—¿Sabéis nadar? —inquirió Bill—. Sí, claro que sí, Bueno, pues escuchadme. Sólo una esperanza nos queda. Cuando el agua llene este pozo hemos de subir con ella... dejar que nos alce. Creo que podremos mantenernos a flote divinamente si no

nos dejamos dominar por el pánico. Luego, cuando lleguemos a la parte de la escala que no haya sido destrozada, podemos ascender por ella. Bien. ¿Creéis poder conservar la serenidad y, cuando llegue el agua, subir con ella por el pozo?

—Sí —dijeron los niños con valor.

Jack se volvió y miró, nervioso, corredor abajo. Le era posible ver las negras aguas en la distancia, brillando abajo la luz de la lámpara de Bill. Tenían un aspecto que se le antojaba horrible.

—Así, pues, éste es el fin de las minas, ¿eh, Bill? —dijo Jorge—. Nadie podrá volver a bajar aquí.

—Estaban agotadas ya, de todas formas —repuso el hombre—. Jack tuvo suerte con encontrar una pepita que llevarse para enseñar a la gente. Probablemente la ocultaría algún minero antiguamente, y olvidó luego dónde la había metido. Y años y años más tarde Jack la ha encontrado.

—Es «preciso» que vuelva con ella —dijo Jack—, preciso a más no poder. Pero sé que no puedo tenerla en las manos y nadar al propio tiempo. Pesa demasiado.

Bill se quitó el jersey que llevaba y la camiseta. Envolvió la pepita en la camiseta, la anudó y, a continuación, ató un grueso cordel a su alrededor. Se puso el jersey otra vez y se colgó la pepita al cuello.

—Pesa un poco —dijo sonriendo—, pero no representa un peligro. Tú carga con «Kiki», y yo con la pepita.

—Muchísimas gracias —dijo Jack—. ¿Está usted seguro de que no le arrastrará debajo del agua?

—Lo dudo —contestó Bill, que era muy fuerte.

—El agua se está acercando —anunció Jorge, inquieto—. ¡Mire!

Miraron todos. Avanzaba hacia la parcela de terreno en que se encontraban, que era más alta que el suelo de la galería.

—¡Qué horriblemente negra! —exclamó Jack—. Supongo que es la oscuridad lo que la hace parecer de ese color. Tiene un aspecto horroroso.

—Aún tardará un poco en llegar a nuestro pozo —anunció Bill—. Sentémonos a descansar un poco ahora que todavía disponemos de tiempo para hacerlo.

Se sentaron. El ratón de Jorge se le escapó por la manga y se alzó sobre las patas traseras, olfateando. «Kiki» lo vio y soltó un chillido.

—¡Te he dicho que te limpies los pies!

—Hazme el favor de no asustar a «Woffly» —dijo Jorge, asustando al loro.

Los tres observaron al ratón mientras aguardaban. El agua se fue aproximando, gorgoteando y subiendo por los corredores.

—Debe estar entrando a «torrentes» por el agujero del techo del pasadizo submarino —murmuró Jorge—. Oiga, Bill..., ¿se extenderá el agua en la otra dirección también? ¿Bajará por el pasadizo hacia Craggy-Tops... y salará el pozo?

—Pues..., sí, supongo que sí —replicó Bill—. El pozo se encuentra bajo el nivel del mar, claro está. Conque por fuerza se verterá el agua salada por el agujero de aquel extremo. Es un mal asunto. Jorge. Ello significará que ni tú ni tu familia dispondréis de agua de pozo ya... No sé lo que haréis.

—Aquí viene el agua a nuestros pies ya —dijo Jack, contemplando la ola que corría hacia ellos—. «Kiki», ¿quieres estarte quieto en mi hombro? Copete, ¿dónde está el ratón «Woffly»?

—Se me ha metido por el cuello —contestó el niño—. ¡Troncho! ¡Qué fría está el agua!

Hacía mucho calor en las minas, conque claro, el agua se sentía fría, muy fría. Jorge, Jack y Bill se pusieron en pie, viéndola arremolinarse en torno a sus tobillos. Fue subiendo poco a poco, hasta alcanzarles las rodillas. Continuó ascendiendo.

Los tres estaban de pie inmediatamente debajo del pozo, aguardando el momento en que las aguas les alzarán y pudieran nadar.

—Estoy helado —dijo Jorge—. Nunca conocí agua tan helada.

—No es que esté fría en realidad —dijo Bill—. Sólo que tenemos tanto calor aquí abajo, que el agua nos parece helada. Aún no ha tenido tiempo de calentarse.

Les subió el agua hasta la cintura y, más aprisa ya, hasta los hombros.

—¡Dios salve al Rey! —exclamó «Kiki», con voz horrorizada, contemplando, desde el hombro de Jack, las inquietas aguas negras.



No tardaron los tres en verse levantados y se pusieron a nadar, con dificultad, sobre la superficie.

—¡Hay tan poco sitio! —jadeó Jack—. ¡Estamos el uno encima del otro!

Estaban muy apiñados, en efecto, y costaba trabajo mantenerse a flote careciendo de espacio necesario para nadar. El agua continuó subiendo. Bill había tomado la lámpara pequeña de Jorge y la sostenía entre los dientes, de forma que la luz diera sobre la pared del pozo. Quería ver si la escala se encontraba destruida también por la parte de arriba, o si los falsificadores sólo habían destrozado la parte inferior.

Se sacó la lámpara de la boca por fin.

—Estamos salvados —dijo—. La escala no está rota por aquí. Hemos ascendido un buen trecho con el agua, y ahora podemos utilizar la escalera. Os ayudaré a vosotros primero. Tú ve delante, Jack, con «Kiki», que se está asustando demasiado.

Jack alcanzó el lado en que se encontraba la escala. Bill le alumbró, el niño asió los travesaños y empezó el ascenso. Luego, cuando hubo subido un poco, le siguió Jorge. El último fue Bill, que sentía el peso de la pepita alrededor del cuello. Le había costado bastante trabajo mantenerse a flote con semejante carga, pero lo había logrado.

Escalaron poco a poco el pozo. Parecieron transcurrir siglos antes de que se aproximaran siquiera a la boca. Dejaron de tiritar muy pronto, entrando en calor con

el ejercicio. La ropa mojada se les pegaba al cuerpo, molestándoles. «Kiki» le habló a Jack al oído, compadeciéndose a sí mismo. No le gustaba aquella parte de la aventura.

Tampoco le gustaba al ratón de Jorge. Había permanecido colgado de la oreja del niño durante su permanencia en el agua, cuando sólo la cabeza de éste se hallaba asomada a la superficie. Y ahora no encontraba nada de su gusto la ropa mojada. No parecía poder encontrar un sitio cómodo y seco en ninguna parte.

—Casi hemos llegado —gritó Jack, por fin—. Queda muy poco ya.

La noticia era buena y animadora. Les dio nuevas fuerzas para mover piernas y brazos.

Jack fue, claro está, el primero en salir, alzando «Kiki» el vuelo desde su hombro con un grito de alegría. No bien estuvo fuera, no obstante, el niño se detuvo, mudo de asombro. Había un hombre sentado, en silencio, junto a la boca del pozo con un revólver en la mano.

—¡Manos arriba! —ordenó éste, con voz dura—. ¡No te atrevas a poner sobre aviso a los que te siguen! Quieto ahí. ¡Manos arriba he dicho!

## Capítulo XXIX

### No hay mal ni bien que cien años dure

Jack se quedó inmóvil, las manos por encima de la cabeza, la boca abierta con gesto de horror. ¿Habían escapado nada más que para ser apresados de nuevo? No se atrevía a gritar.

A Jorge, cuando salió, le trataron de la misma manera. También él se llevó un chasco y un susto. El hombre armado guardó silencio, apuntando a los niños con el revólver, aguardando a ver quién salía después.

Bill salió de espaldas a él. Recibió la misma orden:

—¡Manos arriba! ¡No se atreva a avisar a quien le siga! ¡Quieto ahí!

Bill giró sobre los talones. Alzó las manos al instante, pero volvió a bajarlas, sonriendo.

—Bueno va, Sam —dijo—. Puedes guardarte el revólver.

Sam soltó una exclamación y se metió el arma en el cinto.

—¡Eres «tú»! —dijo—. Me dejaron aquí por si asomaba algún otro miembro de la cuadrilla. No esperaba que «tú» asomases.

Los muchachos se quedaron boquiabiertos. ¿Qué era todo aquello?

—¿Os llevasteis un susto? —inquirió Bill, observando su sorpresa—. Éste es Sam..., uno de nuestros detectives... y un gran amigo mío. El verte aquí, Sam, me da grandes esperanzas. ¿Qué ha ocurrido?

—Ven a verlo —contestó Sam, con una sonrisa.

Y echó a andar.

Pasaron todos por el desfiladero entre las colinas, siguiendo al corpulento Sam. Llegaron a terreno despejado y se dirigieron a la costa.





Y se encontraron de pronto con una escena la mar de interesante. Puestos en fila, hosco el semblante, estaban todos los hombres de la mina. Jo-Jo se encontraba allí también, reflejándose en su rostro una ira feroz. Había dos hombres cerca, cada uno de ellos con un revólver. A los prisioneros los habían desarmado.

—¡Ahí está Jo-Jo! —exclamó Jorge.

El negro se volvió hacia él con torva mirada que se convirtió en gesto de sorpresa. ¡Conque los niños y su amigo habían logrado escapar! Asombrado, Jo-Jo se devanó los sesos tratando de explicarse cómo podía haberse escapado nadie de una celda cerrada con llave, dentro de una mina inundada, y subiendo por un pozo que tenía la escala completamente destrozada en su parte baja.

—¿Cómo los pillaron? —inquirió Jack, maravillado. «Kiki» vio a Jo-Jo y se puso a volar a su alrededor, ululando y lanzando gritos y alaridos. Reconoció a su antigua enemigo y parecía comprender que ya no podía hacerle ningún daño.

Sam sonrió al ver la expresión del niño.

—Bill Cunningham, aquí presente —explicó, indicando a Bill con un gesto—, logró decirnos lo bastante anoche por radio. Comparamos notas, sacamos las consecuencias oportunas, y decidimos actuar a toda prisa. Encontramos la

embarcación de Jo-Jo aquí. Y pruebas de que se disponían todos a salir de estampía..., montones de billetes encajonados en la playa y la mar de otros documentos interesantes.

—¿Cómo pudieron llegar aquí tan aprisa? —preguntó Jorge—. No hay ningún barco cerca por esta costa.

—Tenemos unas cuantas lanchas-automóviles nuestras, muy rápidas —le contestó Sam—. Tomamos dos de ellas, y vinimos aquí a toda marcha, costa abajo. Ahí están.

Los niños se volvieron, viendo dos grandes embarcaciones motoras que flotaban cerca de la caleta, cada una al cuidado de un mecánico. A poca distancia se encontraba la barca de Jo-Jo.

—En cuanto nos dimos cuenta de que la cuadrilla daba por terminado su trabajo y se disponía a marchar con el dinero falsificado, vimos la oportunidad que se nos presentaba. Conque apostamos a un agente en la boca de cada uno de los pozos, ya que no sabíamos cuál era el que empleaba la banda. Por uno de ellos subieron todos uno por uno. Y los atrapamos a todos como pueden ver.

—De igual manera que nos atrapó usted a nosotros —dijo Jack—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Bill Cunningham es el que dirige todo esto —respondió Sam, mirando, interrogador, a Bill.

Éste se volvió hacia los niños.

—Siento haberos tenido que dar un nombre falso —dijo—. Pero el mío verdadero se conoce demasiado en ciertos círculos para que convenga que lo mencione hallándome trabajando en algún caso. Por eso fue siempre Bill Smugs para vosotros.

—Y lo será usted siempre, Bill —aseguró Jorge—. Yo no pensé jamás en usted con otro nombre.

—Bien —respondió Bill, riendo—. Pues Bill Smugs soy yo y lo seré. Ahora..., ¿por qué no metemos a todos estos caballeretes en las canoas?

Se obligó a embarcar a la cuadrilla en las dos canoas. Jake aún llevaba su parche negro, pero miró a «Kiki» tan ferozmente con el ojo destapado, que Jack llamó al loro para que se le posara en el hombro. De haberlo podido asesinar con la mirada, no cabe duda de que la de Jake hubiese matado instantáneamente a «Kiki». Estaba recordando el hombre cómo habían encerrado al loro en lugar de encerrar al niño. Aquella equivocación había tenido como consecuencia, seguramente, toda su mala suerte posterior.

—Me parece que conduciremos «nosotros» la embarcación de nuestro querido Jo-Jo a casa —les dijo Bill a los niños—. Vamos. Que salgan las lanchas primeros, y nosotros les seguiremos. ¡Eh, Sam! Poner proa a esa casa..., ya sabéis la que digo... Craggy-Tops. Hay un buen atracadero allá.

—Conforme —contestó Sam.

Y las lanchas arrancaron ruidosamente, poniendo proa a donde Bill les había ordenado.

Luego, este último y los muchachos zarparon en la embarcación de Jo-Jo, y las tres naves salvaron los escollos de la entrada y salieron a mar abierta.

—No hay mal ni bien que cien años dure —observó Bill, mientras izaban la vela y empezaban a navegar rumbo a casa—, y bueno es lo que bien acaba. Pero «hubo» unos momentos en que no creí que fueran a terminar las cosas tan bien como lo han hecho.

Igual les había pasado a los niños, y estaban en todo de acuerdo con las palabras de su amigo. Jorge se preguntó cómo irían las muchachas. Debían estar angustiadas ya.

—Tengo la mar de hambre —anunció Jack—. Hace siglos que no hice una comida como es debido..., siglos de verdad.

—Sí que debe parecería —asintió Bill—. Pero no te preocupes ya. Pronto estaremos de vuelta. Y entonces podrás tragar hasta saciarte.

Las niñas y tía Polly oyeron el zumbido de los motores de las canoas mucho antes de que llegaran éstas a tierra. Salieron a ver qué era lo que hacía aquel ruido. Y quedaron asombradas al ver dos lanchas grandes, cargadas de hombres, y una embarcación que parecía la de Jo-Jo navegando hacia Craggy-Tops.

—¿Qué significa todo esto? —exclamó la señora, que aún estaba pálida y tenía cara de enferma—. ¡Ay, Señor! ¡Jamás podrá soportar mi corazón tantas emociones!

Las canoas se acercaron a los postes de amarre de la caleta. Las niñas bajaron corriendo y quedaron sorprendidas al ver a Jo-Jo entre los hombres. Los escudriñaron, tratando de descubrir a los niños.

—¡Hola ahí! —llamó Sam—. ¿Estáis buscando a Bill Cómo-se-llame y a los chicos? Vienen en el otro barco que nos sigue. ¿Tenéis teléfono aquí, por casualidad?

—Sí, señor —contestó Dolly—. ¿Qué son todos esos hombres? ¿Por qué está Jo-Jo con ellos?

—Ya te lo contaré todo dentro de poco —respondió Sam, saltando a tierra—. He de telefonar antes de hacer nada. Sé buena chica y enséñame dónde tenéis el aparato.

Sam habló por teléfono, pidiendo que se mandaran cuatro o cinco automóviles a Craggy-Tops para recoger a los prisioneros. Tía Polly, latiéndole con violencia el corazón, escuchó estupefacta. ¿Qué «podría» significar aquello?

Pronto comprendió en cuanto llegó el velero y Bill y los niños entraron en la casa. Le contaron toda la historia y ella se retrepó en el diván, horrorizada, al enterarse de lo malo y peligroso que era Jo-Jo.

—Es más astuto que un zorro —dijo Bill—, pero no ha logrado salirse con la suya esta vez..., gracias a estos cuatro niños tan listos.

—Es curioso —dijo Jack—. Fuimos a la isla a buscar un Alca Mayor... y en

lugar de eso encontramos a toda una cuadrilla trabajando con máquinas de imprimir en el fondo de las minas.

—De haber sabido yo que estabais haciendo cosas así, os hubiese mandado a todos a la cama —dijo tía Polly, con severidad.

Y todos echaron a reír.

—¡Oh, qué niña más mala, Polly! —clamó «Kiki», volando a posarse en el hombro de la anciana.

Llegaron los coches cuando Bill y los niños se hallaban en pleno banquete. Metieron a los presos en ellos y se los llevaron a toda prisa. Sam dijo adiós y se marchó con ellos.

—¡Buena faena, Bill! —dijo al salir—. Y estos niños merecen unas palmaditas en la espalda también.

Las recibieron en abundancia. Los días que siguieron fueron tan emocionantes, que ninguno de los muchachos pudo dormir debidamente por la noche.

En primer lugar, les condujeron a la población grande más cercana, y les hicieron contar todo lo que sabían a dos o tres señores muy solemnes.

—Jefazos —les explicó misteriosamente Bill—, capitostes de altos vuelos. Jack, ¿tienes la fotografía de ese montón de latas de conserva que viste en la isla? Jo-Jo niega haber llevado provisiones allí nunca, y hemos encontrado unas latas vacías en el sótano de Craggy-Tops, que quizá podamos identificar con ayuda de su instantánea.

Conque hasta la fotografía de las latas resultó de utilidad y constituyó parte de lo que Bill llamaba «pruebas contra los procesados».

Otro motivo de excitación fue la pepita de Jack. El niño se llevó una desilusión al saber que carecía de valor, pero como curiosidad, como recuerdo de una gran aventura, resultaba emocionante.

—Me la llevaré al colegio y se la donaré al museo que allí tenemos —dijo—. A todos los niños les encantará verla, tocarla y oírme contar cómo la obtuve. ¡Lo que me van a envidiar! No todo el mundo se pierde en una mina de cobre antiguo y encuentra una pepita olvidada años antes. Lo único que siento es que no tenga valor, porque quería venderla para que nos repartiésemos el dinero.

Pero eso no importó ni pizca porque, inesperadamente a más no poder, les llegó a los niños una cantidad muy importante de dinero por otro conducto. Se había ofrecido una recompensa a quien pudiese dar información que contribuyera al descubrimiento de los falsificadores. Y, como es natural, esta recompensa les fue dada a los cuatro niños, aunque a Bill le tocó su parte también.

La madre de Jorge se presentó en Craggy-Tops cuando se enteró de la extraña y emocionante aventura y de su maravilloso e inesperado resultado. Jack y Lucy se enamoraron de ella al instante. Era bonita, y bondadosa, y alegre; todo lo que una

madre debiera ser.

—Yo creo que el que sea mujer de negocios es desperdiciarla —le dijo Jack a Jorge—. Es una madre y debiera vivir como una madre, y tener un hogar agradable, y a ti y a Dolly a su lado.

—Y lo va a tener —contestó Dolly, con los ojos como estrellas—. Y nos va a tener a nosotros. Ahora hay suficiente dinero para que mamá pueda dejar de trabajar tanto y tenga un hogar propio para ella y para nosotros. Lo hemos calculado todo. Y..., ¿qué os parecería a ti y a Lucy el venir a vivir con nosotros, Pecas? No querrás volver a casa de tu cascarrabias de tío y de su ama de llaves, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamó Lucy, como luceros los ojos.

Cayó sobre Jorge y le abrazó con fuerza. Dolly nunca hacía eso, pero Jorge descubrió que le gustaba.

—¡Oh! —repitió la niña—. ¡No podía haber cosa mejor! Compartiríamos vuestra madre y, ¡lo pasaríamos tan bien juntos! Pero ¿crees tú que querrá tenernos tu madre?

—Claro que sí —respondió Dolly—. Se lo pedimos particularmente. Y contestó que, si tiene que soportar a dos niños, tanto da que aguante a cuatro.

—¿Y a «Kiki» también? —preguntó Jack, concibiendo de pronto una duda.

—¡Pues claro que sí! —exclamaron Dolly y Jorge a coro.

Era inconcebible que «Kiki» no viniese con todos ellos.

—¿Qué va a ser de nuestra tía Polly y de nuestro tío Jocelyn? —inquirió Jack—. Lo siento por tu tía..., no debía vivir en esta casa en ruinas, trabajando como una negra, cuidando a vuestro tío y pasando una vida solitaria, desgraciada y enferma. Pero supongo que vuestro tío no querrá abandonar Craggy-Tops nunca, ¿verdad?

—No tiene más remedio que abandonarlo ahora... y, ¿sabéis por qué? —dijo Dolly—. Pues porque el agua del pozo se ha vuelto salada, al entrar el mar por el antiguo pasadizo. Conque no puede beberse. Costaría demasiado dinero poner en condiciones el pozo, conque el pobre tío Jocelyn ha tenido que escoger entre quedarse en Craggy-Tops y morir de sed o abandonarlo y marcharse a otro sitio.

Todo el mundo se echó a reír.

—Bueno, pues algo bueno hizo Jo-Jo después de todo al inundar las minas —observó Jorge—. Le ha obligado a tío Jocelyn a decidirse a mudarse. Y tía Polly podrá tener la casita que siempre ha ambicionado, y vivir allí en paz, en lugar de continuar en estas ruinas... y sin Jo-Jo que haga los trabajos más rudos.

—¡Oh! ¡Ese horrible Jo-Jo! —exclamó Lucy, estremeciéndose—. ¡Cómo le odiaba! Me alegro de que esté encerrado para años y años. Yo ya seré persona mayor cuando salga él de la cárcel, y ya no le tendré miedo.

Bill llegó en su coche, cargando con una caja de botellas de gaseosas y limonadas, porque ahora nadie podía beber agua del pozo. Los niños le recibieron con una ovación. Era agradable poder beber refrescos de esa clase para desayunar, para

comer y para el té. Bill les presentó a tía Polly y a la mamá de Jorge un enorme termo, lleno de té caliente y azucarado.

—¡Oh, Bill! —exclamó la madre de Jorge con un gritito que «Kiki» se apresuró a imitar—. ¡Qué frasco tan enorme! En mi vida vi uno tan gigantesco como éste. Muchísimas gracias.

Bill se quedó a cenar. Fue una cena la mar de divertida, sobre todo cuando el ratoncito de Jorge se le escapó de la manga y corrió al plato de Dolly. A ésta le dio un disgusto, pero hizo reír a todos los demás. Lucy miró en torno suyo a la alegre compañía y sintió una satisfacción enorme. Iba a vivir con una persona mayor a la que amaría, y con niños a los que tenía mucho afecto. Todo era divertido. Todo había salido bien. ¡Qué ocurrencia más buena habían tenido ella y Jack al escaparse de casa del señor Roy semanas antes para marchar con Jorge a Craggy-Tops!

—Ha sido una gran aventura —dijo Lucy, en voz alta—. Pero me alegro de que haya terminado. Las aventuras son «demasiado» emocionantes cuando están sucediendo.

—Oh, «no» —intervino inmediatamente Jorge—. Esa es la mejor parte de una aventura: el momento en que sucede. A mí me parece una gran lástima que se haya terminado.

—¡Qué lástima, qué lástima! —exclamó «Kiki», diciendo la última palabra, como de costumbre—. Límpiame los pies y cierra la puerta. Pon el agua a hervir. ¡Dios salve al Rey!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.



# Notas

[1] A los loros se les llama Poll, Poll-Parrat o Polly en Inglaterra. Polly es diminutivo de María. (N. del T.). <<